

6 CIO

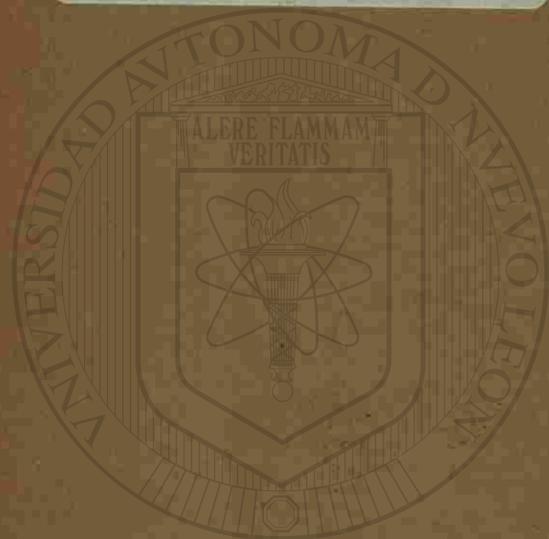
L. SANI

EL
MARQUE
DE
VELLEMER

PO2396
.M5
S6



1020026785



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA **FONDO RICARDO COVARRUBIAS** LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL MARQUES

DE VILLEMER

ALFONSO
Núm. Clas. 842.7
Núm. Autor 15013m
Núm. Adq. 29635
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON Y COMP., CALLE DE ESFUERZO 1.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL MARQUES

DE

VILLEMER

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

JORGE SAND

TRADUCCION DE FEDERICO DE LA VEGA

100362

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DEYES"

Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

PARIS

ABEL LEDOUX, EDITOR

LIBRERIA DE BRACHET, RUE DE L'ARBAVE, 8

1864

29635

842
S,

DQ239L
M5



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

- URBANO, MARQUES DE VILLEMER, 55 años.
- CAYETANO, DUQUE DE ALERIA, su hermano, 40 años.
- EL CONDE DE DUNIERES, 65 años.
- PEDRO, ayuda de cámara del duque, 50 años.
- BENITO, ayuda de cámara de la marquesa, 75 años.
- LA MARQUESA DE VILLEMER, 60 años.
- CAROLINA DE SAINT-GENEIX, 24 años.
- LEONCIA, BARONESA DE ARGLADE, 50 años.

Los dos primeros actos en Paris, en casa de la marquesa; — los dos últimos en el Corbonado, en la quinta de Seval.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL MARQUES DE VILLEMER

ACTO PRIMERO

Gran salon del faubourg Saint-Germain, ricamente amueblado, pero con gusto y severidad. — Antecámara en el fondo, comunicando con el salon por una gran puerta de dos hojas. — Puerta lateral á la izquierda, en el primer término, de la habitacion de la marquesa. — Chimenea á la derecha, cerca del proscenio. — Puerta lateral á la derecha, en el segundo término, de la habitacion de la señorita de Saint-Genex. — Piano á derecha, en primer término. — Velador junto á la chimenea. — Butacas, sillas.

ESCENA PRIMERA

DUNIERES, LA MARQUESA, sentados.

LA MARQUESA.
Conque, reasumamos, querido Dunieres.

DUNIERES.

Pues bien, marquesa, segun veo, queréis casar á vuestro hijo Urbano, á pesar de ser el mas jóven y de estar su hermano soltero todavia.

LA MARQUESA.

Justamente: su señor hermano es incasable.

DUNIERES.

Por qué? El duque es un hombre embelesador, ingenioso, elegante...

LA MARQUESA.

Y con cuarenta años al coletó.

DUNIERES.

Aun no es viejo: es la edad mas á propósito para...

LA MARQUESA.

Segun y conforme... Escuchád, Dunieres: en público, es lo mas natural que ocultemos los defectos de nuestros hijos; pero entre antiguos amigos como nosotros debe hablarse con entera franqueza. Mi hijo mayor, sin embargo de pareceros tan embelesador, y de que me lo parezca á mi todavía algunas veces, es un pródigo... un ocioso... un libertino, y se halla completamente arruinado, por añadidura; — no os parece que seria un marido de provecho para una jóven que entra en la vida por la puerta dorada, con todas las ilusiones del matrimonio? Asi, pues, no se trata del duque de Aleria, sino delmarques de Villemér, de mi hijo Urbano, cuyo juicio y cuyas virtudes son incontestables; de Urbano, á quien se lo debo todo, puesto que su hermano me ha arruinado, y el cual puede ofrecer un hermoso nombre sin mancilla; tiene treinta años perfectamente empleados y posee un caudal muy respetable, como sabéis.

DUNIERES.

Muy bien, marquesa; pero... ¿se halla dispuesto á casarse?

LA MARQUESA.

De ningun modo, y hé ahí precisamente lo que me atormenta, Dunieres.

DUNIERES.

¿Tiene quizas algun compromiso?...

LA MARQUESA.

Me parece que no. Su conducta me hace creer que se halla libre... Urbano vive conmigo, sin alejarse de mi vista, atento á mis menores deseos, y trabajando siempre en no sé qué libro histórico... Sabéis que escribe?

DUNIERES.

Sin duda sobre la familia de los Villemér?

LA MARQUESA, levantándose.

No! A Dios gracias, la familia es bien conocida. Todas las raíces de nuestro árbol genealógico se hallan en buena tierra y sus ramas se estienden al aire libre. No tenemos necesidad de descocarle, sino de ingertarle bien, como hicieron nuestros antepasados. La señorita de Saintrailles me conviene perfectamente, no obstante de que en su ascendencia materna hubo, en tiempo de Enrique IV, dos enlaces algo dudosos respecto á virtud...

DUNIERES.

Ah! tambien hubo, en el reinado de Luis XV, una Herminia de Villemér... Verdad es que fué el mismo rey el...

LA MARQUESA.

Deciais que vuestra pupila... ¿No es cierto que ella es vuestra pupila y que no depende sino de vos?

DUNIERES.

Diana de Saintrailles es huérfana y no depende sino de mi esposa, que es su madrina, y de mí, que soy su tutor.

LA MARQUESA.

Y va á salir del convento?...

DUNIERES.

Después de la Pentecostés; esto es, dentro de un mes.

LA MARQUESA.

Qué edad tiene ya?...

DUNIERES.

Diez y siete años cumplidos.

LA MARQUESA.

Es linda?

DUNIERES.

Como una primavera.

LA MARQUESA.

Y su carácter?

DUNIERES.

Muy alegre, muy infantil y un poco romántico; pero tiene ta-

lento, viveza de imaginación; sabe lo que vale; sueña despierta con paladines y castellanas; conoce que es rica y libre, y no se casará sino con un hombre de su gusto. Con frecuencia me ha oído hablar de vos y de vuestros dos hijos. En cuanto á mí, confieso que me agrada el duque! Es tan jovial, que á su lado me siento rejuvenecer; pero mi esposa, que es una persona grave, prefiere al marques. Y tanto es así, que Diana, á fuerza de habernos oído hacer el elogio de uno y otro, tiene gran curiosidad de conocerlos.

LA MARQUESA.

Muy difícil me parece conseguir que Urbano vaya á vuestra casa. No le gusta salir de la vida íntima.

DUNIERES.

Ya le sorprenderemos! Traeremos aquí á Diana; y así que vuestro hijo la vea no evitará la ocasión de volver á verla.

LA MARQUESA.

Y luego, en el Borbonado, en calidad de vecinos!... ¿Iréis este verano?

DUNIERES.

Sin duda! Cuando pensáis salir para Seval?

LA MARQUESA.

Tan pronto como marchéis á Dunieres.

DUNIERES.

Os parece á fines de junio?

LA MARQUESA.

Perfectamente! Y creéis?...

DUNIERES.

Por qué no? Ambos son jóvenes y encantadores. Se ven aquí, se agradan, empiezan á conocerse en el campo, llegan á amarse, los bendecimos y buenas noches.

LA MARQUESA, yendo hácia la chimenea.

Me hacéis recordar al señor de Florian!

DUNIERES.

También era espeditivo en ocasiones!... Os confieso que me halaga la idea de colocar á mi pupila en el regazo de una mujer de

vuestras calidades. (Dirigiéndose hácia la marquesa.) Porque, francamente, marquesa, la virtud de las mugeres se va haciendo cada vez mas rara!

LA MARQUESA.

Es verdad! pero no debe decirse. (Entra Urbano por la puerta del fondo.)

ESCENA II

DUNIERES, URBANO, LA MARQUESA.

URBANO, teniendo en la mano algunas cartas abiertas.

Aquí están las cartas, querida mamá... (A Dunieres.) Ah! sois vos, señor conde?... Perdonád, no os habia visto. Cómo seguís?

DUNIERES.

Muy bien. Iba á subir á daros un apretón de mano.

URBANO.

Gracias! Y la señora condesa?

DUNIERES.

Sigue delicada... Siempre con su bronquitis.

URBANO.

Y qué dicen los médicos?

DUNIERES.

Oh! los médicos dicen lo que saben; para no engañarse, no dicen nada.

URBANO.

Decída que me dispense el no haber ido á verla.

DUNIERES.

Bien, ingrato! Ya sabemos que trabajáis; — no habéis hecho también un viaje últimamente?

URBANO.

Sí.

DUNIERES.

Para estudiar procedimientos agrícolas?

URBANO, evasivamente.

Eso es!

DUNIERES.

Os acompañó vuestro hermano?

URBANO.

No: mi hermano pretende que no hay aire respirable fuera de a atmósfera de París.

DUNIERES.

Pues le felicito por sus pulmones.

LA MARQUESA, levantándose.

Y cuándo le veremos?... Ni una visita desde hace un mes! (A Urbano.) Hijo mío, todas estas cartas están perfectamente y os doy gracias. (Acercándose á Dunieres.) Figuraos, Dunieres, que, desde hace algunos días, mi hijo se halla en la precision de servirme de secretario; he tenido que despedir á mi vieja Artemisa...

DUNIERES.

¿A la pobre Dumoulin, vuestra antigua doncella?

LA MARQUESA.

Sí: con los años se había vuelto sorda, golosa, desabrida y murmuradora. La proporcioné una colocacion, y en su remplazo espero una perla que me ha buscado la señora de Arglade, una antigua amiga suya, compañera de convento, de muy buena familia, segun dicen; se llama la señorita de Saint-Geneix. Vos, que sabéis de memoria los de la grande y la pequeña nobleza de Francia, ¿conocéis ese nombre, Dunieres?

DUNIERES.

Saint-Geneix?... Esperad!... Sí, perfectamente: es una familia de la baja Bretaña. En ella hubo un consejero del Parlamento... Es nobleza de toga... Sin embargo, tambien hubo un Saint-Geneix que se distinguió en Fontenoy.

LA MARQUESA.

Pues bien, su presencia no cambiará las costumbres de la casa. (Se sienta á la derecha.)

DUNIERES.

Pero, á propósito, si es una amiga de infancia de la señora de Arglade, debe ser todavía muy joven.

LA MARQUESA.

Y qué mal hay en ello? Además, segun tengo entendido, tiene mas años que la baronesa.

DUNIERES.

Yo creo que no hay en el mundo ninguna muger que no sea de mas edad que la señora de Arglade. (Se sienta.)

URBANO, cerca de la chimenea.

¿Y hasta os admiráis quizás de cómo es que la dejan salir sola?

LA MARQUESA, sonriendo.

Es viuda!

DUNIERES.

Y llora siempre á su marido?

LA MARQUESA.

Preciso es que así sea, delante de la gente.

DUNIERES.

Es verdad! porque, sin eso, la gente no lo sabría.

URBANO á Dunieres.

Me parece que no amáis mucho á la baronesa.

DUNIERES.

Oh! apenas la conozco. Durante mucho tiempo la condesa se negó á recibirla.

URBANO.

Sin embargo, nada se dice de ella.

DUNIERES.

No: pero no es de nuestra sociedad.

LA MARQUESA.

Pues yo la recibo, porque, despues de todo, es buena muger: su conversacion me divierte. Leoncia está siempre al corriente de todas las novedades y me refiere una porcion de historias. Verdad es que es un poco... ¿Cómo diré? un poco *advenediza*; pero, bah! cada cual tiene su flaco y ella es el mio. Dicen que descende, por linea recta, del azúcar ó del algodón... Pero su marido era baron.

DUNIERES.

Quién no lo es hoy día?

LA MARQUESA.

En fin, la viuda se afana por complacerme, y todo se lo dispensaré con tal que me proporcione la perla prometida.

DUNIERES.

Y esperaréis esa perla?....

LA MARQUESA, mirando la péndola.

Inmediatamente, si es exacta.

BENITO, entrando por el fondo.

La señorita de Saint-Genex pregunta si la señora marquesa puede recibirla.

LA MARQUESA.

Ah! hé aquí un buen principio. Decid á la señorita de Saint-Genex que entre. (Sale Benito.)

DUNIERES, levantándose.

Os dejo, marquesa.

LA MARQUESA.

Hasta muy pronto! (Bajo.) No digáis nada de nuestro proyecto á Urbano.

DUNIERES.

Descuidad. (Va á tomar su sombrero que se halla sobre un mueble tras la butaca de la marquesa. — Entra Carolina.)

LA MARQUESA.

Entrad, señorita (Carolina hace una reverencia), y dignaos tomar asiento. Soi con vos dentro de un instante.

DUNIERES, bajo á la marquesa.

Tiene un exterior muy agradable.

LA MARQUESA, en el mismo tono.

Ah!... Yo no distingo desde aquí.

URBANO á su madre.

Conque, mamá, pueden despedirse las cartas?

LA MARQUESA.

Sí, hijo mio, y muchas gracias. (Urbano besa la mano de la marquesa y se retira despues de hacer un saludo á Carolina.)

DUNIERES á Urbano.

Queréis acompañarme un poco?

URBANO.

Imposible! tengo que trabajar.

DUNIERES.

Siempre trabajando? (Salen por el fondo.)

ESCENA III

CAROLINA, LA MARQUESA.

LA MARQUESA, sentada á la derecha.

Dispensádmme, señorita, el momento que os he hecho esperar: héme, pues, dispuesta á escucharos.

CAROLINA.

La señora de Arglade me habia prometido que ella misma me presentaria á la señora marquesa; pero, al ir á buscarla esta mañana, despues de mi llegada á Paris, me encontré una carta suya en la que me decia que un asunto interesante, un servicio que tenia que hacer á una amiga la...

LA MARQUESA.

Es tan complaciente!

CAROLINA.

Pero de todos modos pensaba tener el honor de venir á ver hoy mismo á la señora marquesa; de manera que en lugar de acompañarme vendrá detras de mi.

LA MARQUESA.

Creo que no necesitaremos, para entendernos, de la señora de Arglade. (Hace seña á Carolina de que se sienta cerca de ella.) Leoncia no podría en vuestra presencia hablarme de vos mas favorablemente de lo que ya lo ha hecho... Pero, qué edad tenéis?

CAROLINA.

Veinte y cuatro años.

LA MARQUESA.

¿Y habéis estado en el convento con la señora de Arglade?

CAROLINA.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Y erais amigas?

CAROLINA.

Es decir, que la señorita Leoncia Lecomte, sin embargo de hallarse en las mayores, como nosotras decíamos, y yo entre las menores, me cobró alguna amistad. Leoncia salió del convento mucho antes que yo, y nos habíamos perdido de vista completamente. Pero cuando por medio de algunas amigas nuestras supo la situación de mi hermana y la mía, se acordó de nosotras; y sabiendo que yo deseaba una colocación de lectora, tuvo la feliz idea de recomendarme á la señora marquesa.

LA MARQUESA.

Y yo se lo agradezco infinito. Pero, la señora de Arglade me había dicho que teniais mas edad que ella.

CAROLINA.

Sin duda lo dijo por mi interes, temiendo que mi edad no ofreciese bastantes garantías. Pero los años de desgracia valen el doble.

LA MARQUESA.

Sin embargo... Leoncia me había dicho que no erais guapa y yo os encuentro muy linda.

CAROLINA.

Esa es una cuestion de gusto, señora, y en semejante materia las opiniones son libres.

LA MARQUESA.

Y no carecéis de talento!

CAROLINA.

Trato de tener el que conviene á mi posición.

LA MARQUESA.

Pues ese es el mas raro. Hablemos de vuestra posición, y zanjemos ante todo la cuestion material. Ya sabréis que os ofrezco mil ochocientos francos.

CAROLINA.

Sí, señora, y yo los acepto.

LA MARQUESA.

Es muy poco. Pero si vos no sois feliz, mi querida niña, yo tam-

poco soy rica. El bienestar de que me rodean ne me pertenece. Quizas en otra parte encontréis una posición mas ventajosa....

CAROLINA.

Prefiero vuestra casa, señora marquesa.

LA MARQUESA.

Por qué? sed franca. ¿Qué ha podido decídiros á aceptar tan mínimos honorarios por venir á hacer compañía á una vieja medio ciega, y, tal vez, muy fastidiosa?

CAROLINA.

En primer lugar, señora, porque me han dicho que tenéis mucho talento y que sois muy bondadosa; así es que no espero aburrirme á vuestro lado. En segundo, porque sois una verdadera señora y no temo junto á vos las humillaciones consiguientes á la casi domesticidad. Y por último, aunque debiera sufrirlas, mi deber me impide permanecer en la inacción.

LA MARQUESA.

Pero... se me ocurre que para estar tan bien educada necesariamente habréis sido rica.

CAROLINA.

Mi padre vivía con cierto desahogo.

LA MARQUESA.

Y cómo es que perdió su caudal?

CAROLINA.

Por amor á sus hijos. Quería enriquecernos; espuso su capital á fin de doblarle...

LA MARQUESA.

Y se arruinó! Y qué fué de vuestra madre?

CAROLINA.

Era yo tan niña cuando la perdí, que apenas la recuerdo. Me crió una excelente muger, cuyo marido era la persona en quien mi padre tenía entera confianza. Aquellas buenas gentes eran para nosotros como de la familia; pero, cuando nos quedamos arruinados, tuve que separarme de ellas á pesar mio.

LA MARQUESA.

Y vuestra hermana?

CAROLINA.

Mi hermana se casó con un hombre à quien amaba y cuyos medios de subsistencia consistian en un destino. Mientras pudo darme hospitalidad, lo hizo con el alma y la vida. Pero su marido murió jóven dejándole cuatro hijos, y ahora me toca à mí ayudarle en lo que pueda.

LA MARQUESA.

Con mil ochocientos francos?... Imposible! ¡Mil ochocientos francos para seis personas! La señora de Arglade no me habia hablado de eso.

CAROLINA.

En el campo se vive con tan poco!

LA MARQUESA.

En el campo!... en el campo! Vamos, ya trataremos de arreglar eso!

CAROLINA, besándole la mano.

Ah! señora! tenga ó no la dicha de agradaos, permitidme que os diga que sois muy bondadosa.

LA MARQUESA.

Por mi parte, tambien debo deciros que hasta ahora no veo en vos sino buenas calidades y virtudes. Pasemos à los defectos, porque es presiso que yo os los encuentre, so pena de arruinarme. Vamos à ver, ¿sois lijera de imaginacion, coqueta?...

CAROLINA.

Ni lo uno ni lo otro, señora.

LA MARQUESA.

Es que me asisten graves razones para preguntároslo. Al admitir en mi casa à una persona jóven y linda, acepto una gran responsabilidad. No habéis tenido tampoco algun amorio?...

CAROLINA.

No, señora, tampoco.

LA MARQUESA.

Y cómo es que no habéis amado à nadie?

CAROLINA.

Porque nunca he tenido tiempo de pensar en mí misma. Apenas

contaba diez y siete años cuando mi padre murió de pesadumbre. Despues empezó la penuria, y hubo que trabajar mucho para pagar nuestras deudas. En seguida vino la enfermedad de mi cuñado, el cual tuvimos que disputar à la muerte durante todo el tiempo que fué posible; el espectáculo de mi hermana desesperada, medio loca, el de sus hijos que era menester cuidar y educar... ¿qué sé yo? ¡Ay, señora! cuando no queda lugar ni aun para dormir, tampoco le hay para soñar!

LA MARQUESA.

Sin embargo, con los atractivos que tenéis, han debido solicitaros, perseguiros...

CAROLINA.

No, señora marquesa, no es objeto de grandes persecuciones aquel que no alienta las pequeñas.

LA MARQUESA.

Soy de vuestra opinion, y encuentro vuestras respuestas muy juiciosas. Así, pues, ¿nada teméis del porvenir?

CAROLINA.

Nada absolutamente.

LA MARQUESA.

¿No teméis que esa soledad del corazon os ponga triste... os vuelva caprichosa?

CAROLINA.

Soy naturalmente alegre, de buena salud, activa y estudiantosa: creo conocerme y, no habiendo sido todavia mi tarea superior à mis fuerzas, poder asegurar que seré buena y honrada.

LA MARQUESA.

Y yo tengo el convencimiento de que decis la verdad. Falta saber si tenéis realmente las habilidades que yo exigo. Quitaos los guantes.

CAROLINA.

¿Qué es necesario hacer?

LA MARQUESA.

Ante todo, conversar, y sobre este punto estoy ya satisfecha; luego será preciso leer y ejercitarse un poco en la música. ¿Queréis tocar

algo en ese piano? (Carolina se sienta al piano y empieza á tocar.) ¡De Weber!... magnífico! precisamente me gusta mucho, y le interpretáis muy bien! Muy bien ejecutado! (Se levanta.) Reflexiono una cosa, hija mia; y es, que puedo daros dos mil cuatrocientos francos.

CAROLINA, que se ha levantado despues de tocar, se aproxima á ella.

Ah! señora!

LA MARQUESA.

No me deis las gracias por tan poco, porque me causariais pesadumbre. (Pasa á la derecha.) Por las cartas que la señora de Arglade me ha enseñado conozco ya vuestra letra y vuestra redaccion, y me parece que seréis un excelente secretario. Ahora, que ya os conozco y me agradáis, me toca darme á conocer y saber si os agrado. (Movimiento de Carolina.) Oh! quiero que me tengáis afeccion, porque no solamente vais á ser de la casa, sino á formar parte de la familia. Voy, pues, á manifestaros mis costumbres, mis manias y mis defectos. En primer lugar, mi actividad de espíritu es casi tan grande como mi pereza corporal: consiguiente á esto, he hecho que el médico me prohíba pagar las visitas, y, tanto en Paris como en el campo, he llegado á acostumbrarme á no salir nunca... No tengo ya carruaje y no quiero que mi hijo me le compre. Pero vos desempeñaréis mis encargos... ¿No os causará molestia ir en coche de alquiler?

CAROLINA.

No por cierto, ni á pié tampoco.

LA MARQUESA.

Despues, me acuerdo muy tarde y soy muy habladora.

CAROLINA.

Tanto mejor para mí.

LA MARQUESA.

Sois muy amable. ¿Bordáis sin duda, sabéis hacer tapicería?

CAROLINA.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Eso me causa horror! hay que contar los puntos, que ensímismarse... ¿Me sacrificaréis vuestra aguja?

CAROLINA.

Con mil amores.

LA MARQUESA.

Bueno... Ah! un achaque, entre paréntesis. Os prevengo que algunas veces me dormiré hablando con vos; mas no será por fastidio, sino porque tengo el cérebro siempre en movimiento y en ocasiones se para como un reloj: entónces necesito dormir hasta que vuelve á andar; pero descuidad, nunca ronco. Por último, vivo con mi hijo el marques, el cual es de un carácter melancólico; á fuer de buen hijo, cuando se halla solo conmigo, no me oculta sus tristes pensamientos, cosa que á la verdad me causa pena. Mas delante de una tercera persona, sobre todo si esa persona es de algun respeto, se toma el trabajo de aparecer amable, primero por política, y despues por olvidar sus preocupaciones. Así es, querida mia, que nos haréis á entrámbos un gran servicio dejándonos solos el ménos empo posible. (Se aleja un poco hácia la izquierda.)

CAROLINA.

Sin embargo, señora, cuando tengáis que hablar de cosas intimas, cómo lo adivinaré?...

LA MARQUESA, sentándose á la izquierda.

Yo os lo advertiré preguntándoos si la péndola atrasa. Conque... os agrado tal como soy?

CAROLINA.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Entónces, venid á tomar vuestras arras. (La besa.) Ahora, ya me pertenecéis completamente.

CAROLINA.

Cuándo quiere la señora marquesa que me instale?

LA MARQUESA

Cuándo?... En seguida.

CAROLINA.

Hoy mismo?

LA MARQUESA.

Al momento.

CAROLINA.

Entonces voy á la fonda á buscar...

LA MARQUESA.

Vuestras maletas?... De ningún modo, yo enviaré á buscarlas. (Se levanta, va hacia la chimenea y tira del cordón de la campanilla.) Ya no os separáis de mí. Vuestra habitación se halla lista, es aquella. (Señala á la puerta de la derecha); la mía es esta (Señala á la puerta de la izquierda); entre nosotras no hay más que este salón. Quitaos vuestra manteleta y vuestro sombrero, puesto que estáis en vuestra casa.

CAROLINA.

Ah! señora, cuánto tengo que agradecer á Dios por haberme conducido á vuestro lado!... ¿Me permitis que escriba una carta á mi hermana para participarle mi alegría?

LA MARQUESA.

Nada más justo! (llama.) Voy á poner á vuestras órdenes á mi viejo Benito. Id, id, hija mía. (Sale Carolina por la derecha, Benito entra por el fondo.)

ESCENA IV

BENITO, LA MARQUESA.

LA MARQUESA.

Escuchad, Benito: la señora de Saint-Geneix, que viene á vivir con nosotros, y á quien he cedido esa habitación, necesitará vuestros servicios. Cuidad de que nada la falte y decid á Margarita que deseo se tengan con esa jóven los mayores miramientos.

BENITO.

Está bien, señora marquesa.

LA MARQUESA.

La señora baronesa de Arglade vendrá dentro de un rato; la dejaréis entrar. (Falsa salida de Benito.) Escuchad, Benito. (Se sienta á la izquierda.) ¿Me habéis buscado ya vuestro sucesor?

BENITO.

Todavía no, señora marquesa.

LA MARQUESA.

Pues bien, no nos separaremos: mi casa será vuestro cuartel de invalidos. Pero como quiero que viváis mucho tiempo, es necesario que os reposéis.

BENITO.

Lugar me queda, señora marquesa. Tengo en trato á una persona que me parece buen sujeto y espero á que se decida.

LA MARQUESA.

Bueno, amigo mio, en ese caso esperaremos. Id, Benito, id á donde os mando. (Sale Benito por la derecha. Urbano entra por el fondo.)

ESCENA V

LA MARQUESA, URBANO.

URBANO.

bien, querida mamá, ¿os habéis arreglado con la señorita de Saint-Geneix?

LA MARQUESA.

Callad, no me habléis de ella! Estóy contentísima del hallazgo; yo creo que me ha hechizado!

URBANO.

De veras?... Contádmelo.

LA MARQUESA.

No sé si debo hacerlo... Temo que perdáis también la cabeza!

URBANO.

Oh! no temáis nada!... Aunque yo fuese inflamable hasta ese extremo, ya sabéis que en vuestra casa...

LA MARQUESA.

Conozco vuestros principios, hijo mio! Si lo dije fué únicamente por haceros sonreír, y no lo he conseguido! Qué tenéis, Urbano? Os aburrís en mi compañía? ¿Amáis tal vez á alguien que no os ama?

URBANO.

No, puesto que no amo sino á vos, madre mia.

LA MARQUESA.

Si, ya sé que me amáis, de ello me dais pruebas á cada momento; y yo acabo de aumentar los continuos sacrificios que por mí hacéis. He prometido á la señorita de Saint-Genex...

URBANO.

Cómo! ha regateado el precio de...?

LA MARQUESA.

Oh! no! la pobre ni siquiera ha pensado en ello! La vi dispuesta á sacrificarse por su familia, y no pude ménos de enternecerme... y casi me arrepiento de ello, porque no siempre tiene uno derecho de hacer bien.

URBANO.

Ah! madre mia! el día que llegaréis á rehusaros el placer de dar limosna, creería que no me conceptuabais digno de vuestra afecion.

LA MARQUESA.

Sois el mejor de los hijos y el mas generoso de los hombres. Vuestro cariño es mi vida entera.

URBANO.

No digáis eso, mi buena mamá; el de mi hermano tiene derecho á la mas dulce mitad de vuestra alma.

LA MARQUESA.

Vuestro hermano...

URBANO.

Os abandona un poco, lo sé; pero cuando llegue se lo perdonaréis todo, no es verdad?...

LA MARQUESA, levantándose pasando á la derecha.

No! ya no me acuerdo de él, ya casi no le quiero.

URBANO, mirando la péndola.

Casi no? Y si entrará en este momento á sorprenderos, sería mal recibido?

LA MARQUESA, estremeciéndose de alegría.

Pero va á venir?

URBANO, sonriendo.

Ah! lo veis?

LA MARQUESA.

Pues bien, si viene es porque habéis ido á buscarle.

URBANO.

Os aseguro que se disponia...

LA MARQUESA.

No importa! ya verá lo que le espera! Pase por arruinarme; pero dejar de verme!...

BENITO, anunciando con aire risueño.

¡El señor duque de Aleria! (Vase.)

ESCENA VI

URBANO, EL DUQUE, LA MARQUESA.

LA MARQUESA.

¿Os hacéis anunciar al entrar en mi casa, hijo mio? ¿Por ventura voy llegando á ser para vos una estraña?

EL DUQUE, besándole la mano.

Es porque me daba vergüenza presentarme, querida mamá, y porque temia que hubieseis olvidado mi nombre... segun merezco.

LA MARQUESA.

¡Hay muchas cosas que me le recuerdan!

EL DUQUE, colocando el sombrero sobre el piano.

Y á cual peores, no es verdad? — Buenos días, Urbano.

URBANO.

Felices, Cayetano.

EL DUQUE.

Habéis estado en mi casa?

URBANO, á media voz.

Si, tenia que hablaros. (Alto.) Coméis con nosotros?

EL DUQUE.

Si mi madre lo permite...

LA MARQUESA.

Sin duda querriais que os dijera que no, es verdad? Pues os llevais chasco! Voy á vestirme, que ya es hora. No espero sino á la señora de Arglade: si viene ántes que yo vuelva, hacédle los honores. Urbano, recordádlá que come con nosotros y dadla en mi nombre las gracias por su encantadora amiga.

EL DUQUE.

¿La señora de Arglade tiene una amiga encantadora?

URBANO.

Sí, una nueva lectora que ha proporcionado á mamá.

EL DUQUE.

No está ya aquí Artemisa?... Oh! gracias á Dios! Mamá, no lo creerás; pero ¿sabes lo que me impedía venir?... La cara de Artemisa!

LA MARQUESA.

En ese caso, vendréis en adelante mas á menudo?...

EL DUQUE.

No me hagáis decir tonterías, querida mamá: os prevengo que ya no digo sino cosas llenas de sensatez.

LA MARQUESA.

Desde cuando?

EL DUQUE.

Desde hace mucho tiempo!

LA MARQUESA.

Pues qué os ha sucedido para ese cambio, hijo mio?

EL DUQUE.

Nada, mamá, los disparates que ya sabéis!... Almuerzos á quinientos francos por cabeza, caballos de á ochocientos luisas, mugeres de yo no sé cuánto...

LA MARQUESA.

Cayetano!

EL DUQUE.

No me riáis, querida mamá... ya soy otro! Los almuerzos es-
tragaban el estómago y el bolsillo, los caballos se desbocaban y la boca de las mugeres era un abismo sin fondo!... Todas esas decep-

ciones me han conducido á la moralidad por el camino del hastio... Así es que ahora... ya veréis, me siento capaz hasta de predicar un sermón...

LA MARQUESA.

A quién?

EL DUQUE.

A Urbano.

LA MARQUESA.

A Urbano! Y sobre qué?

EL DUQUE.

Sobre su idolatría por las libracos, y sobre su horror al matrimonio.

URBANO.

Deseáis que me case?

EL DUQUE.

Sí, señor! todos lo deseamos; porque, en fin, es preciso que nuestra querida mamá tenga nietos. Es preciso que uno de los dos se decida á entrar en el matrimonio, y como yo no puedo ser ese uno á causa de que no encontraria una muger bastante abandonada de la mano de Dios que aceptase mi hipoteca... á ménos que no fuese la viuda de Arglade, respetable señora cuyo solo nombre me hace daño á los nervios...

LA MARQUESA.

Otra cosa peor pudierais hallar.

EL DUQUE.

Oh! no, mamá! Semejante cáustico... y para un hombre que empieza á ser razonable!

LA MARQUESA.

Y cuánto tiempo durará el juicio?

EL DUQUE.

No durará mucho; pero volverá de nuevo, y á fuerza de idas y venidas quizá llegue un dia en que...

URBANO.

Por qué dudar del presente?

EL DUQUE.

A causa del pasado.

LA MARQUESA.

Vamos, queréis evitarme el trabajo de recordarle.

EL DUQUE.

Os aseguro que quisiera sustraerme á ese castigo.

LA MARQUESA.

Castigo al cual debéis estar bien acostumbrado!

EL DUQUE, conmovido y besándole la mano.

Oh! nunca, mamá!

LA MARQUESA se conmueve también y le abraza.

Dios mío, qué débil soy!

EL DUQUE.

Ah!... otro, mamá!

LA MARQUESA.

No! es más de lo que merecéis.

EL DUQUE.

Si no le mereciera no le pediría!

LA MARQUESA.

Bien... esta noche!

EL DUQUE.

Me daréis uno siquiera... cuando me vaya?

LA MARQUESA, bajo.

No: tantos como horas permanezcáis conmigo

EL DUQUE.

Entonces no me voy nunca!

LA MARQUESA.

Embustero! (Sale por la izquierda acompañada del duque.)

ESCENA VII

EL DUQUE, URBANO.

EL DUQUE.

bien, hermano mi! participad de mi alegría. Estoy perdo-

nado! eso no os admira y sin embargo, hay de qué admirarse. Vamos á ver, ibais á decirme...

URBANO.

Que mamá sufre mucho cuando la enfadáis y que gana diez años de vida cuando os perdona. Hacéd que os perdone con frecuencia!

EL DUQUE.

Oh! lo que es ahora, tenía un gravísimo impedimento para no venir; pero no podía decirselo á mi madre.

URBANO.

Y á mí, podéis decirmelo?

EL DUQUE.

Queréis saberlo?

URBANO.

Sí.

EL DUQUE.

Pues bien, vergonzoso es decirlo, pero ya que os empañáis en saberlo, os confesaré que me estaban acechando unos cuantos alanos, vulgo alguaciles de comercio, en el camino que conduce de mi casa á aquí.

URBANO.

A ese extremo habéis llegado?

EL DUQUE.

Desgraciadamente!

URBANO.

Y cómo habéis podido venir hoy?

EL DUQUE.

Porque no vengo de mi casa. Mi ayuda de cámara me llevó vuestra carta... á mi domicilio provisional. (Se echa á reír.)

URBANO.

Provisional! pues dónde estabais?

EL DUQUE.

En el bosque de Fontainebleau, bajo el undécimo árbol de la izquierda, entrando por el camino de Melun... Allí es donde suelo vivir algunas veces.

URBANO.

Vos, hermano mio?

EL DUQUE.

Y prefiero ese alojamiento á Clichy!... Hay cosas divertidísimas en esta vida nómada! Vos hacéis sendos viajes en busca de impresiones: yo las encuentro por todas partes. Por ejemplo, tengo un ayuda de cámara que es una maravilla en esto de proporcionarme sorpresas. No importa dónde me acueste, ya sea en la ciudad, ya sea en una hostería estramuros, ya al pie de un árbol, como me sucedió ayer, de fijo me le encuentro al despertarme, teniéndome todo listo como si estuviéramos en casa. El neceser abierto á mi lado, mi chocolate hirviendo sobre la lámpara de espíritu de vino... Esta mañana, sin ir mas lejos, me afeitó y me peinó bajo el undécimo árbol consabido, mientras repasaba yo los periódicos que habia tenido la precaucion de llevarme. Por cierto que leí el discurso del señor de Clusey, un discurso magnífico... ya puede el gobierno andarse con cuidado!

URBANO.

Todo lo echáis á risa, Cayetano!

EL DUQUE.

Todo lo que es risible.

URBANO.

Y lo es eso? ¿No conocéis que si mi madre lo supiera moriría de pesadumbre? Es preciso que no vuelva á suceder.

EL DUQUE.

Decirlo es muy fácil.

URBANO.

Y hacerlo tambien. Aqui tenéis los recibos de todas vuestras deudas. Un hombre de vuestro talento no debe hallarse obligado á admirar el de su ayuda de cámara. Ya no debéis nada, y aun os que lan doce mil libras de renta. (Le entrega los recibos.)

EL DUQUE.

Urbano!

¹ Prision por deudas.

URBANO.

Y bien, qué?

EL DUQUE.

Habéis pagado mis deudas?

URBANO.

Claro es, puesto que no podiais pagarlas,

EL DUQUE.

Pero nuestra madre las habia pagado una vez!

URBANO.

Justo, y no quedándole ya nada, mal podria pagarlas de nuevo.

EL DUQUE.

Conque es decir, que tambien os he arruinado?

URBANO.

No del todo. Pero lo que queda pertenece á la marquesa, á ella sola! Tengamos la dicha de conservarla mucho tiempo, y que nada sepa de lo que sucederá despues que ella falle.

EL DUQUE.

¿Y habéis creido que yo aceptaria la mortificacion de deberos?...

URBANO.

¿Por qué dejáis hablar á vuestro orgullo mas bien que á vuestro corazon? Antes que el primero razonara, sentias palpar al segundo.

EL DUQUE.

No importa... rehusó! No somos hijos de un mismo padre, no llevamos el mismo nombre, nada me debéis, y no quiero que hagáis ningún sacrificio por mí.

URBANO.

Tenemos la misma madre, y eso basta. Además, para rehusar es ya demasiado tarde. Vuestros acreedores no deben hallarse muy dispuestos á devolver lo que han recibido. Así, pues, ya no tenéis mas que uno, y ese os dará larga espera.

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Oh! ¿soy un miserable! ¿Por qué no?...

URBANO.

¿Por qué no cedisteis á la tentacion de barrenaros el cráneo con una bala?

EL DUQUE.

Pues bien, si! hubiera debido hacerlo.

URBANO.

Eso es! añadir un crimen irreparable á locuras que tienen reparacion! Si vos no amáis á nadie, hay todavía personas que os aman.

EL DUQUE.

Es verdad, mi pobre madre!

URBANO.

Y nadie más?...!

EL DUQUE.

Quién?

URBANO.

Vuestro ayuda de cámara... y tal vez yo.

EL DUQUE, arrojándose en sus brazos.

Ah! ; hermano mio!...

URBANO.

;Vamos, no hablemos más de eso! No he hecho por vos sino lo que en mi lugar hubierais hecho por mí.

EL DUQUE.

Oh! no, yo no hubiera sabido, no hubiera podido hacerlo; mi destino es hacer daño! Ah! hermano mio... hermano mio! si supieras que siempre te he querido mal!...

URBANO.

Lo sé, y me lo explico por la diferencia de nuestras organizaciones; pero quizás ha llegado el momento de quererse mejor.

EL DUQUE.

Oh! sí!... Perdóname, Urbano: hoy no solo te quiero, sino que te admiro, te venero; tú eres sencillo, bueno, grande, y yo... yo soy un ingrato, un imbécil, un animal! Tú eras mi mejor amigo y no lo echaba de ver, y bruto de mí, he dado mi tiempo, mi corazón y mi dinero... y el de mi padre, y el de mi madre, y el tuyo, á pillos y á... Pero, qué puedo hacer por tí? Amas á alguna muger? Es preciso robarla? hay que matar á su marido?... ¿Quieres que vaya á China, á Siberia, al infierno? Dimelo!

URBANO.

No, quiero que me ames, y estaremos pagados.

EL DUQUE.

Que si te amo!... con toda mi alma! Pero quisiera hallar inmediatamente un medio de probartelo.

URBANO.

Tal vez hay uno que no sospechas.

EL DUQUE.

A qué si?... Enmendarme! Pues bien, me enmendaré. Por qué no? Todavía soy jóven, qué diablo! A cuarenta años puede estar uno algo ajadillo, pero aun no ha concluido todo. Está dicho! voy á ser razonable, y con tanto mayor motivo cuanto que es absolutamente necesario. Mira, despues de todo no soy digno de lástima. Carenaré mi salud para rejuvenecerme, y dispondras de mí como quieras. El verano le pasaré en el campo contigo y con mi madre, y os contaré cuentos para haceros reir. Vamos, consuélame, ayúdame á formar proyectos, hermano mio; porque si me paro á pensar en el mal que os he hecho, en lo desgraciado que soy!... (se echa á llorar.)

URBANO, yendo hácia él.

;Valor, chiquillon! el mal tiempo ha concluido y acaso empieza á lucir una estrella más favorable!

EL DUQUE.

Si, tú me enseñaras el secreto que posees para ser dichoso. ¿Cuál es, Urbano?

URBANO.

El valor.

EL DUQUE.

Le necesitarías tú acaso?

URBANO.

Más de lo que piensas.

EL DUQUE.

Tienes alguna pena?

URBANO.

Peor que eso: hay en mi vida una falta, casi un crimen... No soy yo quien debe acusarte.

EL DUQUE.

Y qué es ello? puedes decírmelo?

URBANO.

Si, voy á decírtelo para demostrarte que aun puedes hacer bien, siquiera no sea mas que á mi, á mi que vivo sin amigos, con el corazon demasiado lleno y demasiado aislado.

EL DUQUE.

Ah! dímelo, Urbano! Desde hace un momento, mi corazon se halla purificado y puede recibir tus dolores. ¿Qué desgracia te abruma?

URBANO.

Una muy sencilla : he amado.

EL DUQUE.

Y lo sospechaba; pero te amarían también?

URBANO.

No.

EL DUQUE.

Cómo! no?

URBANO.

Era una muger casada, la cual no me veía sino á través de un remordimiento.

EL DUQUE.

Chico, es que así es como deben amar las mugeres casadas. De otro modo, no sabría uno qué hacer con ellas! ¿Y tú lo tomaste por lo serio?

URBANO.

Como lo tomo todo.

EL DUQUE.

Y al fin... te plantó?

URBANO.

No... murió!

EL DUQUE.

Diablo! ya eso es otra cosa. Y cuánto hace que murió?

URBANO.

Tres años.

EL DUQUE.

Veo que una sola pasión ha llenado tu vida. Pero, si la has llorado tres años, me parece un periodo muy decentito y...

URBANO.

¡Calla, hermano mio, calla! murió por causa mía!

EL DUQUE.

Bah! tú lo crees así? Desengáñate, chico; las mugeres no se mueren por nadie. Cuando se van al otro mundo es porque no pueden hacer otra cosa.

URBANO.

Oh! no te rías, Cayetano, te lo suplico : mi dolor no tiene remedio y para mi falta no hay disculpa. Mira, yo empleé mi voluntad, mi inteligencia, todas las fuerzas de mi alma, no en combatir mi pasión, sino en inspirarla á una pobre muger á quien esa pasión debía ser funesta. Ya te lo contaré todo... hoy no puedo... Ese recuerdo me ahoga, Cayetano... y me siento morir!

EL DUQUE.

Pero la amas siempre?

URBANO.

No, no debo echar de menos una vida de lucha y de martirio; pero ya no puedo amar, y ese es mi castigo.

EL DUQUE.

Bah! y por un solo trapicheo? Mira, hay alguno que ame con mas frecuencia que yo? Pues bien, te aseguro que ántes de tres meses...

URBANO.

Oh! tú tienes una de esas naturalezas vivaces que florecen á cada nueva estación! Pero no quiero entristecerte... Acuérdate únicamente que acaso tendré de un momento á otro que reclamar de ti un gran servicio.

EL DUQUE.

Si? pues pídemelo en seguida.

URBANO.

No, dejémoslo por ahora. Voy á recojer tus pagares para que hagas de ellos lo que quieras.

EL DUQUE.

Entonces voy á ponerlos en un cuadro.

URBANO.

Como te parezca.

EL DUQUE.

Y algun día se los enseñaré á tus hijos diciéndoles ; « Chicos, veis esos papelotes? no firméis jamas semejantes disparates. »

URBANO.

Conque, adios, Cayetano. De hoy mas, acabó la mala inteligencia entre nosotros! (Sale por el fondo. Benito entra.)

ESCENA VIII

BENITO, EL DUQUE, despues PEDRO.

EL DUQUE, sentándose á la derecha.

Hombre, llegas como la paloma del arca! Precisamente estoy todavía con el chocolate.

BENITO.

Yo no olvido las costumbres del señor duque. (Acerca el velador, sobre el cual deposita una bandeja con vino y bizcochos.)

EL DUQUE.

Eres un ángel, Benito.

BENITO.

Favor que me dispensa el señor duque. Ahí está el ayuda de cámara del señor duque, y solicita sus órdenes.

EL DUQUE, bebiendo y comiendo.

Dile que entre. (Benito hace seña á Pedro y sale por el fondo. — A Pedro.) ¿Habéis pasado por casa?

PEDRO.

Sí, señor duque.

EL DUQUE.

Hay cartas?

PEDRO.

No hay mas que algunas targetas.

EL DUQUE.

Dadme! (A parte, leyéndolas.) Las targetas de los abastecedores que hace poco querian prenderme! Y solicitan mi clientela!... Oh! civilizacion, á dónde irás á parar! (A Pedro.) Está bien, podéis marcharos.

PEDRO.

¿No tiene el señor duque nada que mandarme?

EL DUQUE.

No.

PEDRO.

¿A dónde debere ir á esperar al señor duque?

EL DUQUE.

A mi casa.

PEDRO.

¿Y á qué hora será menester despertarle?

EL DUQUE.

A ninguna... Me dejarás dormir.

PEDRO.

¿Sabe el señor duque que mañana no es domingo?

EL DUQUE.

Sí, amigo mio, si. Ya he concluido mis estudios de paisaje, quiero descansar y os aconsejo que hagáis otro tanto. Id, Pedro, id, que bien lo habéis ganado. (Pedro se dirige hácia el fondo y se detiene sorprendido viendo entrar á Carolina; — despues sale.)

ESCENA IX

CAROLINA, EL DUQUE, sentado.

CAROLINA, entrando por la derecha y al ver al duque hace ademán de retirarse.

Dispensád, caballero, creí que la señora marquesa estaba en el salon.

EL DUQUE, levantándose.

¿Va á venir dentro de un instante. (Carolina saluda y da un paso hácia la puerta.) Os causo miedo, señorita?

EL DUQUE.

Entonces voy á ponerlos en un cuadro.

URBANO.

Como te parezca.

EL DUQUE.

Y algun día se los enseñaré á tus hijos diciéndoles ; « Chicos, veis esos papelotes? no firméis jamas semejantes disparates. »

URBANO.

Conque, adios, Cayetano. De hoy mas, acabó la mala inteligencia entre nosotros! (Sale por el fondo. Benito entra.)

ESCENA VIII

BENITO, EL DUQUE, despues PEDRO.

EL DUQUE, sentándose á la derecha.

Hombre, llegas como la paloma del arca! Precisamente estoy todavía con el chocolate.

BENITO.

Yo no olvido las costumbres del señor duque. (Acerca el velador, sobre el cual deposita una bandeja con vino y bizcochos.)

EL DUQUE.

Eres un ángel, Benito.

BENITO.

Favor que me dispensa el señor duque. Ahí está el ayuda de cámara del señor duque, y solicita sus órdenes.

EL DUQUE, bebiendo y comiendo.

Dile que entre. (Benito hace señá á Pedro y sale por el fondo. — A Pedro.) ¿Habéis pasado por casa?

PEDRO.

Sí, señor duque.

EL DUQUE.

Hay cartas?

PEDRO.

No hay mas que algunas targetas.

EL DUQUE.

Dadme! (A parte, leyéndolas.) Las targetas de los abastecedores que hace poco querian prenderme! Y solicitan mi clientela!... Oh! civilizacion, á dónde irás á parar! (A Pedro.) Está bien, podéis marcharos.

PEDRO.

¿No tiene el señor duque nada que mandarme?

EL DUQUE.

No.

PEDRO.

¿A dónde debere ir á esperar al señor duque?

EL DUQUE.

A mi casa.

PEDRO.

¿Y á qué hora será menester despertarle?

EL DUQUE.

A ninguna... Me dejarás dormir.

PEDRO.

¿Sabe el señor duque que mañana no es domingo?

EL DUQUE.

Sí, amigo mio, si. Ya he concluido mis estudios de paisaje, quiero descansar y os aconsejo que hagáis otro tanto. Id, Pedro, id, que bien lo habéis ganado. (Pedro se dirige hácia el fondo y se detiene sorprendido viendo entrar á Carolina; — despues sale.)

ESCENA IX

CAROLINA, EL DUQUE, sentado.

CAROLINA, entrando por la derecha y al ver al duque hace ademán de retirarse.

Dispensád, caballero, crei que la señora marquesa estaba en el salon.

EL DUQUE, levantándose.

¿Va á venir dentro de un instante. (Carolina saluda y da un paso hácia la puerta.) Os causo miedo, señorita?

CAROLINA.

No, señor; pero...

EL DUQUE.

Pero... ya veis que no podéis molestarme, puesto que me hallo solo y que ámbos somos de casa; porque... si no me engaño, sois la sucesora de la incomparable Artemisa.

CAROLINA.

Sí, señor, yo soy quien la reemplaza.

EL DUQUE.

Como la primavera reemplaza al invierno, haciéndole olvidar. Oh! no habéis conocido á Artemisa? pues es lástima! Figuraos que era mas áspera que la brisa del mes de diciembre: estoy seguro de que ella me ocasionó mi primer reumatismo.

CAROLINA.

¿Y estáis ya curado?

EL DUQUE.

Sí.

CAROLINA.

Vaya, me alegro infinito.

EL DUQUE.

Oh! con vos siquiera se puede hablar!... Conque, no la habéis conocido?

CAROLINA.

A quién?... á la señora Artemisa? No, señor.

EL DUQUE.

Habéis visto algunos albatros?

CAROLINA.

Nunca.

EL DUQUE.

Ni disecados?

CAROLINA.

Ni disecados.

EL DUQUE.

Pues en el Jardín Botánico los hay... Es un bicho muy curioso y digno de verse.

CAROLINA, conteniendo la risa.

Sé que es un ave marina.

EL DUQUE.

Justamente! con un gran pico terminado en gancho. Es un animalito que se pasa el día comiendo, que tiene el lomo la mitad blanco y la mitad oscuro, y unas zancas!... Pues bien, la tal Artemisa... (Carolina suelta la carcajada.) Ah! os reís? Hombre, gracias á Dios que hay aquí alguien que se ria! A propósito, — ¿es impertinencia preguntaros vuestro nombre, señorita? Yo adiviné el de Artemisa... Hay caras que en seguida le revelan. Esperad, á ver si adivino el vuestro... Os llamáis Maria?... Blanca?...

CAROLINA.

No.

EL DUQUE.

Luisa?... Carlota?

CAROLINA.

Cerca le anda.

EL DUQUE.

Carolina?...

CAROLINA.

Eso es.

EL DUQUE.

De veras? Y llegáis ahora de provincia?

CAROLINA.

Del campo.

EL DUQUE.

Pero, para venir del campo tenéis las manos muy blancas.

CAROLINA.

Es que me he criado en Paris.

EL DUQUE.

Y no os aburriréis aquí?

CAROLINA.

Yo no me aburro nunca.

EL DUQUE.

¿Nunca, nunca?

CAROLINA.

Jamás.

EL DUQUE.

Sois bien dichosa! ¿Y habéis entrado aquí por recomendación de la señora de Arglade?

CAROLINA.

Sí.

EL DUQUE.

Entonces conocéis á esa *chortilela*?

CAROLINA.

Cómo la llamáis?

EL DUQUE.

Chortilela.

CAROLINA.

Que significa?...

EL DUQUE.

Es una palabra de mi invención que quiere decir: medio loca.

CAROLINA.

Cómo! creéis que Leoncia?...

EL DUQUE.

Vamos, sin duda hace mucho que no la habéis visto!... Pero la estamos esperando; observádlas bien. Veréis cómo me pisa sin verme y cómo llora á lágrima viva en cuanto yo chille, á ménos que no suelte el trapo á reír llamándome su pobre Benito, ó que no se desvanezca creyendo que soy mi madre. Su distracción llega á tal punto, que, según dicen, confiesa los pecados ajenos, y se cree obligada á echar la penitencia de los suyos sobre las costillas del prójimo... (Movimiento de Carolina.) Oh! sin duda son calumnias. Pero, decidme: ¿cómo es que una persona razonable conoce á la señora de Arglade?

CAROLINA.

No la conocéis vos?

EL DUQUE.

Pero yo no soy razonable. No importa! ¿queréis darme la mano?

CAROLINA.

A qué fin?

EL DUQUE.

Para tener el placer de estrechársela. Nada temáis; el sentimiento que me impulsa á pedíroslo es tan puro como honrado. Me la dais? (Carolina le tiende la mano.) Gracias! cuidad mucho á mi madre!

CAROLINA.

Segun eso, sois el señor marques?

EL DUQUE.

No, soy su hermano.

CAROLINA.

La señora marquesa no me habia hablado sino de un hijo.

EL DUQUE, con emoción.

Eso le sucede algunas veces. Pero la culpa es mia.

ESCENA X

CAROLINA, LEONCIA, EL DUQUE

LEONCIA, entrando por el fondo.

En fin, héme aquí.

CAROLINA, corriendo hácia ella.

Oh, querida Leoncia! ya ves, como he venido sola.

LEONCIA.

Sí, lo sabia, y no he querido que me anuncien por ver si me reconocias.

CAROLINA.

Yo lo creo! tú no has cambiado.

LEONCIA.

Y tú... ¿Sabes que te has puesto muy guapa?... Oh! pero de un modo asombroso! Has visto á la marquesa?

CAROLINA.

Sí; la marquesa es adorable!... ya estoy instalada.

LEONCIA.

Perfectamente! Pues figúrate, hija, que yo ando desde esta mañana como un azacan, para un asunto muy grave y muy delicado.

Una amiga mía, ya un poco entrada en años, tiene una hija que el padre quiere que lleve al baile... y por cierto que el buen hombre es un poco déspota y algo testarudo: él dice que la joven es ya bastante grandecita para presentarla en sociedad, y la madre opina que la chica es demasiado vieja... no, quiero decir demasiado joven. Pues bien, en esta alternativa me tomaron por árbitro, y salí para ir a su casa... pero, en el camino, cambié de opinión.

EL DUQUE, después de haber saludado irónicamente á Leoncia.

Baronesa, soy yo, sabéis?... yo, que estoy pronto á presentaros el homenaje de mis respetos á la primera coma que haya de intervalo... Pero no os molestéis, lugar hay.

LEONCIA.

Creía haberos dado la mano al entrar.

EL DUQUE.

Sí, pero no ha sido hoy, fué la última vez que vinisteis.

LEONCIA.

Ah! ¿es que vamos á empezar?

EL DUQUE.

No por cierto! mi madre me ha dicho que os haga los honores, y cumplo su mandato dejándoos hablar con esa señorita.

LEONCIA.

Es una amiga de convento que vuelvo á encontrar...

EL DUQUE.

¿Tenéis bastante con dos horas para el reconocimiento? Lo digo, porque cuando vos tomáis la palabra... Y á propósito, qué día es hoy, baronesa?

LEONCIA.

Hoy?

EL DUQUE.

Sí.

LEONCIA.

Lunes ó martes... ¡Jesus, que loca soy!... ¡Domingo!

EL DUQUE.

No, que es juéves.

LEONCIA.

Ay, es verdad!

EL DUQUE.

Baronesa!

LEONCIA.

Qué hay?

EL DUQUE.

Cerrád los ojos.

LEONCIA.

Otra broma?

EL DUQUE.

No, no es broma, cerrád los ojos.

LEONCIA.

Bien. Y luego?

EL DUQUE.

De qué color es vuestro vestido?... Sin trampa!

LEONCIA.

Verde.

EL DUQUE.

No, que es gris; habéis olvidado que estáis de medio luto.

LEONCIA.

Qué queréis! como yo no soy quien me visto...

EL DUQUE.

Vaya una razon!

LEONCIA, á Carolina.

¡Ya empieza el señor duque con su sempiterna tarabilla! Pues bien, sí, soy distraída para las cosas fútiles. (Pasa á la derecha.) ¿Qué me importa á mí el día ó el año en que vivo? Gracias á Dios, no me amenaza ninguna letra á plazo. Tengo buena memoria para acordarme de mis amigos, y esto es lo esencial.

EL DUQUE.

Entónces, baronesa, acordaos de nosotros, y no olvidéis que hoy lunes, martes ó domingo, sexto ó quinto día del mes de noviembre, de abril ó de enero, adornada con vuestro vestido azul, gris ó verde,

coméis en nuestra casa, ó en la del vecino de enfrente ó en la del de mas allá. (Sale por el fondo.)

ESCENA XI

LEONCIA, CAROLINA.

LEONCIA, sentándose á la izquierda.

Siempre loco, pero gracioso! (Con misterio.) Sin embargo, no te fies de él!

CAROLINA.

Por qué?

LEONCIA.

Porque el duque es muy tuno, y capaz de comprometer á todas las mugeres.

CAROLINA.

Por ventura te?...?

LEONCIA.

A mí? oh! no. Pero, á fuer de buena amiga, debo prevenirte ciertas cosas que no podia explicarte por escrito.

CAROLINA.

Aun no es tarde.

BENITO, entrando por la izquierda.

La señora marquesa suplica á la señora baronesa de Arglade y á la señorita de Saint-Geneix que tengan la bondad de pasar á su habitacion.

LEONCIA.

En seguida vamos. (Vase Benito.) Te decia...

CAROLINA.

Pero corre prisa?... porque no tenemos tiempo.

LEONCIA, levantándose.

Sí, tenemos lugar... no son mas que dos palabras... Ah! antes que se me olvide, una pregunta muy prosáica: tú eres pobre, yo soy rica; necesitas dinero?

CAROLINA.

No, gracias!

LEONCIA.

De veras?

CAROLINA.

De veras.

LEONCIA.

Te has resentido por que te lo pregunte?

CAROLINA.

Estás loca?

LEONCIA.

En fin, ya sabes que puedes contar conmigo como yo contigo. Ahora, voy á darte mi consejo: la marquesa tiene otro hijo.

CAROLINA.

Ya me ha hablado del marques.

LEONCIA.

Es un sabio, un filósofo á quien su madre quiere casar con una jóven conocida mia... no tardarás tú en conocerla. Se llama...

CAROLINA.

Pero, querida Leoncia, todo eso no me importa gran cosa.

LEONCIA.

No?... mas de lo que se te figura. El marques es muy sentimental, tú eres aun muy guapita, y si llegaras á trastornarle la cabeza... Oh! no digas que no, porque nadie puede saber lo que sucederá mañana.

CAROLINA.

Pero puede una responder de sí misma!

LEONCIA.

Segun, hija... Qué estaba yo diciendo?... Ah!... que la marquesa no te perdonaria nunca el que hubieses desbaratado el casamiento de su hijo... Déjame acabar. En cuanto al duque, como está arruinado, necesita una novia rica, y creo que voy á proporcionarle una.

CAROLINA.

Cómo! tú eres casamentera?

LEONCIA.

Qué quieres, hija? la marquesa me persigue para que le coloque al duque... y ; si supieras que difícil es de colocar el tal duquesito! Quizas tenga para ello necesidad de tu auxilio; ¿ puedo contar contigo?

CAROLINA.

Por Dios, Leoncia, ¿ a dónde tienes la cabeza? ¿ Qué influjo puedo ejercer yo aquí, en la posición que ocupo?... Vive persuadida que nadie me pedirá parecer.

LEONCIA.

Es que tu posición puede llegar á ser muy delicada!

CAROLINA.

Gracias á tus advertencias, no me asusta.

LEONCIA.

En fin, en todo caso, cuento con tu amistad, con tu confianza?

CAROLINA.

Sería una ingrata si otra cosa hiciese.

LEONCIA, hesándola.

Ah! mereces ser querida como yo te quiero! Vamos al cuarto de la marquesa. (Benito abre la puerta.) Hémos aquí. (Entran en la habitación.

— Pedro, que aparece en el fondo, sigue con la vista á Carolina).

ESCENA XII

BENITO, PEDRO.

PEDRO.

Señor Benito!

BENITO, que se habrá quedado arreglando las sillas.

Señor Pedro!

PEDRO.

Quién es esa joven que acaba de salir con la señora de Arglade?

BENITO.

Es la señorita de Saint-Geneix... la nueva lectora de la señora marquesa.

PEDRO, á parte.

Lectora!... (Alto.) Señor Benito, me he decidido por fin á reemplazaros.

BENITO.

De veras? me alegro. Y cuando?

PEDRO.

Tan pronto como el señor duque no necesite de mis servicios. Hasta la vista, señor Benito.

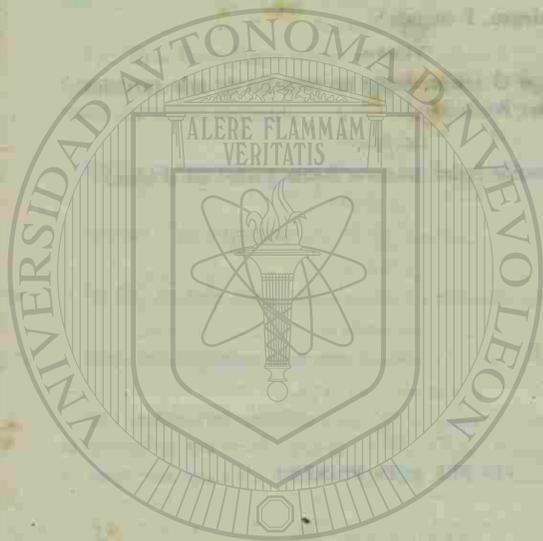
BENITO.

Hasta mas ver, señor Pedro. (Pedro se dispone á salir; cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, N.M.L.

29635



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, LA MARQUESA, URBANO.

(Urbano aparece sentado cerca de la chimenea, mirando fijamente á Carolina, la cual se halla sentada junto al velador ante un periódico que acaba de leer. — La marquesa se halla también sentada al otro lado del velador, no lejos de la chimenea.)

LA MARQUESA, pensativa.

Ah! cómo se pasa el tiempo!... Ocho días ya desde el domingo de Pentecostes!

URBANO.

Y que tenéis vos que ver con eso, querida mamá?

LA MARQUESA.

Yo? nada... Carolina, habéis enviado esta mañana á saber cómo sigue la señora de Dunieres?

CAROLINA.

Si, señora marquesa; está mas aliviada; pero su médico le prohíbe todavía salir.

LA MARQUESA.

Deberíais haber ido á verla, hijo mío.

URBANO.

Ayer estuve y la dejé una targeta, porque aun no recibía.

LA MARQUESA, á Carolina.

Dejad esos periódicos, hija mia, que están muy fastidiosos.

CAROLINA, se levanta y lleva los periódicos á la mesa del fondo.
Me pongo á leerlos otra cosa?

LA MARQUESA.

No, que ya habéis leído mas de una hora.

CAROLINA.

No estoy cansada.

URBANO.

Y si lo estuviérais, señorita, mi madre me tiene á su disposición toda la mañana.

LA MARQUESA.

Hoy también? Me estáis acostumbrando muy mal, hijo mio! Puesto que os quedáis con nosotras, hablemos. (Carolina vuelve á sentarse.) Prefiero la conversacion á la lectura. ¿Sabéis que desde hace un mes, desde que esta buena Carolina está con nosotros, me habéis pasar unas mañanas deliciosas? Carolina lee tan bien! Y luego, cuando conversáis, me reanimo oyendoos, al mismo tiempo que me reposo. Además, ámbos ténéis tan sólida instruccion, tanta abundancia de ideas, que yo hasta me creo dispensada de tenerlas propias: á fuerza de oiros, me habéis enseñado todas las ventajas del placer de escuchar.

CAROLINA.

Eso es lo que yo digo cuando conversáis con el señor de Villemer.

URBANO, colocándose detras del velador.

Justamente lo mismo se me ocurre á mi cuando habláis con la señorita de Saint-Geneix.

LA MARQUESA.

Entónces, los tres nos hallamos satisfechos unos de otros... Sea enhorabuena! Pero lo mejor es que lo que decimos en tono de broma sale del corazon... Cosa bien rara en este mundo! Carolina, me habéis cumplido vuestra palabra y estoy muy satisfecha de vos; sois buena, afectuosa sin afectacion, jovial sin aturdimiento, activa sin ser molesta y parecéis no aburrirnos al lado mio.

CAROLINA.

¿Por ventura se aburre una de ser dichosa?

URBANO, jovialmente

Decidnos que también vos sois dichosa, madre mia, y, como dicen los aldeanos, todos estaremos contentos como unas pascuas.

LA MARQUESA.

Sí, lo soy... pero con la esperanza de serlo todavía más.

URBANO.

Os comprendo! Pero permitidme recordaros que no hay nada mas engañoso que la esperanza; esto supuesto, en materia de matrimonio... (Carolina se levanta y se aleja hácia la izquierda.)

LA MARQUESA.

A dónde vais?

CAROLINA.

Iba á ver... si la péndola atrasa.

LA MARQUESA, sonriendo.

No, querida mia, marcha perfectamente. Conque deciais, hijo mio?... (Carolina se retira hácia la izquierda.)

URBANO.

Que el enfermo á quien, para restablecer su salud, le aconsejaran ahorcarse, obraria con cordura rechazando el remedio.

LA MARQUESA.

Y quién os aconseja semejante cosa?

URBANO.

Los que pretenden que me case por casarme, sin conocer la persona, sin...

LA MARQUESA.

Pero, cuando no se rehusa obstinadamente, hace uno lo posible por conocerse.

URBANO.

Ah! y de qué manera se entablan esas relaciones? Mamá, ya sabemos como se arreglan los casamientos de la alta sociedad. Os presentan á una jóven que se cree en el imprescindible deber de fingir que no sabe una palabra respecto á vuestra pretension, y que á hurtadillas os examina triste ó irónicamente, diciéndose por lo bajo: « Trataré de acostumbrarme á la cara de ese caballero; »

pero me le había figurado mas guapo de lo que es. » Luego, los futuros vuelven á verse algunas veces, no muchas, porque si no tendrían tiempo de aconsejarse mejor; se casan sin haberse conocido... y que vivan como Dios les dé á entender.

LA MARQUESA.

Soy de vuestra opinion, y sin duda merecéis alguna cosa mejor que uno de esos matrimonios improvisados; yo trataré de buscaros una esposa que podréis aceptar con entera confianza. Fiaos en vuestra madre, Urbano!

URBANO, se sienta en la silla que ántes ocupaba Carolina; esta va á sentarse á la izquierda y se entretiene en cortar las hojas de un libro.

Los parientes, querida mamá, abrigan siempre magníficas esperanzas, porque lo ven todo por el afectuoso prisma de sus ilusiones. ¿No era una tierna madre la que decía con la mayor candidez:

Luceros son mis hijos
De donosura y gracia:
A mis ojos no tienen rivales
Mis hijos del alma?

Vos imagináis para mí un ideal imposible de obtener.

LA MARQUESA.

No! yo sueño...

URBANO, mirando á Carolina, la cual no se apercebe de ello.

Y ya sabéis que los sueños, sueños son. Por qué no contentarse con la realidad? Por qué no apreciar lo que uno ve, lo que uno conoce?...

LA MARQUESA.

Conocéis quizás alguna persona que?...

URBANO.

Hablo en tésis general, querida mamá. Decía que la perfección moral merece nuestra veneración donde quiera que se halle, y que mas de una vez se la encuentra sin buscarla. Vos ambicionáis para mí un tesoro de perfecciones, asociado con otras cosas ménos esenciales al corazón; pero se me figura que vais á viajar bien inútilmente por el país de las quimeras.

LA MARQUESA.

Os engañáis, Urbano. Qué es lo que deseo para vos? Una jóven de elevada alcurnia...

URBANO.

Linda, amable...

LA MARQUESA.

Y virtuosa, y de talento...

URBANO.

Instruida, bondadosa...

LA MARQUESA.

Justo, y de buena sociedad...

URBANO.

Y muy rica?

LA MARQUESA.

Y muy rica; pero sobre todo, de una familia distinguida.

URBANO.

Y sin ambicion, ni vanidad?

LA MARQUESA, sonriendo.

La quiero perfecta!

URBANO.

No os lo decía yo, mamá? (Pasa á la derecha.) Vamos, está visto que la alhaja que ambicionáis es de facilísima adquisicion!... Des-cuidad, el dia ménos pensado os la encuentra la señora de Arglade.

BENITO, entrando por el fondo.

La señora baronesa de Arglade desea saber si la señora marquesa está sola.

LA MARQUESA.

Ah! ya caigo! eso es que me trae noticias de los Dunieres. Que pase á mi habitacion. (Vase Benito.)

URBANO.

Cómo! ¿ha concluido la baronesa por intimarse con los Dunieres?

LA MARQUESA.

Antes la miraban con alguna prevencion; pero ya parece que esa prevencion ha desaparecido.

URBANO.

Os dejo, mamá; á qué molestaros en ir á vuestro cuarto? Voy á decir que la hagan entrar aquí. (Sale por la izquierda. — Carolina se dirige hácia la derecha.)

LA MARQUESA.

Quedaos, Carolina!

CAROLINA.

¿Y vuestras cartas, señora marquesa? Ya sabéis que hoy tengo mucho que escribir.

LA MARQUESA.

Es verdad! Id, hija mía. En fin, vamos á saber si los Dunieres... Tal vez os necesite; volvéd así que hayáis concluido. (Carolina sale por la derecha. — Leoncia entra por la izquierda.)

ESCENA II

LEONCIA, LA MARQUESA.

LA MARQUESA.

Y bien, qué tenemos, querida baronesa?

LEONCIA.

Que al fin he triunfado de las vacilaciones de la señora de Dunieres... un verdadero triunfo, porque á la buena señora le parece poco un príncipe cuando se trata de su ahijada. Pero he defendido vuestros intereses con tanta elocuencia! El deseo de serviros me ha hecho estar persuasiva, é inspirada hasta el extremo de hacer reír á la condesa, ¡y ya sabéis que no es cosa fácil! (A una invitación de la marquesa, Leoncia toma asiento á su lado.) Por último, el señor Dunieres estará aquí dentro de media hora con su pupila

LA MARQUESA.

Ah! querida Leoncia, cuán amable sois y cuán dichosa me hacéis!

LEONCIA.

Pero, decidme, ¿se hallará el duque presente á la entrevista?

LA MARQUESA.

No lo sé; el duque no viene todos los días.

LEONCIA.

Y á propósito ¿es cierto que ha cambiado de conducta?

LA MARQUESA.

Ignoro, querida baronesa, cómo Urbano ha hecho ese milagro; pero lo que sí puede deciros es que estoy muy contenta de él y que parece haber renunciado á sus locuras.

LEONCIA.

En ese caso, ¿creéis que si por casualidad se encuentra aquí al llegar Dunieres no dirá alguna cosa inconveniente?

LA MARQUESA.

Quién, él? jamás! El duque sabe distinguir. (Las dos interlocutoras se levantan.) Pero no se trata ahora de él... Ah! que conmovida me encuentro! (Pasa á la izquierda.) Con tal de que el marques no vaya á salir! Voy á mandar á decirle que... (Hace ademán de tirar de cordón de la campanilla.)

LEONCIA.

No, no es preciso, ya he prevenido á Benito que le vigile... Está en su cuarto trabajando! Calmaos, querida marquesa! (La conduce hácia una butaca de la izquierda.)

LA MARQUESA, sentándose.

Tenéis razón! me fatigo inútilmente, y dentro de poco necesito aparecer tranquila y amable. Habladme, baronesa, mis ideas se embrollan... ¿Deciais que la señora de Dunieres?...

LEONCIA, sentándose.

Temia un poco la conducta del duque! Verdad es que ha vivido y acaso vive en tan mala compañía!...

LA MARQUESA.

No! Urbano me asegura que ya es otro.

LEONCIA.

Yo os digo lo que me han dicho, lo que dice todo el mundo; debíais pensar en casar al duque.

LA MARQUESA, ensimismada.

Al duque? bah!

LEONCIA.

Y una vez casado, el marques pondría mas solicitud en establecerse y hasta el asunto sería mas fácil. Pensad en ello! Urbano teme sin duda abandonarle en una situación que nada tiene de placentera! (La marquesa se duerme.) — El duque entra por la izquierda y va á colocarse detrás de la marquesa. — Leoncia continúa hablando sin verle.) Verdad es que ese pobre duque no ofrece grandes ventajas personales. Ya no es niño, y hasta su talento está un poco gastado. Pero poniendo cuidado se remozaba uno algo y en no fijando mucho la atención... Por otra parte, vos no querréis por nuera la hija de un banquero y él no querrá una señorita noble, si es fea ó contrahecha! Lo que le convendría sería una persona que, por cariño hácia vos, y sin reparar mucho en sus averías...

EL DUQUE, continuando la frase de Leoncia.

Consintiese en dar su blanca mano á ese tarambana, que ni es guapo, ni jóven, ni tiene talento de buena ley, ni sabe á qué diablo encomendarse... pero que, sin embargo, posee un hermoso nombre, un verdadero título, el cual me proporcionaría un taburete en la corte... de España. ¡No os toméis tanto trabajo, baronesa, mi madre está dormida!

LEONCIA.

Cómo! se ha dormido?

EL DUQUE.

Es lo mejor que podía hacer. ¡No hay duda que habéis obtenido un éxito brillante! Y es lástima! porque, en fin, hubierais podido añadir, para alabar la mercancía: «Tengo treinta años, aunque lo mas que represento son... veintinueve, y todavía estoy bastante pasadera; mi cuna se meció en una fábrica, lo cual no es deshonoroso; pero, qué quereis! tengo la debilidad de ruborizarme de mi humilde origen...

LEONCIA, levantándose.

Nunca me he ruborizado de él.

EL DUQUE, acercándose á ella y pasando delante de su madre.

Si tal! Al casaros con el buen señor de Arglade no obedecisteis sino á un móvil.

LEONCIA.

A cuál?

EL DUQUE.

Al deseo de ser baronesa. Pero él fué mas ladino que vos y ganó en la partida. Vos erais rica, guapa, vistosa; él era pobre, fastidioso, no muy galán y tan baron como vuestro abuelo.

LEONCIA.

Ah! señor duque, ¿os atrevéis á hablar mal de mi marido, del mejor de los hombres?

EL DUQUE.

Ahora es mejor?... es verdad, no me acordaba que ya ha muerto. Por lo demas, no debió costarle gran trabajo morir... ¡habia nacido tan mal! ó, volviendo la frase por pasiva, era tan mal nacido!

LEONCIA.

Señor duque, esto pasa de broma!

EL DUQUE.

Pues, responded! algunas veces no os faltan recursos. Descuidad, cuando mi madre duerme al arrullo de conversacion no se despierta sino con el silencio.

LEONCIA.

Supongamos, señor duque, que todo lo que habéis dicho sea cierto; supongamos que tenga treinta años, que sea ambiciosa, que me haya pasado por la imaginacion la idea de... ¿qué desventaja habría para vos en casaros con una muger á quien todo el mundo supone de veintidos años, con una muger que á vos mismo os parece linda, puesto que le habéis hecho la corte, que sabéis que es virtuosa, puesto que no os ha dado oídos, y que espondría su caudal, penosamente adquirido por personas honradas, á sumergirse en el abismo á donde ha ido á perderse la herencia de vuestros ilustres abuelos? ¿Creeis que el capricho de adquirir un título pueda motivar semejante sacrificio? Por cierto que sería un cálculo bien necio en un alma que suponéis tan profunda, y, de otro modo, tendrías que convenir en que sería una verdadera loca, ó en que esta falsa baronesa es capaz de un verdadero sentimiento.

EL DUQUE.

No está mal hilvanado para ser obra vuestra! (Leoncia le vuelve brusquement la espalda.) Y bien, os vais? (Entra en el cuarto de la marquesa: esta se despierta, el duque va á besarle la mano.)

ESCENA III

EL DUQUE, LA MARQUESA.

LA MARQUESA, despertándose.

Deciais, baronesa?... Ah! sois vos, hijo mio?

EL DUQUE.

Si, yo que disputaba con la baronesa. Y se me figura que no he estado con ella muy galante; pero no se enfada tan fácilmente.

LA MARQUESA.

Es que me he dormido? No he oido nada. A dónde está?

EL DUQUE, señalando al cuarto de la marquesa.

No anda léjos. Oh! esa buena baronesa no se va á dos tirones.

LA MARQUESA, levantándose.

Vamos á buscarla.

ESCENA IV

EL DUQUE, LA MARQUESA, CAROLINA.

CAROLINA, entrando por la derecha.

¿Puede la señora marquesa concederme cinco minutos de audiencia para un asunto de interior?

EL DUQUE.

¿Incomoda mi presencia, señor ministro?

CAROLINA.

No, señor duque, puesto que sin duda conocéis el asunto de que se trata. Acabo de recibir esta esquela. (Se la entrega.)

EL DUQUE, leyendo.

« Pedro desea pasar del servicio del señor duque al de la señora

marquesa, y para ello se encomienda á la proteccion de la señorita de Saint-Geneix. » (A parte.) Calla! me abandona! Vamos, eso es que ya no le gusta el bosque de Fontainebleau.

LA MARQUESA, vivamente.

Querida Carolina, no os aconsejo que le concedáis vuestra proteccion. Un criado del duque?... no, no!

EL DUQUE, riendo.

Pero, mamá!...

LA MARQUESA.

Repito que no! Eso nos hacia falta en casa, un sirviente educado en vuestra escuela!

EL DUQUE.

No hagáis malos juicios de él, madre mia. Si Pedro me abandona, es porque le escandalizo. Pedro es un verdadero puritano, moralista, juicioso y rígido como un habitante de la antigua Esparta. Y aun tengo mis dudas si está hecho de mazapan ó de bronce.

LA MARQUESA.

Sea como fuere, no ha sido cómplice de vuestras locuras?

EL DUQUE.

Si, pero como el perro lo es del ladron, por instinto del deber.

LA MARQUESA, á Carolina.

Qué tal cara tiene?

CAROLINA.

Aun no le he visto. No sé mas sino que está ahí.

LA MARQUESA.

Pues bien, vedle, hija mia, y tomadle si os inspira confianza; lo dejo á vuestro buen juicio. (El duque se aproxima á Carolina para devolverle la esquela. — La marquesa le dice:) Vos, venid conmigo.

EL DUQUE.

¿No queréis que la señorita de Saint Geneix permanezca en mi compañía ni un solo instante?

LA MARQUESA.

No seais fatuo! Quiero únicamente reconciliaros con la baronesa, que nos trae una buena noticia.

EL DUQUE, ofreciéndole el brazo.

¿Una noticia verdadera, ó un cuento de su invencion?

LA MARQUESA.

Ya lo veréis.

EL DUQUE.

Señorita de Saint-Geneix, os recomiendo á Pedro, que es el Benjamín de los sirvientes. (Sale con su madre por la izquierda.)

ESCENA V

BENITO, CAROLINA.

BENITO, viniendo del fondo.

Estáis sola, señorita? Pedro está ahí esperando...

CAROLINA.

Bueno, que entre.

BENITO, saliendo.

Entrád, señor Pedro.

ESCENA VI

PEDRO, CAROLINA.

PEDRO, entrando.

Servidor vuestro, señor Benito.

CAROLINA.

Señor Pedro, tengo encargo de preguntaros... ¡Dios mio, Peyraque! (Corre hácia él.)

PEDRO.

¡Sí, señorita, el mismo.

CAROLINA.

Y cómo no habéis firmado?...

PEDRO.

Con mi nombre? Porque al señor duque no le gusta. Ahora me llamo Pedro.

CAROLINA.

Ah! mi buen Peyraque! qué contenta estoy de volver á veros!... Y mi nodriza?

PEDRO.

Por allá por la aldea... tan famosa!

CAROLINA.

Y mi hermana de leche?

PEDRO.

Buena... Se casó, y no muy mal.

CAROLINA.

Y vos lèjos de ellas, en Paris, y siempre sirviendo, cuando yo os creia...

PEDRO.

Vuestro señor padre me favoreció mucho, señorita. Luego, me aconsejó entrar en algunos negocios que á él le parecian excelentes... Pero los suyos y los míos fueron por el mismo camino!

CAROLINA.

Pobres amigos míos! Y me lo habéis ocultado!

PEDRO.

Bastantes pesadumbres teniais sin las nuestras. Yo dijo á mi muger: « Mira, no te apures, todavia puedo servir diez años. » Y dicho y hecho; de cuando en cuando voy á verlas, y dentro de dos años, así que haya concluido mi tarea, volveré á casa á comer tranquilamente el pan de la vejez al amor de la lumbre.

CAROLINA.

¿Y habéis tenido la buena inspiracion de entrar aquí?

PEDRO.

Sí, desde el dia en que supe que estabais en esta casa.

CAROLINA.

El señor duque ha hablado muy bien de vos á su madre, y yo que os conozco mejor que él, yo que he nacido en vuestros brazos y en los de vuestra muger y que os he visto siempre tan buenos, tan afectuosos con mi padre... Oh! estád tranquilo, Peyraque, yo respondo de vos y espero que seais aquí muy dichoso.

PEDRO, sencillamente.

Gracias, señorita.

ESCENA VII

EL DUQUE, PEDRO, CAROLINA.

EL DUQUE, saliendo por la derecha, muy afanoso.

Dispensad, señorita! (Vase Pedro.) ¿No está aquí el señor de Dunieres?

CAROLINA.

No, señor duque.

EL DUQUE.

Por dónde diablos ha pasado? Acabo de ver entrar su carruaje...

CAROLINA.

Aquí viene, señor duque. (Dunieres entra por el fondo. — Carolina sale por la derecha.)

ESCENA VIII

EL DUQUE, DUNIERES.

[DUNIERES, viendo salir á Carolina.

Espanto quizás la?... ¡Y es muy linda, á fé mía! (Gravemente.) Tenéis acaso la?...

EL DUQUE.

Os juro, querido Dunieres, que no sería á mí á quien le pesara; pero ya sabéis que mi madre no tiene á su lado sino personas horriblemente feas ú horriblemente virtuosas. Vamos, venid. Mamá os espera con una impaciencia!...

DUNIERES.

Ya está ménos impaciente.

EL DUQUE.

Ha pasado vuestra pupila á su cuarto?

DUNIERES, señalando á la antecámara.

Sí, acaba de entrar por allí.

EL DUQUE.

Cómo! así... tan misteriosamente?... ¿No queréis, pues, que yo la vea?

DUNIERES.

Sí tal; pero la chica es tan tímida, y... Sabéis vos acaso?...

EL DUQUE.

Todo! acaban de comunicarme el gran proyecto y me place infinito.

DUNIERES.

Entonces, llevádmé á la habitación de vuestro hermano... Tal vez no quiera presentarse y... ¿creéis que sospeche algo?...

EL DUQUE.

Creo que adivina el asunto y que se defiende; pero si vuestra pupila es guapa... Qué tal palmito?

DUNIERES.

Muy pasable.

EL DUQUE.

Sí, eh? ¿Sabéis que yo la conocí, allá en el Mediodía, cuando era pequeña? Entonces era un verdadero querubín... ¡mas mona!

DUNIERES.

Ha variado bastante.

EL DUQUE.

De veras?

DUNIERES.

Sí, ha crecido mucho.

EL DUQUE.

Lo supongo. Me habiais asustado! pero si no es mas que eso! (Con gravedad.) Sin embargo, una cosa me inquieta: ¿es cierto que es muy rica?

DUNIERES.

Y creéis que eso es un defecto? |

EL DUQUE.

No, pero... tengo que confiaros un secreto! un secreto que mi

madre no sospecha... Vamos á ver, es muy rica la señorita Diana?

DUNIERES.

Si : mas que vuestro hermano, que sin embargo...

EL DUQUE.

Ya lo creo! ¡como que mi hermano no tiene un cuarto!

DUNIERES.

Que no? pues y su caudal?...

EL DUQUE.

Le he derrochado!

DUNIERES.

Tambien el suyo?

EL DUQUE.

Sin saberlo. Pagó mis deudas sin decirme una palabra.

DUNIERES.

Hermosa accion! ha cumplido con su deber.

EL DUQUE.

No digáis eso, Dunieres, eso no es cierto!

DUNIERES.

Entónces, por qué lo hizo?

EL DUQUE.

Porque Urbano me ama.

DUNIERES.

Pues ahora me parece mas bella su accion.

EL DUQUE.

Sí, muy bella, pero muy insensata. ¡Por causa mia pierde un partido soberbio, magnifico! Por causa mia perderá en adelante cuantos pudieran convenirle.

DUNIERES.

Calma, amigo mio, calma, no tan de prisa! Vamos á ver, ¿está completamente arruinado?

EL DUQUE.

Debe estarlo, ó cerca le anda.

DUNIERES.

Pues en ese caso, abrazádme, porque sois vos quien le abris las puertas del matrimonio.

EL DUQUE.

Que soy yo él que?... esplicaos, Dunieres, y prometo abrazaros en cuanto os comprenda.

DUNIERES.

Figuraos que la señorita de Saintrailles tiene... ¿cómo os diria yo?... un alma caballeresca! La chica es una heroína... legendaria! así como suena! y quiere casarse con un hombre que se haya arruinado por algun noble sacrificio. Tal es su ambicion!

EL DUQUE.

¡Pero entónces no sois vos él que merecéis el abrazo, sino la señorita de Saintrailles!

DUNIERES.

Oh!...

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Ah! ¡no sabéis cuanto bien me hacéis, mi buen Dunieres!... ¿De manera que al arruinar á mi hermano le he enriquecido!

DUNIERES.

Probablemente! pero no volváis á empezar.

EL DUQUE.

Oh! no! ahora seria una infamia, y á ménos de ser un...

DUNIERES.

Bueno, bueno, siendo así podemos estar tranquilos. Conque, daos prisa, y traédnos á Urbano con algun pretesto.

EL DUQUE.

Ya no se necesitan pretestos! En cuanto yo le diga el carácter de la novia entrará en ganas de verla.

DUNIERES.

Vaya, pues id.

EL DUQUE, pasando á la izquierda.

Voy volando! ¡Oh, que feliz soi! (Deteniéndose.) Dunieres, y hay quien pretende que la virtud trae consigo la felicidad!

DUNIERES.

En vos tenéis la prueba! Pero, despachaos, que esas señoras vienen ya aquí. (Sale el duque por el fondo. — La marquesa y Diana entran por la izquierda.)

ESCENA IX

LA MARQUESA, DIANA, DUNIERES,
después LEONCIA, y CAROLINA.

DUNIERES.

Ha marchado la baronesa?

LA MARQUESA.

No, ha ido á buscar á la señorita de Saint-Geneix, la cual quiero presentar á vuestra pupila.

DUNIERES, á Diana.

Y bien, habéis hecho ya conocimiento?

DIANA.

Oh! si, en seguida.

DUNIERES.

¡Como en un principio os intimidaba tanto la marquesa de Villemer! Ya veis que es muy amable!

DIANA.

Sin duda que lo es! tanto, que apenas hace un cuarto de hora que la conozco y ya la quiero con todo mi corazón!

LA MARQUESA.

De veras?

DIANA.

De veras! y una cosa me mortifica desde que estoy á vuestro lado.

LA MARQUESA.

Cuál, hija mia?

DIANA.

Que cuando mi tutor me presentó á vos, no me disteis un beso, segun me habian prometido.

LA MARQUESA.

Hija de mi alma! (Besándola.) Es porque no me atrevia. Un beso,

de vuestra edad á la mia, es una flor que la primavera concede al invierno. (Se sientan á la derecha.)

DIANA.

Oh! no, señora, para mi es un honor y un placer. Mi madrina me ha enseñado á amaros sin conoceros. (Leoncia y Carolina entran por la derecha.)

LA MARQUESA, á Dunieres que se halla detrás de su butaca.

Es embelesadora!

DUNIERES.

No es verdad? tiene un genial escelente.

LA MARQUESA.

Ah! he ahí á la señorita de Saint-Geneix.

DIANA, levantándose y tendiendo las dos manos á Carolina.

Buenos dias, señorita de Saint-Geneix! Yo no sé si soy buena fisonomista; pero me parece que tambien tenéis una de esas caras simpáticas que agradan desde el primer instante.

CAROLINA, que ha descendido á la izquierda.

Pues yo, que me precio de serlo, os aseguro, señorita de Saint-trailles, que la vuestra pertenece á ese número.

DIANA.

Si? Tanto mejor!... gracias! La señora de Arglade no se equivocó al decirme que habiamos de simpatizar mucho. Me ha referido vuestra historia, y deseo que seamos amigas.

CAROLINA.

Oh! yo tambien lo deseo.

DIANA.

Y no creais, os lo digo con el alma y la vida. A mi me gustan los caractéres bellos; yo quisiera tenerle... magnífico! Pero, qué queréis? ¡Aun no he encontrado ocasion de demostrarle!

CAROLINA.

Ya la encontraréis.

LEONCIA, sentada á la izquierda.

Y sabréis aprovecharla! Tenéis tan noble corazón!...

LA MARQUESA, bajo á Dunieres.

No viene mi hijo? — (El duque y el marques entran por el fondo. — Diana va á sentarse cerca de la marquesa.)

DUNIERES.

Si, sí, ahí está ya.

ESCENA X

CAROLINA, LEONCIA, EL DUQUE, URBANO,
DUNIERES, LA MARQUESA, DIANA.

LA MARQUESA, á Diana.

¡Son mis hijos... Me permitis que os los presente?

DIANA, bajo, á la marquesa, despues de hacer un saludo algo zurdo.

Ah! vais á presentarme esos señores?... Pero, ya veis, señora, que todavía no sé ni hacer la reverencia!... ni decir nada á los hombres! En el convento no nos enseñan ninguna de esas cosas.

LA MARQUESA.

Pero esos señores no deben causaros temor. Mis hijos son vuestros amigos.

DUNIERES.

Pues ya se ve que lo son!

DIANA.

Entónces, ya es distinto. Y precisamente uno de ellos me conoce, segun me han dicho; pero era yo tan pequeña, que no le recuerdo, ni podria decir cual es.

EL DUQUE.

En ese caso, es preciso tratar de adivinar, señorita.

DIANA, levantándose.

Esperád! que no me digan nada. El que yo conozco es el duque, y el duque... (Señalando á Urbano.) es este caballero.

URBANO, sonriendo.

Muy bien!

DIANA, al duque.

Y vos sois el marques de Villemer.

EL DUQUE.

Perfectamente!

LEONCIA.

Y en qué lo habéis conocido?

DIANA.

En que?... Yo no sé!... Acaso me equivoco?

URBANO.

Suplico que no digan nada á la señorita de Saintrailles; uno de nosotros tuvo en otro tiempo el honor de ofrecerle su primera muñeca, y por ello tiene derecho á nu voto de gracias; pero somos demasiado buenos hermanos para disputárnosle... ella es la que debe decidir.

DUNIERES, á Diana, que ha ido colocarse entre los dos hermanos.

Vamos, mirádos bien'

DIANA.

Pues se las doy,.. No lo sé! Yo me figuraba que la fisonomia del señor marques de Villemer era como la de este caballero (señalando al duque); mas, por otra parte, este señor (señalando á Urbano) tiene un aire muy serio... para regalar muñecas.

URBANO.

Ese no es un inconveniente.

DIANA, á Urbano.

No? pues entónces, señor duque, os doy gracias por mi muñeca. (Carolina pasa á la izquierda.) Habia olvidado al bien hechor; pero el beneficio quedó grabado aqui. (Tocando la frente.) Y por cierto que tenia un hermoso vestido color de rosa y el pelo rubio y muy rizado. (Vuelve á sentarse junto á la marquesa.)

LEONCIA.

Sin embargo...

EL DUQUE, bajo.

Callád, no la saquéis de su error! ¿No conocéis que el personaje en candelero es aqui el autor de la muñeca? Dejad que mi hermano disfrute por hoy el beneficio.

CAROLINA, á Diana.

Iréis tambien al Borbonado?

muy fácil, voy á buscar auxilio. (Va á buscar á Urbano y le hace sentar donde él estaba.) Conque, vamos á ver.

URBANO.

Quieres que te ayude?

EL DUQUE.

No, yo te ayudaré; empieza.

URBANO.

Como la señorita sale ahora del convento, lo natural es que se acueste y se levante muy tarde.

DIANA.

Bien... Y en qué emplearé mis veladas?

URBANO.

Probablemente en dormiros en el salon.

DIANA.

No por cierto.

EL DUQUE.

Entónces, en qué?

DIANA.

Si os lo digo, no lo habréis adivinado.

EL DUQUE, á Urbano.

Sigue tú, que yo no sirvo para el paso!

URBANO.

Pues bien, la señorita contemplará las estrellas... todas las estrellas indistintamente.

DIANA.

Ah! eso es un epigrama, bien! Así me dice mi tutor algunas veces.

DUNIERES.

Deciais?...

DIANA.

Nada. Ya está hecha la distribución de mis veladas. Pasemos á los dias.

URBANO, irónicamente.

Eso es mas fácil. Lo primero, almorzaréis.

DIANA, picada.

Y qué almuerzo ordinariamente?

URBANO.

Una chuleta.

DIANA.

Os equivocáis : almuerzo dos. Y despues?

URBANO.

Como es indispensable cambiar de traje con frecuencia, os pondréis un vestido de amazona é iréis á deslumbrar la poblacion.

DIANA, picada.

Cabalgando, sin duda, en un rocín?...

URBANO.

Oh! no! en un fogoso alazan.

DIANA.

No.

EL DUQUE.

En una mula empánachada, con herraduras de plata. Eh?... qué tal?

DIANA, riendo y como recordando.

No! aun hay algo mejor que eso.

EL DUQUE, recordando tambien.

Justo! hay algo mejor.

DIANA.

Qué? Vamos á ver!

EL DUQUE.

Hay el mas fiero, el mas elegante, el mas caprichoso de todos los animales de la creacion... heráldica! Hay...

DIANA.

Acabád!

EL DUQUE.

El unicornio blanco!

DIANA, levantándose vivamente.

Vos sois el duque de Aleria!

EL DUQUE.

Por qué?

DIANA.

Vos el que fuisteis á nuestro antiguo castillo de Saintrailles. Me acuerdo que habia enormes unicornios blancos... en los tapices. Yo queria uno vivo, y me decian que era imposible; pero vos prometisteis traermele... Y todavia le estoy esperando!

EL DUQUE.

Sí?... pues voy á buscarle.

DIANA.

A dónde?

EL DUQUE.

Aquí cerca!

DIANA.

Que no tardéis!

EL DUQUE.

En seguida vuelvo. (Al pasar cerca de Urbano.) Me voy á tu cuarto; no quiero que me tomen cariño en tu lugar.

URBANO.

Oh! yo no sé qué decir... nada se me ocurre! Creo que tambien voy á marcharme.

EL DUQUE.

No hagas tal! mamá lo sentiria. Quédate, agrádale, triunfa, cástate! La chica es lindisima, y á tí que te gustan las pollitas! (Desaparece por el fondo.)

DIANA, á Carolina.

Conque entónces, este es el marques? (Mirando á Urbano.) ¿Y es amable?

CAROLINA.

Mucho mas que su hermano.

DIANA, con tristeza.

Lo creéis así? (Leoncia va á sentarse junto al marques.)

LA MARQUESA, á Dunieres.

Vamos, querido Dunieres, decid algo á mi hijo, hacédle hablar.

DUNIERES, va á buscar á Urbano y le conduce hácia el proscenio.

Y bien, mi querido Urbano, ¿estáis satisfecho de vuestras nuevas máquinas agrícolas?

URBANO, irónicamente.

Ya lo creo, como que son la perfeccion del trabajo!

DUNIERES.

Y la emancipacion del trabajador.

URBANO.

Y la disminucion del costo.

DUNIERES.

Y el aumento del producto.

URBANO.

Es decir, del capital.

DUNIERES.

Justamente! Progreso que no se conocia hace treinta años.

DIANA, bajo á la marquesa.

Ah! señora, el señor Dunieres está en camino de su tema favorito; va á hablarnos de sus abonos.

LA MARQUESA.

Dunieres!

DUNIERES.

Soy con vos, marquesa. (A Urbano.) Pues, amigo mio, á mí me han dado escelentes resultados mis abonos vegetales.

DIANA, á la marquesa.

Cuando yo os lo decia!

DUNIERES.

A esta fecha ya están en la tierra mis habichuelas de setiembre, y fundo en ellas mayores esperanzas que en los altramuces que sembré ahora dos años, á razon de dos hectólitros por hectárea, y que sin embargo me... (Diana se levanta y va junto á Leoncia.)

LA MARQUESA.

Dunieres!

DUNIERES.

Voy, señora marquesa. (A Urbano.) Ensayad y ya veréis!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
12th, 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

URBANO, bajo.

No! vendo mis tierras.

DUNIERES.

Conozco el motivo; pero...

URBANO.

Pero ni una palabra á mi madre!... Demasiado pronto lo sabrá.

DUNIERES.

Bien, amigo mio!... excelente corazón!

PERO FLAMIA MARQUESA, impaciente.
Pero, Dunieres! Cómo! ¿sabéis que aborrezco el campo y nos salís con vuestras habichuelas y vuestros altramuces? Habládnos mas bien de bellas artes, de monumentos...

LEONCIA.

Oh! el señor marques lo sabe todo!

URBANO, con frialdad.

Estáis bien segura de ello, señora?

DIANA, á Leoncia.

Parece enfadado con vos.

LEONCIA.

No hagáis caso. Habládle.

DIANA, aproximándose un poco á Urbano.

No me atrevo, me causa respeto. (Leoncia la anima; Diana avanza otro poco, y Urbano se aleja hácia la izquierda pasando por delante de Dunieres, al cual hace señas la marquesa; aquel le responde tambien por señas, manifestándole á Urbano que parece absorto en hojear un folleto. — Todos callan. — La marquesa hace un movimiento de despecho.)

DUNIERES.

Marquesa, vamos á retirarnos!

LA MARQUESA.

Tan pronto?

DUNIERES.

Sí, ya sabéis que mi señora...

DIANA.

Y mi unicornio blanco?

DUNIERES.

Otro dia!

DIANA, contrariada.

Oh!... vaya una gracia! (Leoncia va á reunirse con Carolina.)

DUNIERES.

Ya iremos á buscarle á Seval.

DIANA, á la marquesa.

Querréis volver á verme en el campo?

LA MARQUESA.

in duda! y hasta he de ir á buscaros si no venís.

LEONCIA, volviendo junto á Diana.

Venid á poneros vuestro sombrero.

DIANA, á la marquesa.

Señora!... (Sale por la izquierda con Leoncia.)

LA MARQUESA.

Voy á despediros un poco... (A Dunieres.) Ah! Dunieres, entrevista inútil! Es la primera vez, desde que tengo memoria, que decae la conversacion en mi salon.

DUNIERES.

Vues ra es la culpa, marquesa! Iba yo tambien, si no me hubierais detenido!... Pero las primeras entrevistas siempre son así... Hasta otro dia, Urbano! (Sale para la izquierda con la marquesa.)

URBANO, á Carolina que va á seguir á la marquesa.

Señorita de Saint-Geneix, ¿podéis concederme un instante?

CAROLINA.

Estóy á vuestros órdenes, señor marques.

ESCENA XI

URBANO, CAROLINA.

URBANO.

Señorita de Saint-Geneix, tengo que pedir os un gran favor. Fodéis hacerme un inmenso servicio, preparando á mi madre á recibir una

URBANO, bajo.

No! vendo mis tierras.

DUNIERES.

Conozco el motivo; pero...

URBANO.

Pero ni una palabra á mi madre!... Demasiado pronto lo sabrá.

DUNIERES.

Bien, amigo mio!... excelente corazón!

PERO FLAMIA MARQUESA, impaciente.
Pero, Dunieres! Cómo! ¿sabéis que aborrezco el campo y nos salís con vuestras habichuelas y vuestros altramuces? Habládnos mas bien de bellas artes, de monumentos...

LEONCIA.

Oh! el señor marques lo sabe todo!

URBANO, con frialdad.

Estáis bien segura de ello, señora?

DIANA, á Leoncia.

Parece enfadado con vos.

LEONCIA.

No hagáis caso. Habládle.

DIANA, aproximándose un poco á Urbano.

No me atrevo, me causa respeto. (Leoncia la anima; Diana avanza otro poco, y Urbano se aleja hácia la izquierda pasando por delante de Dunieres, al cual hace señas la marquesa; aquel le responde tambien por señas, manifestándole á Urbano que parece absorto en hojear un folleto. — Todos callan. — La marquesa hace un movimiento de despecho.)

DUNIERES.

Marquesa, vamos á retirarnos!

LA MARQUESA.

Tan pronto?

DUNIERES.

Sí, ya sabéis que mi señora...

DIANA.

Y mi unicornio blanco?

DUNIERES.

Otro dia!

DIANA, contrariada.

Oh!... vaya una gracia! (Leoncia va á reunirse con Carolina.)

DUNIERES.

Ya iremos á buscarle á Seval.

DIANA, á la marquesa.

Querréis volver á verme en el campo?

LA MARQUESA.

in duda! y hasta he de ir á buscaros si no venís.

LEONCIA, volviendo junto á Diana.

Venid á poneros vuestro sombrero.

DIANA, á la marquesa.

Señora!... (Sale por la izquierda con Leoncia.)

LA MARQUESA.

Voy á despediros un poco... (A Dunieres.) Ah! Dunieres, entrevista inútil! Es la primera vez, desde que tengo memoria, que decae la conversacion en mi salon.

DUNIERES.

Vues ra es la culpa, marquesa! Iba yo tambien, si no me hubierais detenido!... Pero las primeras entrevistas siempre son así... Hasta otro dia, Urbano! (Sale para la izquierda con la marquesa.)

URBANO, á Carolina que va á seguir á la marquesa.

Señorita de Saint-Geneix, ¿podéis concederme un instante?

CAROLINA.

Estóy á vuestros órdenes, señor marques.

ESCENA XI

URBANO, CAROLINA.

URBANO.

Señorita de Saint-Geneix, tengo que pedir os un gran favor. Podéis hacerme un inmenso servicio, preparando á mi madre á recibir una

mala noticia que debo decirle ántes que las cosas vayan mas adelante. Las circunstancias me obligan á ello... ; Quieren arreglarme un casamiento imposible !

CAROLINA.

Comprendo, señor marques... Vuestro hermano no ha ocultado su gratitud tan cuidadosamente que no haya podido adivinar vuestro sacrificio. Con él habéis adquirido un nuevo derecho al aprecio de todos : si la señorita de Saintrailles tiene corazon, y estoy segura de que le tiene, vuestro fraternal desprendimiento será á sus ojos un verdadero titulo de...

URBANO.

La señorita de Saintrailles es una niña !

CAROLINA.

Los niños tienen el instinto del bien. Fiaos en los diez y siete años de la señorita Diana.

URBANO.

No conozco á la señorita Diana, y me es odioso que la señora de Arglade se ocupe en arreglar mi boda !

CAROLINA.

Permitidme ignorar ese pormenor y deciros que todavía no veo la necesidad de afligir á vuestra madre, dándole dos pesadumbres á la vez; la noticia de vuestra ruina y la de vuestro alejamiento del matrimonio.

URBANO.

Mi alejamiento... verdad es que durante mucho tiempos ha existido. Pero siempre se lo he ocultado á mi madre.

CAROLINA.

Y habéis hecho bien; sin duda conocíais que no tenéis derecho de desvanecer las esperanzas de vuestra familia.

URBANO, auiándose.

Y ¿quién os dice que haya resuelto permanecer soltero? Si rehuso unirme á una persona á quien no conozco, á una persona que nunca podrá amarme ¿seré por eso indigno de formar lazos mas justos, mas caros á mi corazon? No me juzguéis como los demas,

ni creais que soy un estravagante! Sé que la gravedad y la sencillez de mis gustos son un demérito á los ojos del mundo, y por eso no tendré jamas la vana pretension ni el inútil deseo de agradar á una muger de alto rango. ¡He sido siempre tan desgraciado, señorita de Saint-Geneix! Mia es la culpa, lo conozco, y de nadie me quejo... pero el aislamiento en que vivo me hace sufrir, y sin embargo, no puedo salir de él por el solo esfuerzo de mi voluntad. Necesito encontrar un alma grande y generosa que me comprenda y que me perdone mi manera de ser; un alma que, inspirándome ardiente simpatia, sienta por mi una de esas poderosas afecciones cuya ternura basta á regenerar una existencia. ¿Y es eso lo que me ofrecen?... Mi madre tiene las ambiciones del medio en que vive, sus ideas... y no sé si diga sus preocupaciones. Por ella y por mi hermano me ha sido cosa fácil desprenderme de cuanto poseia; pero esto (golpeándose el pecho), el amor de un hombre honrado, su confianza, su fe, el soplo que le hace vivir, este divino sentimiento que me pertenece á mi solo y del cual debo dar cuenta á Dios... no! nadie tiene derecho de pedirmele, y no me le arrancaran sino con la vida!

CAROLINA.

Señor marques... casi me obligáis á daros un consejo...

URBANO.

Si, sí, dádmele, yo os le exijo... os hago árbitro de mi destino.

CAROLINA.

Pues bien, el consejo que voy á daros me le inspira mi propia esperiencia. Escuchád : yo vi morir á mi padre de pesadumbre, á causa de haber perdido la fortuna que me destinaba... Ya veis que hay alguna analogia con la situacion en que se encontraria mañana la marquesa de Villemer si supiese que vuestra ruina era irreparable. Mi padre nos ocultó la causa de su desesperacion hasta el último momento... Yo nada podía hacer por él; pero si hubiera podido entonces darle la vida sacrificando mi porvenir, mis instintos, mis ideas, mis afecciones... os juro que no habria vacilado! Reparád en ello! No deis lugar á que vuestra madre muera de sentimiento. Cualquiera que sea vuestra determinacion, señor marques, nunca olvidéis que, así que la muerte nos arrebatara á nues-

tros queridos padres, todo lo que hubieramos debido hacer á fin de proporcionarles larga y venturosa vida se presenta á nuestros ojos con fatal y cruel evidencia! Las faltas mas leves toman entonces la apariencia de verdaderos crímenes, y creo que no debe disfrutar un momento de reposo aquel que tenga en su conciencia el remordimiento de haber abreviado á una madre el camino del sepulcro.

URBANO.

Tenéis razon, señorita de Saint-Geneix!... tenéis la terrible razon de una persona que nunca ha amado y que no amará jamas! (Se deja caer en una butaca.)

CAROLINA, aproximándose á él.

Amo, ante todo, á vuestra madre, señor marques. Me encargáis que la dé un golpe mortal... Y lo confieso, me falta valor, á menos que no me encarguéis tambien de dejarle alguna esperanza... Reflexionádlo bien. (Saluda y sale por la derecha.)

ESCENA XII

URBANO, EL DUQUE.

EL DUQUE, entrando por el fondo.

Y bien ¿qué diablos haces ahí, en qué piensas? He estado acechando desde tu ventana la salida de Dumieres, con la esperanza de verte en el peristilo dando la mano á tu linda novia, y... nada! ¿Así conduces un asunto de tal importancia y que marcha tan bien?

URBANO.

Te parece que marcha bien!

EL DUQUE.

Ya lo creo! Una chica... modelo que te quiere arruinado!

URBANO.

¡La señorita de Saintrailles es demasiado buena! Pero cuando se le pase el capricho...

EL DUQUE.

El capricho se cambiará en amor y llegará á ser una virtud.

URBANO, con amargura.

De modo que lo mejor que debo hacer es prepararme al gran acontecimiento! Pues escucha.

EL DUQUE.

Soy todo oidos!

URBANO.

Te dije no hace mucho que tendria que pedirte un favor.

EL DUQUE.

Y por fin llegó la hora?... Pidemele pronto.

URBANO.

De las desgraciadas relaciones de que te hablé me queda... un hijo!

EL DUQUE.

Me lo sospechaba... Esos viajes misteriosos... Y le quieres?..

URBANO.

Oh! con toda mi alma! Sin él...

EL DUQUE.

Y le has reconocido?

URBANO.

Imposible! El marido estuvo mucho tiempo ausente, sospechaban de la madre, quien, celosa de su reputacion hasta el estremo de morir...

EL DUQUE.

Cómo?

URBANO.

Si, quiso ocultar el nacimiento de su hijo, se levantó ántes de tiempo... Ah! ¡bien te decia que murió por mi causa!

EL DUQUE.

Vamos, cálmate!... Y tu hijo... le salvaste... le has criado?

URBANO.

Si.

EL DUQUE.

¡Otro mas á quien mi mala cabeza deja en cruz y en cuadro!

URBANO, con viveza.

Oh! eso, en mi concepto, será para él un beneficio!

EL DUQUE.

Pero no es una razon para que no tenga padre! Sin embargo, hay un medio de arreglarlo... No digas mas..... te he comprendido!

URBANO.

Cuál?

EL DUQUE.

Supongo que el marido no me conoce?

URBANO.

No.

EL DUQUE.

Y por consiguiente no sospechará de mí.

URBANO.

Y bien?

EL DUQUE.

Pues la cosa es muy sencilla : adopto á tu hijo. Nadie estrañará que de mi vida pasada me haya quedado un chico ; al contrario, estrañarán que no me haya quedado mas que uno. Le recojo, le doy educacion, tú serás su tio á los ojos del mundo, y ya que el pobre no tenga madre, en cambio tendrá dos padres : está dicho! Precisamente siempre tuve deseo de un chico, y es probable que uno endosado por tí valga mas que si fuera de mi pertenencia.

URBANO.

Tú deliras, mi buen Cayetano, tu nombre no te pertenece!

EL DUQUE.

Cómo que no? Hasta hoy, mi nombre no me ha servido sino para hacer disparates; hora es de que me sirva para algo bueno. Mira, Urbano, yo he gastado mi vida inútilmente; déjame utilizar lo que de ella me queda. Ese niño es un obstáculo á tu matrimonio? Yo suprimo el obstáculo. Mamá empezará por regañarme, se le enseña el chiquillo, le parece monísimo, porque debe serlo; me perdona, te casas, tienes hijos legítimos, y aquí paz y despues gloria.

URBANO.

Gracias, amigo mio!

EL DUQUE.

Aceptas?

URBANO.

No! rehuso! Quiero que mi hijo sea libre, y un nombre, un titulo es una esclavitud! Hoy, criado en las montañas por sencillos aldeanos, empieza á adquirir la fuerza fisica.. Mas tarde le daré la fuerza moral! ¿Y podría tenerla, podría practicarla, aunque la tuviese, viviendo en el mundo absurdo en que nosotros vivimos? No! Aquí es uno esclavo de las exigencias que gravitan sobre nuestro pecho como una montaña de plomo. ¡Los deberes, las conveniencias! Con esas palabras se torturan los sentimientos, se pervierten las ideas! ¡No quiero que ligen á mi hijo esos lazos pueriles é irritantes! Quiero que el trabajo sea en sus robustas manos una palanca y no un grillete de presidiario; quiero que sea el obrero de su porvenir, el dueño absoluto de su destino; quiero que el dia en que sienta latir su corazón á impulso de un noble sentimiento pueda casarse con una aldeana, con una pobre sirviente, si asi le place, sin que nadie venga á decirle: « ¡Cuidado con eso! La sangre de los Villemer circula por tus venas y te obliga, no á confundir dos almas en una, sino á enlazar dos blasones! » Quiero, por último, evitarle el tormento de ver á la muger amada, cifrando su virtud y su gloria en rechazarle!... Déjame acabar! Debo casarme con una rica heredera, no es cierto? bien!... pero quizás muera ántes. Pensemos en mi hijo. Aquí hallarás mis disposiciones respecto al presente y al porvenir; tambien hallarás la indicacion del nombre que lleva, del sitio en que vive, y el titulo que te servirá para reclamarle si... Guarda esos papeles... ya estoy mas tranquilo.

EL DUQUE.

No, estás muy agitado; pero confia en mí. Guardando los papeles. (R) Tu recomendacion es sagrada!

URBANO.

Gracias!

EL DUQUE.

Ven al cuarto de mamá; apuesto á que la pobre se halla tambien apesadumbrada! (Hace ademán de salir.)

URBANO.

Vamos.

EL DUQUE, volviendo.

Ah! pero, dime, por ventura alguna otra afeccion?...

URBANO.

Quién, yo?... No se trata de eso, Cayetano! sino de prepararse al yugo, á la limosna de ese matrimonio, ó de salir al encuentro de la libertad eterna!

EL DUQUE.

Conque esperas morir? Y por qué, vamos á ver?

URBANO.

¡Ay, amigo mio! conozco, siento que en mí, una vez muerta la pasion, acaba tambien la vida!...

EL DUQUE.

Bah, bah! la pasion! chico, la pasion es una especie de fenix que no muere nunca! Mira, yo soy el mayor, tengo esperiencia, y creeme á mí: ese mismo desfallecimiento que espermentas es el mejor sintoma de que te hallas en visperas de renacer... Apuesto á que no tardas en decir conmigo, parodiando el grito de los antiguos heraldos: ¡El amor ha muerto, viva el amor!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Quinta de Seval. — Gran habitación, estilo Luis XV. — Puerta en el fondo precedida de una antecámara que se abre sobre un jardín. — Puertas á derecha izquierda, segundo término, la primera comunicando con la habitación de a marquesa, la segunda con una galería. — Grandes ventanas laterales á derecha é izquierda (primer plano). — Biblioteca en los tableros ó espacios comprendidos entre puerta y puerta. — Un sofá á la derecha. — Un escritorio á la izquierda. — Butacas, sillas. — Un juego de ajedrez sobre una consola á la izquierda. — Otra consola á la derecha, frente á la primera, sobre la cual habrá una bandeja con vasos, carrafa y frasco de esencias.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, EL DUQUE.

Carolina aparece examinando los libros colocados en la estantería de la biblioteca, toma apuntes en un libro de memoria y luego los traslada á un registro que se halla abierto sobre el escritorio. El duque entra por el fondo, con un periódico en la mano y un cigarro en la boca, y va á recostarse en el sofá.

EL DUQUE.

Uf! qué calor! (Viendo á Carolina.) Ah! dispensádmme, señorita, no os habia visto! Venia aqui á fumar á mis anchas y...

CAROLINA, que acaba de sentarse al escritorio.

Fumad cuanto queráis, señor duque.

EL DUQUE.

No, mi cigarro es detestable. (Le tira por la ventana y va á apoyarse en el respaldo de la silla de Carolina.) Os incomodo tal vez?

CAROLINA, levantándose y yendo hácia la derecha.

De ningun modo, señor duque.

URBANO.

Vamos.

EL DUQUE, volviendo.

Ah! pero, dime, por ventura alguna otra afeccion?...

URBANO.

Quién, yo?... No se trata de eso, Cayetano! sino de prepararse al yugo, á la limosna de ese matrimonio, ó de salir al encuentro de la libertad eterna!

EL DUQUE.

Conque esperas morir? Y por qué, vamos á ver?

URBANO.

¡Ay, amigo mio! conozco, siento que en mí, una vez muerta la pasion, acaba tambien la vida!...

EL DUQUE.

Bah, bah! la pasion! chico, la pasion es una especie de fenix que no muere nunca! Mira, yo soy el mayor, tengo esperiencia, y creeme á mí: ese mismo desfallecimiento que espermentas es el mejor sintoma de que te hallas en visperas de renacer... Apuesto á que no tardas en decir conmigo, parodiando el grito de los antiguos heraldos: ¡El amor ha muerto, viva el amor!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Quinta de Seval. — Gran habitación, estilo Luis XV. — Puerta en el fondo precedida de una antecámara que se abre sobre un jardín. — Puertas á derecha izquierda, segundo término, la primera comunicando con la habitación de a marquesa, la segunda con una galería. — Grandes ventanas laterales á derecha é izquierda (primer plano). — Biblioteca en los tableros ó espacios comprendidos entre puerta y puerta. — Un sofá á la derecha. — Un escritorio á la izquierda. — Butacas, sillas. — Un juego de ajedrez sobre una consola á la izquierda. — Otra consola á la derecha, frente á la primera, sobre la cual habrá una bandeja con vasos, carrafa y frasco de esencias.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, EL DUQUE.

Carolina aparece examinando los libros colocados en la estantería de la biblioteca, toma apuntes en un libro de memoria y luego los traslada á un registro que se halla abierto sobre el escritorio. El duque entra por el fondo, con un periódico en la mano y un cigarro en la boca, y va á recostarse en el sofá.

EL DUQUE.

Uf! qué calor! (Viendo á Carolina.) Ah! dispensádmme, señorita, no os habia visto! Venia aqui á fumar á mis anchas y...

CAROLINA, que acaba de sentarse al escritorio.

Fumad cuanto queráis, señor duque.

EL DUQUE.

No, mi cigarro es detestable. (Le tira por la ventana y va á apoyarse en el respaldo de la silla de Carolina.) Os incomodo tal vez?

CAROLINA, levantándose y yendo hácia la derecha.

De ningun modo, señor duque.

EL DUQUE, siguiéndola.

Por qué me llamáis siempre señor duque?... Señor duque!... y en el campo!

CAROLINA.

Pues cómo queréis que os llame?

EL DUQUE.

Llamádmelo... qué sé yo! Señor... señor...

CAROLINA, volviendo al escritorio.

No os molestéis en buscar... En Seval, como en Paris, ois siempre el señor duque. (Vuelve hácia la izquierda.)

EL DUQUE.

Justo, no me falta mas que el ducado! (Se adelanta hácia ella.) Qué alegre es el campo en este tiempo, eh?

CAROLINA.

Delicioso! No aprovecháis esta hermosa tarde? (Va á sentarse al escritorio y encuentra al duque en el sillón.)

EL DUQUE.

No, hace demasiado calor; y como nosotros no gastamos sombrilla, sino cuando las señoras mugeres nos las endosan mientras hay sombra!... Y francamente, me divierte muy poco servir de page á la señora de Arglade. Por eso me vine aquí á... (Quita á Carolina maquinalmente el registro que ella tiene en la mano y apoya los codos sobre él.) La bendita baronesa! ¡Apénas nos ha inventado historias durante la comida!

CAROLINA.

Inventado?... No! Leoncia tiene una buena calidad á la que vuestra madre hace justicia: nunca miente.

EL DUQUE.

¡No digo que no! (Carolina se aleja hácia la derecha.) Sin embargo, cuando mas convencida se halla de la inocencia de las personas, ¿sabéis la opinion que le merecen?

CAROLINA.

Cuál?

EL DUQUE.

Que, á escepcion de ella, todo el mundo es digno... de la borca.

CAROLINA.

Oh! sus juicios podrán ser algunas veces erróneos, pero su razon es sincero!

EL DUQUE, levantándose.

Sincero?... Sí, mucho! Tambien los pobres cocodrilos tienen el corazon sincero. (Viendo que Carolina no le hace caso, toma asiento en el sofá.) Señorita de Saint-Genex!

CAROLINA.

Señor duque?

EL DUQUE.

Por qué os atareáis asi despues de comer? Descansad un poco! Lugar os queda de arreglar eso!

CAROLINA, con acento risueño, aproximándose al duque.

Vamos, eso es que queréis echar un sueño y que el ruido que hago os incomoda. Pero es el último dia; mañana quedará concluido el inventario y ya no os incomodará mi presencia en las horas de siesta.

EL DUQUE, levantándose vivamente.

Ah! esa es una manera indirecta de decirme: « Vos estáis tendido en el sofá mientras que yo estoy en pié.

CAROLINA, yendo hácia la izquierda.

Ni siquiera habia pensado en ello!

ESCENA II

CAROLINA, EL DUQUE, URBANO.

URBANO, entrando por la derecha, y aparentando sorpresa.

¡Calla! estabas ahí?

EL DUQUE.

Si, me vine huyendo de cierta persona de la cual te aconsejo no decir nada malo delante de la señorita de Saint-Genex.

URBANO, secamente, aproximándose á Carolina.

Ah! la señorita no quiere que se diga...

CAROLINA, sonriendo.

La señorita solo quiere hacer uso del único derecho que aquí puede reclamar : el de callarse!

EL DUQUE, á Urbano.

Recoje esa china! y aprovéchate de ese derecho! (Urbano va hácia la derecha y toma un libro.) ¿Sabes que la señorita de Saint-Geneix nos trata á los dos con mucha dureza? Y eso que mamá quiere que nos mire como á hermanos... se lo voy á decir para que la riña!

URBANO, yendo hácia la izquierda y señalando un libro á Carolina.)

Anotád ese tambien, señorita; es una obra casi única y de mucho valor.

CAROLINA.

No, señor marques; no podéis prescindir de ella.

URBANO, con frialdad.

Perfectamente : no la necesito.

EL DUQUE, agitado.

Ah!

URBANO, aproximándose á él.

Qué tienes?

EL DUQUE,

Nada! que estóy que me lleva el diantre!

URBANO, volviendo á la izquierda.

Decías?... que las personas ocupadas son muy fastidiosas?...

EL DUQUE.

No, no es eso. Decía que estóy furioso de ver que mandas tus libros á Paris.

URBANO.

Y qué tienes tú que ver con eso?

EL DUQUE.

Donosa pregunta! Como si no supiéramos que vas á venderlos.

URBANO.

No hay tal cosa. Quién te lo ha dicho?

EL DUQUE.

Nadie, yo que lo sé. Es una liquidacion general, completa! Y el

dia ménos pensado venderás tu quinta, el único lujo que aun puedes ofrecer á mamá!

URBANO.

A mamá no le gusta el campo, le sucede lo que á ti!

EL DUQUE.

Pero á ti te gusta, y á la señorita de Saint-Geneix, y á mi tambien cuando estóy con vosotros. Y decir que todo es por causa mia! Oh! es horrible!... maldita sea mi mala cabeza!...

URBANO.

Tú estás loco! Vamos, hoy te hallas en uno de tus dias de spleen. Vete á dar un paseo á caballo y eso te distraerá.

EL DUQUE.

Ya no tengo caballos.

URBANO.

Es verdad! no me acordaba que se los habias prestado á Defresnes.

EL DUQUE.

Prestado? no, los he vendido.

URBANO.

Y por qué razon?

EL DUQUE.

Por la misma que tú vendes tus libros.

URBANO.

Pues bien, seamos filósofos, y aceptemos alegremente nuestro sacrificio. Mamá está tranquila y nada sospecha; la señorita de Saint-Geneix se resigna á ser su factotum; yo me distraigo trabajando, y tú...

EL DUQUE.

A buena parte vienes! yo no sirvo para maldita la cosa y, en vez de ayudaros, os miro con los brazos cruzados! Vamos, dadme una ocupacion cualquiera. (Carolina se aleja hácia la izquierda. — Urbano se deja caer en el sofá.) Señorita, empleádmene en algo. (Se dirige hácia ella.)

CAROLINA.

Queréis decirme si la edicion del diccionario de Bayle está completa?... ¡Allí, en la sesta division. . . contád los volúmenes.

EL DUQUE, subiendo en una silla.

Un poquillo alto está! si, debe estar completa. (Contando.) Vemí tres tomos! Eh? me parece que mas pronto!...

CAROLINA, sumiendo.

Oh! está demasiado completa.

EL DUQUE, volviendo á subir en la silla.

Calla, pues es verdad! no hay mas que diez y seis. Conté dos obras en lugar de una. La culpa tiene la encuadernacion que es muy parecida. Pues, señor, buen principio!... y qué hago ahora?

URBANO.
Mira, mas vale que te estes quieto!

EL DUQUE.
De manera que no sirvo para nada?

CAROLINA.
Si tal. Servis para alegrar á vuestra madre, para infundirle ánimo, y como su alegría se refleja sobre todo el mundo, vuestra obra es muy útil ademas de ser meritoria.

EL DUQUE.
Seguid, seguid hablando...

CAROLINA, sentándose al escritorio.
Era todo lo que tenía que deciros.

EL DUQUE.
Qué lástima! sabéis decir las cosas tan bien! (Vendo hácia Urbano.) ¿No es verdad que tiene un modo de decir?... ¿Y sabes que es muy guapa, chico? (Carolina se aleja hácia el fondo.)

URBANO.
Tú deliras! qué ha de ser guapa!

EL DUQUE.
Tienes razon, no es guapa, es bellissima. ¡Mira eso, hombre, mira eso!... Qué cara!... qué gracia!... ¡qué aire de candidez y de inteligencia!... Ah! cuando te digo que es una muger deliciosa!

URBANO.
Chist! mas bajo!

EL DUQUE.

Bah! crees que ella hace caso?... Ahí donde la ves, no tiene ni un adarme de presuncion... es una muger que no se parece á ninguna otra!

URBANO.

Has dicho eso mismo de tantas!

CAROLINA, desde la izquierda.

Voy á guardar los Raffet para la señora marquesa.

URBANO.

No, mi madre prefiere los dibujos que le hace mi hermano.

CAROLINA, ingenuamente.

De veras?

EL DUQUE.

Sí, señorita! ¿creéis que mi madre no sabe distinguir?

CAROLINA.

Yo no he dicho eso, señor duque.

EL DUQUE.

Habéis visto acaso mis dibujos? (Va á tomar uno de una cartera que se halla sobre el velador.)

CAROLINA.

Me hubiera guardado muy bien de tocarlos sin vuestro permiso.

EL DUQUE, enseñándole un dibujo.

Eh?... qué tal?

CAROLINA.

Un pais! muy bonito!

EL DUQUE.

No es verdad?

CAROLINA.

Sí, pero se me figura que deberiais haber puesto una barquilla...

EL DUQUE.

En dónde?

CAROLINA.

Aquí, en el rio que corre por entre los árboles...

EL DUQUE.

Qué río?... si es una alameda!

CAROLINA.

Nadie lo diría! parece un río.

EL DUQUE.

Pues, señor, me he lucido. (Deja el dibujo en la cartera. — Carolina se aleja hácia la izquierda.) ¡Está visto que soy un Salvador Rosa! (A Urbano.) Vas por fin esta tarde á Dunieres? Aun tienes un caballo.

URBANO, levantándose.

Está cojo.

EL DUQUE.

No importa, se le deja ir al paso.

URBANO.

Pues tómale y ve tú en mi lugar. (Carolina va á cerrar la puerta de la izquierda.)

EL DUQUE.

También hoy? No dejará de marchar el asunto si pago yo las visitas que tu debes. Francamente, no comprendo tu indecision ni tu repugnancia por el matrimonio.

URBANO.

Pues yo creía que participabas de ella, y que tampoco te hallabas muy dispuesto á... (Se aleja hácia la derecha.)

EL DUQUE.

Quién, yo? te engañas! yo soy capaz de todo, hasta de casarme por amor, de ser fiel á mi muger... mas fiel que un perro de aguas!... Señorita de Saint-Genex?

CAROLINA, desde el fondo.

Señor duque?

EL DUQUE.

Venid á charlar con nosotros.

CAROLINA.

Dentro de un instante, estoy ya concluyendo... (El duque va á buscarla y la conduce hácia el proscenio.) Me preguntabáis?...

URBANO.

Mi hermano hablaba de casamiento... ¿No es asunto que os interesa?

EL DUQUE.

Por qué no? Acaso ha hecho juramento?...

CAROLINA.

Supongo que no se tratará de mi?

EL DUQUE.

No; pero, puesto que hablábamos en general... ¿cúal es vuestra opinion respecto al matrimonio?

CAROLINA.

Mi opinion es que todo el mundo debe casarse.

URBANO.

Oh! la señorita de Saint-Genex tiene sobre ese punto sus teorías particulares.

EL DUQUE.

Entonces, sin duda pensáis también casaros?...

CAROLINA.

Oh! en cuanto á mí, es diferente; yo no soy libre. (Haciendo ademán de retirarse.)

EL DUQUE, deteniéndola.

Hola! de veras? Tenéis algun compromiso?... algun impedimento?...

CAROLINA.

Y no muy pequeño. Tengo cuatro hijos.

EL DUQUE, riéndose.

Cuatro! y tan jóvenes?

CAROLINA.

Y por mejor decir, cinco; porque su madre, aunque mi hermana mayor, es también mi hija. Esto supuesto, si llegara á casarme sería para reunirlos alrededor mio, y ya veis si necesitaba valor el infeliz que hubiera de mantenerlos!

EL DUQUE.

Pero, no casandoos, estáis separada de vuestros queridos hijos, como vos los llamáis, y no me parece que es una gran ventaja.

URBANO.

Qué respondéis á eso!

CAROLINA.

Queréis que siga hablando de mí? Es tan poco divertido!

EL DUQUE.

No importa.

CAROLINA.

Pues bien, mi ambicion, mi sueño dorado es hacer algunas economias para educar al menor de mis sobrinos: los otros podrán colocarse dentro de algunos años; pero el mas chiquito... el mas débil... ¡Ah! si le conocierais! es un ángel! tan amable, tan cariñoso, tan mono! (Enjugándose las lágrimas.) Pero ¿qué saben los hombres de eso? ¡los hombres no comprenden que el amor de un niño pueda llenar el corazon de una muger!

URBANO, conmovido.

Dispensad, señorita; yo lo comprendo perfectamente! (Carolina pasa á la derecha.)

EL DUQUE,

De modo que tú la animas á que no se case?

URBANO, en voz baja.

¡Creo que somos indiscretos y que hacemos mal en remover sus penas! Vienes á mi cuarto?

EL DUQUE, en el mismo tono.

No, ahora que está conmovida voy á hablarle...

URBANO.

De qué?

EL DUQUE.

Ya verás!... Señorita de Saint-Geneix!... Despues de lo que acabáis de decir...

URBANO, con autoridad.

¿Señorita, habéis tenido la bondad de arreglar las cuentas del mes corriente?

CAROLINA.

Aun no están del todo, señor marques; las queriais ahora?

URBANO.

Desearia que estuvieran para esta noche.

EL DUQUE.

No, hombre, no, lugar hay mañana!

CAROLINA, pasando al centro.

No, inmediatamente. Voy á reunir las notas y á traéros las, señor marques. (Sale por la galería de la izquierda.)

ESCENA III

EL DUQUE, URBANO, en el sofá.

EL DUQUE.

Por Cristo!... le das órdenes como si fuera una criada!

URBANO.

Yo no doy órdenes á nadie!

EL DUQUE.

Llámallo como te dé la gana; pero lo que acabas de hacer es muy poco delicado.

URBANO.

Por qué?

EL DUQUE.

Porque la despides precisamente en el momento que yo creia mas oportuno para decirla en voz alta...

URBANO.

Qué?

EL DUQUE.

Lo que de ella pienso hace mucho tiempo: que es una muger adorable!

URBANO.

Estás loco?... Sabes lo que dices?

EL DUQUE.

Ya lo creo! Pero tú no tienes ojos, chico? ¿No ves ese talento, esa gracia, ese?... Y sin trenza postiza, sin polvos de arroz, sin

adobo de ninguna especie!... ¡Cuando te digo que es una muger fenomenal!

URBANO.

De modo que estás enamorado perdido?

EL DUQUE.

Debo estarlo, porque soy lo mas zote!...

URBANO.

Y la palabra que diste á mamá?

EL DUQUE.

Pero yo no le di palabra de ser ciego! ¿Tengo yo la culpa de que la señorita de Saint-Geneix me guste, de que me haya trastornado el juicio? Conozco que tiene mas talento que yo y ¿qué quieres? sufrir su superioridad es para mí una delicia.

URBANO.

Entonces... ¿era un casamiento lo que ibas á proponerla?

EL DUQUE.

Pues es claro! pero soy tan torpe, que no me habria comprendido.

URBANO, levantándose.

Y aunque te comprendiera, adivinando la oposicion de nuestra madre...

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Bah! mamá no funda en mí ninguna esperanza. Por mas que digas, tú eres quien satisfará su ambicion con un brillante casamiento. Oh! y al fin tendrás que hacerlo, que someterte á cumplir con tu deber! Tú, mi querido Urbano, te convertirás en gefe de la familia y serás el sosten de nuestra casa. Yo haré olvidar mis calaveradas desapareciendo de la escena del mundo, me casaré modestamente y pasaré en mi oscuro rincón una existencia tranquila y honrada, cuya felicidad te deberé á tí.

URBANO.

A mí?

EL DUQUE.

Sí, ingrato! Sin tí, aun estaria bajo el árbol de marras, cazando

reumatismos y soñando con modistuelas de tres al cuarto. Y ahora, qué diferencia! En vez de un árbol, construiré una cabaña al extremo del parque, me haré labrador, cultivaré la tierra, cosa que no debe ser muy difícil de aprender, y fundaré mi dicha en un corazón, un pan y una cebolla. En una palabra, me siento dispuesto á ser todo lo que se llama un hombre de juicio; tanto, que si alguna vez necesitas un consejo, no tienes mas que ir á buscarte.

URBANO.

Magnífico! De modo que ¿estás seguro de agradar á la señorita de Saint-Geneix?

EL DUQUE.

Pues ya lo creo! ¡Seré con ella tan amable, tan!... Además, cuento contigo para que me ayudes á inspirarle confianza.

URBANO.

En un cuarto de hora?

EL DUQUE.

Ya hace tres meses que nos conoce. El mundo fué hecho en siete días y es cosa mucho mas complicada.

URBANO.

Creo que no necesitarás tanto para mudar de opinion.

EL DUQUE.

Te engañas! no cambiaré tan facilmente.

URBANO.

Nunca?

EL DUQUE.

¡Hombre, llevas las cosas tan al extremo! ¿Quién mil diablos puede responder del día de mañana? Lo que te aseguro es que hoy estoy decidido.

URBANO.

Pues bien, es menester que empieces por hablar á mamá!

EL DUQUE.

No! mamá no entiende gran cosa de preliminares; quiere hacerlo todo con demasiada solemnidad y... eso es la causa de que

tu casamiento no avance un paso.... Yo quiero que el mio marche al vapor. Empiezo por agradar á Carolina; asi que ella me ame, te lo aviso, y tú te encargarás de decirla : « Señorita de Saint-Genéix, puesto que os gusta la sencillez de la vida campestre ¿queréis ser duquesa y labradora á un mismo tiempo? » Ya ves que la cosa no es muy difícil.

URBANO, pasando á la derecha.

¡Que Dios te tenga de su mano... y que él proteja á la señorita de Saint-Genéix!

EL DUQUE, pasando á la izquierda.

Cómo! dudas de mí?

PEDRO, entrando por el fondo.

La señora marquesa me encarga decir al señor duque y al señor marques que acaba de llegar el señor conde de Dunieres.

EL DUQUE.

Diablo! ya no podrá ser esta tarde!

URBANO.

Mejor! así lo consultarás con la almohada.

EL DUQUE.

Pero ¿y si la almohada me aconseja lo mismo que yo deseo?.. Vienes, Urbano?

URBANO.

¿A ver á Dunieres? Si, allá voy.

EL DUQUE.

Pues date prisa. (A Pedro.) Están en el jardín?

PEDRO.

En el salon, señor duque. (Sale el duque por el fondo.)

URBANO.

Pedro, había suplicado á la señorita de Saint-Genéix.... (Carolina entra por la puerta de la galería. — Pedro sale por la del fondo.)

ESCENA IV

CAROLINA, URBANO.

CAROLINA.

Aquí tenéis las cuentas, señor marques. (Las coloca sobre la mesa y hace ademán de salir.)

URBANO.

Gracias, señorita... ¿Me permitiréis que os haga una pregunta?

CAROLINA.

Si, señor marques.

URBANO.

Hace un instante, hablabais de proyectos... ¿Pensáis abandonar á mi madre?

CAROLINA.

Por ahora... no! á ménos que...

URBANO.

Seguid.

CAROLINA.

A ménos que se cansase de mis servicios ó que ya no los juzgase necesarios.

URBANO.

O que alguna de las personas que os rodean... os ocasionase algun disgusto... os diese algun motivo de queja...

CAROLINA, adelantándose hácia el proscenio.

Oh! sin duda alguna! pero hasta ahora, todo el mundo se ha mostrado conmigo atento y bondadoso.

URBANO.

Escepto yo?...

CAROLINA.

No me he apercibido de ello.

URBANO.

Mi hermano es mas amable y os inspira mas confianza...

CAROLINA.

Como todo el mundo, señor marques; yo no tengo secretos.

URBANO.

Y si los tuvierais?

CAROLINA.

Pero es que no los tengo.

URBANO.

Y si, á pesar vuestro, os confiaran uno?

CAROLINA.

Sabria guardarle.

URBANO.

Sagradamente?

CAROLINA.

Sí, señor marques.

URBANO.

Pues bien, ¿qué haríais si ocurriese algo por lo cual pudierais arrepentiros de haber venido aquí?

CAROLINA.

Me marcharia.

URBANO.

Sin decir nada á mi madre?

CAROLINA.

A vuestra madre ménos que á nadie!... Nunca me perdonaria haber sido para ella causa de disgusto ó de pesar.

URBANO.

Y á mi... me lo diríais?

CAROLINA.

A vos, señor marques?

URBANO.

Sí. Vamos... hablemos francamente. Si mi hermano, que en el fondo es sincero y bueno, pero que tiene el defecto de ser demasiado aturdido, os ocasionase algun disgusto con sus familiaridades...

CAROLINA, pasando á la derecha.

Espero que no sucederá, señor marques; el señor duque tiene demasiada educacion para faltar á nadie al respeto, para olvidar lo que á sí mismo se debe.

URBANO, con calor.

Pero, en fin... sin faltáros al respeto, pudiera ocasionaros ciertas inquietudes... colocaros en cierta posición en que tal vez os fuesen útiles mi consejo y mi apoyo. En Paris teniamos mas intimidad que aqui, señorita de Saint-Geneix! Algunas veces me permitia consultaros y me lisonjaba de que tal vez llegaria un dia en que yo os inspirase la misma confianza... ;vana ilusion! Aqui os encuentro mas reservada, ya sea por el exceso de ocupaciones, ó por otra causa que creo adivinar... (Movimiento de asombro de Carolina.) Si no me engaño, la conducta de mi hermano os ha hecho circunspecta, desconfiada, y tal vez os contrista algunas veces. Pues bien, Cayetano tiene buen corazon, yo le quiero, y mi influencia para con él vale alguna cosa. Decidme francamente lo que pensáis de sus palabras, de su manera de conducirse, y os juro que...

CAROLINA.

Gracias, señor marques; no quiero que por mi causa haya jamas ni el mas leve disentiendo entre vos y vuestro hermano. En este supuesto, si tuviese de él algun motivo de queja, tambien yo os juro que nadie lo sabria.

URBANO.

Aunque ese motivo fuese grave?

CAROLINA.

Pero suponéis lo imposible!

URBANO, con exaltacion.

Y si ese imposible sucediera... partiríais?

CAROLINA.

Permitidme, señor marques, conservar el derecho de juzgar por mi misma de lo que haria si llegara ese caso.

URBANO.

Muy bien, señorita! deseo que vuestra prudencia se halle á la

altura de vuestra presunción! (A parte.) Oh! le ama! (Sale por la derecha.)

ESCENA V

PEDRO, CAROLINA.

PEDRO, entra por la puerta de la galería con un cuaderno en la mano. Aquí tenéis el extracto del padron que buscabais, señorita.

CAROLINA.
Gracias, Pedro. Llévasele al señor marques. (Va hacia la ventanilla de la derecha.)

PEDRO.
Estáis indispuesta?

CAROLINA.
No, amigo mío.

PEDRO.
Tenéis algún pesar?

CAROLINA.
No, no es nada.

PEDRO.
Acaso el señor duque?...

CAROLINA.
Oh! no, el duque es un excelente sujeto.

PEDRO.
Quizas el otro?... (Carolina se sienta en el sofá.) El señor marques no parece muy amable con vos; siempre os habla con cierto despego...

CAROLINA.
Oh! me habla tan poco!

PEDRO.
Estáis aquí á disgusto?

CAROLINA.
No! pero algunas vece pienso en el pasado... Es tan hermoso estar en su casa! En familia todo se tolera, todo se olvida, y siem-

pre encuentra una aprecio y cariño. Pero los estraños no son tan indulgentes: juzgan las cosas á su modo, y en sus momentos de mal humor la pegan con no importa quién. Y luego, no siempre sabe una como comprenderlos; se tiene el temor de interesarse por ellos mas de lo que desean, y al que no sale de los límites de una prudente discrecion, le acusan de ingratitud. En fin, cuando no se está en su casa, no hay mas que tener paciencia! (Se levanta.)

PEDRO.

Yo puedo tenerla; pero vos no estáis acostumbrada á eso, y, si esto sigue así, pronto os llevo conmigo y... ya veréis como lo arreglo!

CAROLINA.

Tú, Peyraque?

PEDRO.

Sí, yo! os diria: es preciso, y sé que no vacilariais.

CAROLINA.

Bien; y á dónde me llevariais?

PEDRO.

Á mi casa! Mi muger os buscaria ocupacion, y si no teniais comodidades, al ménos no estariais entre estraños.

CAROLINA, yendo hacia él.

Gracias, mi buen Peyraque! Pero aun debo permanecer aqui.

PEDRO.

Por qué?

CAROLINA.

Aunque el señor marques nada me ha dicho, sé que trata de poner á mis sobrinos en el colegio; y mientras yo pueda, quiero servir á su madre para pagarle mi deuda de gratitud.

PEDRO.

Y sin embargo, no es el marques el que os trata mal?

CAROLINA.

Ah! si al fin llegara á disgustarlos sin poder remediarlo, creo que á ménos tendrian la franqueza de decirmelo. Pero lleva esa nota al señor marques. (Pedro va á salir por la derecha; pero al ver á Carolina,

que ha ido á sentarse al escritorio, sollozando con la cara entre las manos, vuelve hácia atrás.)

PEDRO.

Dispensádmme, señorita Carolina, dispensádmme que os llame como cuando erais pequeña; entónces, es verdad, no sabia distraeros, pero algunas veces sabia consolaros... Si mi muger estuviera aqui, ella os diria lo que yo, pobre de mí, no sé deciros... yo no sé esplicarme...

CAROLINA, tendiéndole la mano.

No importa! háblame, amigo mio! ya no tengo padre, no tengo nadie en el mundo que pueda aconsejarme, protegerme...

PEDRO.

Ah! yo no soy mas que un pobre criado y mi proteccion vale bien poco. Pero... pensád en la noble altivez de vuestra familia, en el respeto con que todo el mundo la miraba, y no sufráis que nadie os mortifique. Nadie tiene ese derecho... ¿lo entendedís, señorita? nadie! Un hombre que no pueda hacer os su esposa no debe tomarse ni aun la libertad de miraros, y... el señor marques os mira demasiado fijamente!

CAROLINA, levantándose.

Él?... no digas eso! Tú te engañas!

PEDRO, con severidad.

Y vos tratáis de engañaros á vos misma... Olvidad eso, que nada vale.

CAROLINA, dejándose caer en el sillón y sollozando.

Ah!... cuánto daño me estás haciendo!

PEDRO.

Lo veo, señorita, pero ¿qué queréis? es mi deber!

CAROLINA, con energía.

Pues bien, conozco cual es el mio y sabré cumplirle debidamente. (Se levanta y pasa á la derecha.) Veré con satisfaccion esa proyectada boda y contribuiré en cuanto pueda á su cumplimiento. Puedes estar tranquilo, seré digna de mi padre; y si me ves desfallecer, riñeme, te autorizo para ello... te lo suplico! Dame un vaso de agua. (Pedro va á buscarle al velador y se le presenta.)

PEDRO.

Sí, sí, eso es, reponeos.

CAROLINA.

Gracias. (Bebe un poco, moja despues el pañuelo y se enjuga los ojos.) Ves?... ya paso!

PEDRO.

Valor, señorita, valor!

CAROLINA.

Sí, sí, le tendré, amigo mio! (El duque entra por la galería. — Pedro sale por el fondo.)

ESCENA VI

EL DUQUE, DIANA, CAROLINA.

EL DUQUE.

Chist! aqui tenemos á la señorita Diana.

DIANA, entrando alegremente.

Sí, héme aqui! (Va á besar á Carolina.)

CAROLINA.

Tanto bueno?...

EL DUQUE.

Eso es, besaos, y hablemos formalmente! Señorita de Saint-Ge-neix, os necesitamos. (A Diana.) Hablad!

DIANA.

¡No! primero vos.

EL DUQUE.

Pues bien, el asunto es muy grave... y muy solemne! Oid, señorita Carolina, ¿creeis que una jóven rica, hermosa, de elevada cuna, tenga derecho de casarse con un chico excelente, virtuoso y noblemente arruinado, como, por ejemplo, el marques de Villemer? ¿Respondéd!

CAROLINA.

Sin duda! y si la señorita de Saintrailles lo hace merecerá mi aprobacion.

DIANA.

De veras?

CAROLINA.

Tan cierto como que os quiero con toda mi alma.

DIANA, al duque.

Entonces, continuad y decidnos tambien vuestra opinion.

EL DUQUE.

Continuo, y mi opinion es que cuando el jóven arrumado se hace de rogar, ya sea por modestia ó ya por orgullo, debe la jóven y rica beldad insistir y vencer.

CAROLINA.

Y qué puedo yo hacer en eso?

EL DUQUE.

Hélo aquí: — Yo voy á decir á Urbano que el señor Dumieres le espera en el salon: cuando pase por esta pieza, le entretendréis con cualquier pretexto y yo buscaré despues uno para alejaros, á fin de que esta señorita y él queden solos y de que puedan esplícarse francamente.

CAROLINA.

Tues bien, nada mas sencillo; le diremos que...

EL DUQUE.

Pero, qué tenéis?

CAROLINA.

Yo? nada, no tengo nada...

EL DUQUE.

Sí, sí, estáis pálida.

DIANA.

Tiene las manos heladas!

EL DUQUE.

La señorita Carolina es muy endeble. (Hacen sentar á Carolina en el sofá.)

CAROLINA.

Al contrario, señor duque, soy muy robusta!

EL DUQUE.

No la creais; es fuerte de voluntad, pero débil de cuerpo.

DIANA, á parte.

Pobre chica!

EL DUQUE.

Y luego, trabaja tanto!... Deberia pasearse, distraerse... Ah! una idea! ya tenemos el pretexto!

DIANA.

Y es?...

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Muy sencillo. (A Carolina.) Sabéis montar á caballo?

CAROLINA.

Bastante mal.

EL DUQUE.

No importa! con eso aprenderéis. Voy á decir que ensillen á Babiéca. (Se aleja hácia el fondo.)

DIANA.

Qué Babiéca es ese?

EL DUQUE, volviendo al proscenio.

! No creais que es el caballo del Cid! es la jaca del guarda, un animalito manso como una oveja é incapaz de tomar el trote sin permiso del ginete.

CAROLINA, levantándose y pasando á la izquierda.

Pero yo no tengo ganas de pasear... Ademas, pronto va á anochechar y...

EL DUQUE, pasando á la extrema izquierda.

Ca! aun tenéis tiempo. Ya veréis, ya veréis como os hago dar un paseo higiénico y provechoso. (A Diana, señalando hácia la ventana.) Mirád, ¿no preguntabais por Babiéca? ahí! la tenéis, la traen del prado. (Llamando.) Eh! Lorenzo! esperádmé ahí! (A Diana y á Carolina.) Voy yo mismo á ensillar ese fogoso animal y á hacerle dar cuatro corcobos preliminares... Dentro de cinco minutos estoy de vuelta. (Salta por la ventana.)

ESCENA VII

CAROLINA, DIANA.

DIANA.

¡Qué lástima que tenga tan poco fundamento!... Es tan vanidad!
(Entra el marques por la derecha.)

CAROLINA.

Aquí viene el marques.

DIANA, á Urbano que se dirige hácia la galería.

Señor marques!

ESCENA VIII

URBANO, DIANA, CAROLINA.

URBANO.

Ah! perdonád, señorita de Saintrailles... no sabia que estabais aquí... el señor Dunieres me ha mandado llamar...

DIANA.

No, no ha sido él, señor marques, he sido yo. ¿Queréis concederme una audiencia?

URBANO.

Una audiencia?... ¡Me gusta la palabra, señorita!

DIANA.

Dispensádmela si no os parece oportuna; pero temo ser indiscreta, y... (Bajo á Carolina.) ¡Ayudádmé por Dios, Carolina!

CAROLINA.

Señor marques, la señorita de Saintrailles desea aprender... la botánica. Sabe que poseéis excelentes obras y buenos herbarios, y la he dicho que tendríais mucho gusto en prestárselos.

URBANO.

Sin duda, señorita, ¿queréis llevarlos esta misma tarde?

DIANA.

No, porque todavía me hallo en el a, b, c! Seria necesario que tuvieseis la bondad de elegirme algo que estuviese á mi alcance.

URBANO, yendo hácia la derecha.

Inmediatamente.

DIANA.

Oh! no corre tanta prisa!

ESCENA IX

DIANA, URBANO, EL DUQUE CAROLINA.

EL DUQUE, entrando por el fondo.

Ya está ensillada Babiéca, señorita de Saint-Geneix. Aprovecháid los últimos guiños del sol.

URBANO, á Carolina.

Vais á salir á caballo?

CAROLINA.

Sí, señor marques.

URBANO.

Ignoraba que supieseis... Nunca os he visto montar!

EL DUQUE.

La señorita de Saint-Geneix lo sabe todo. Además, que para lo que no sepa aquí estoy yo.

URBANO.

Ah! vos sois el profesor?

EL DUQUE.

Yo mismo.

URBANO, yendo hácia la ventana de la izquierda.

Pero no veo mas que un caballo!

EL DUQUE.

Justo: el tuyo está cojo y el mio le he vendido! Como no monte uno de los normandos de labranza! (A Carolina.) ¿Queréis que le en-

sille y que os acompañe? A mi no me importa salir aunque sea en un rocín.

CAROLINA.

No, no, señor duque, mejor voy sola.

URBANO.

Sin duda! quédate y me ayudarás á escojer los libros para. .

EL DUQUE.

Después... No quiero que la señorita de Saint-Genex se esponga sola á ser víctima de la fogsidad de Babieca. (A Carolina.) Venid, yo la conduciré por la brida y daremos una vuelta por la dehesa.

URBANO, con intencion.

No, mejor es por el soto!

EL DUQUE.

Por qué?

URBANO, conteniéndose.

Hay mas sombra... y es mas agradable!

EL DUQUE.

Calla, pues es verdad! (Sale por el fondo con Carolina.)

ESCENA X

DIANA, URBANO.

DIANA.

Es muy difícil aprender la botánica?

URBANO, distraído, mirando por la ventana.

Si, es un estudio muy divertido!

DIANA, á parte.

Qué bien responde! (Alto.) Y para hacer los análisis?

URBANO.

Yo os los daré hechos.

DIANA.

Os tomaréis ese trabajo?

URBANO, distraído.

Si, eso me proporcionará ocasion de...

DIANA.

De ser galante?

URBANO.

Si, señorita.

DIANA, sentándose á la izquierda.

Me oís, señor de Villemer? (Urbano cierra la ventana.)

URBANO.

Tenéis algo que ordenarme?

DIANA.

Si, que me escuchéis.

URBANO, aproximándose.

Os escucho, señorita.

DIANA.

Señor de Villemer, tengo que pedir os un consejo.

URBANO.

Pues bien, señorita, la botánica aplicada á la agricultura...

DIANA, se levanta y va á sentarse al sofá.

Señor marques, yo respeto mucho la agricultura, pero me hace poquisima gracia.

URBANO.

Entónces, la botánica bajo el punto de vista...

DIANA.

Oh! no, dejad en paz la botánica, y permitidme que os consulte sobre otra cosa: por ejemplo, sobre el empleo de mi tiempo y de mi voluntad, de mi fortuna, de mi independencia y de mi porvenir.

URBANO.

Ah! nada menos que eso?

DIANA.

Os parece mucho?

URBANO.

Ya lo creo! Es el problema mas difícil de resolver.

DIANA.

No importa! resolvédele en dos palabras?

URBANO.

En dos? pues oid: desconfiad siempre.

DIANA.

De mí ó de los demas?

URBANO.

De los demas y de vos.

DIANA.

He ahí una cosa que me parece mas difícil que la botánica.

URBANO.

Mucho mas. ¡Hay tantos lazos en que se deja uno prender sin saber cómo!

DIANA.

Es decir, que sois desconfiado, celoso tal vez! Vos, que parecéis tan bueno!

URBANO.

Reputacion usurpada, señorita. Hay dias en que soy vengativo y hasta malvado.

DIANA.

Jesus! y estáis en uno de esos dias?

URBANO.

Tal vez!

DIANA, levantándose.

Entonces volveré por aquí, porque á mí no me gusta sino el sacrificio y la abnegación... Encuentro tan hermoso contribuir á la dicha de los demas!

URBANO.

Y creéis que eso es cosa fácil?

DIANA.

Si lo fuera la desdenaría: no me gustan las cosas fáciles.

URBANO.

Ah! tenéis valor y corazon!... Pues estád sobre aviso! ya sabéis que cuando se siembran beneficios...

DIANA.

Se cosechan ingratitudes?

URBANO.

Seguramente.

DIANA.

¿Aun cuando diera mi libertad, mi fortuna y mi vida por salvar á alguien?

URBANO.

Señorita de Saintrailles, no ofrezcáis todo eso sino al hombre que os ame apasionadamente.

DIANA.

Y ese no seria ingrato?

URBANO.

Quizas sí; pero al ménos, no habria cometido una infamia al aceptar vuestro sacrificio. (Se aleja un poco hácia la izquierda.)

DIANA.

Agradezco vuestra franqueza, señor marques; pero yo no veo el mundo tan sombrío como decís. Yo me consagraré á la felicidad de mis semejantes, sin inquietarme del porvenir, porque eso es mi sueño dorado, mi ideal, mi poema... Qué queréis? cada cual tiene á suyo, y yo elijo el que me parece mas bello. ¿Quién sabe si soy una fuerza que Dios quiere emplear para un designio oculto! Así, pues, seguiré mi destino, escucharé el grito de mi corazon, curaré los dolores de los ajenos, y seré dichosa, porque la bondad nunca deja hiel en el alma. Buenas tardes, señor de Villemér; gracias por vuestros herbarios; mañana los espero.

URBANO, adelantándose hácia Diana.

Los tendréis, señorita. Perdonad que os haya dicho cosas tan poco alegres y que os haya dejado entrever mi misantropía. En ocasiones sabe uno que hace mal... y sin embargo, no puede uno contenerse!

DIANA.

Entonces, yo respondo de vuestra conversion.

URBANO, con inquietud.

Pero... qué haréis para efectuarla?

DIANA.

Ese es mi secreto... y no tratéis de adivinarle, porque sería inútil. Ahora, tengo que hablar al duque de Aleria: ¿creéis que haya ido muy lejos con la señorita de Saint-Genex?

URBANO, con viveza.

Voy á buscarle. (Se adelanta hácia el fondo.)

DIANA.

Eso es, id. (A parte.) Pobre muchacho! estaba deseando tomar la puerta.

ESCENA XI

DUNIERES, LA MARQUESA, URBANO, DIANA.

DUNIERES, entrando por la galería y viendo salir á Urbano.

Buenas tardes, querido Urbano... Calla! estabais ahí con mi pupila? y yo que la andaba buscando!... ¿Pero á dónde vais tan de prisa?

URBANO.

Voy á desempeñar un encargo de la señorita. (Sale por el fondo.)

ESCENA XII

DUNIERES, LA MARQUESA, DIANA.

LA MARQUESA.

A donde le mandáis?

DIANA, sonriendo.

Va á buscarme unas plantas.

LA MARQUESA.

No habéis hablado de otra cosa?

DIANA.

Si, señora.

DUNIERES.

Y bien?...

DIANA.

Ya os lo contaré despues. (El duque entrando por el fondo.) Aquí está el duque; este no se hace esperar!

ESCENA XIII

DUNIERES, LA MARQUESA, EL DUQUE, DIANA.

EL DUQUE.

Me estabais esperando?

DIANA.

No os lo ha dicho vuestro hermano?

EL DUQUE.

No lo he visto.

DIANA.

Habéis entrado con la señorita de Saint-Genex?

EL DUQUE.

Y tanto mas pronto, cuanto que no he salido.

DIANA.

Pues y ella?

EL DUQUE.

Fué al parque á dar un paseo con Pedro.

DIANA.

Quién es Pedro?

EL DUQUE.

El marido de su nodriza.

DIANA.

Ah! sí. Carolina me ha hablado de él: un hombre excelente.

LA MARQUESA.

En todo y por todo.

DIANA.

Así lo creo, y por eso le quiero.

EL DUQUE.

Ah! le queréis?...

DIANA.

Ese es mi secreto... y no tratéis de adivinarle, porque sería inútil. Ahora, tengo que hablar al duque de Aleria: ¿creéis que haya ido muy lejos con la señorita de Saint-Genex?

URBANO, con viveza.

Voy á buscarle. (Se adelanta hácia el fondo.)

DIANA.

Eso es, id. (A parte.) Pobre muchacho! estaba deseando tomar la puerta.

ESCENA XI

DUNIERES, LA MARQUESA, URBANO, DIANA.

DUNIERES, entrando por la galería y viendo salir á Urbano.

Buenas tardes, querido Urbano... Calla! estabais ahí con mi pupila? y yo que la andaba buscando!... ¿Pero á dónde vais tan de prisa?

URBANO.

Voy á desempeñar un encargo de la señorita. (Sale por el fondo.)

ESCENA XII

DUNIERES, LA MARQUESA, DIANA.

LA MARQUESA.

A donde le mandáis?

DIANA, sonriendo.

Va á buscarme unas plantas.

LA MARQUESA.

No habéis hablado de otra cosa?

DIANA.

Si, señora.

DUNIERES.

Y bien?...

DIANA.

Ya os lo contaré despues. (El duque entrando por el fondo.) Aquí está el duque; este no se hace esperar!

ESCENA XIII

DUNIERES, LA MARQUESA, EL DUQUE, DIANA.

EL DUQUE.

Me estabais esperando?

DIANA.

No os lo ha dicho vuestro hermano?

EL DUQUE.

No lo he visto.

DIANA.

Habéis entrado con la señorita de Saint-Genex?

EL DUQUE.

Y tanto mas pronto, cuanto que no he salido.

DIANA.

Pues y ella?

EL DUQUE.

Fué al parque á dar un paseo con Pedro.

DIANA.

Quién es Pedro?

EL DUQUE.

El marido de su nodriza.

DIANA.

Ah! sí. Carolina me ha hablado de él: un hombre excelente.

LA MARQUESA.

En todo y por todo.

DIANA.

Así lo creo, y por eso le quiero.

EL DUQUE.

Ah! le queréis?...

DIANA.

Se me figura que sí.

DUNIERES.

Pero ¿de quién habla? ¿a quién se refiere?

DIANA, yendo cerca de la marquesa.

A nadie! ya sabéis, las muchachas piensan en mil cosas á la vez.
(Con gravedad.) Pero no se trata de eso. (Al duque.) Tengo que hablaros.

DUNIERES.

Bien! esta es otra!

DIANA, al duque.

Y que hablaros en secreto.

DUNIERES.

Al duque? Ah! pero yo no lo permito!

EL DUQUE.

No es igual, Dunieres? ¿qué mas tiene mi hermano que yo?

DUNIERES.

No es lo mismo.

DIANA, al duque.

Papá Dunieres tiene razon. Sin embargo, quiero hablaros sin que nadie nos oiga.

LA MARQUESA, á Dunieres.

Pues bien, vámonos, amigo mío.

DUNIERES.

No, no, yo me quedo.

DIANA.

Bueno, quedaos, nadie os despidе. (A Dunieres.) Pero cuidado con escuchar!

DUNIERES.

Con ámbos oídos.

LA MARQUESA.

No, estád tranquila. Vamos á jugar una partida de ajedrez; y no oirá una palabra. (A Dunieres.) Aparentád que jugáis. (Va á colocar el tablero sobre el escritorio.)

DUNIERES.

En fin, marquesa, puesto que así lo queréis, y si me prometéis que no sabrá nada mi esposa... (Se sienta á la izquierda, frente á la marquesa.)

EL DUQUE, á Diana.

Y bien, y esa confianza?

DIANA.

Dije que era una confianza?

EL DUQUE.

Creo que sí.

DIANA, alejándose con él hácia la derecha.

Sí? pues bien, amo verdaderamente á vuestro hermano.

EL DUQUE.

Y tenéis razon en amarlo.

DIANA.

De verás?

EL DUQUE.

De veras.

DIANA.

Y qué serio os ponéis para decirlo!

EL DUQUE.

Oh! es que yo soy muy serio cuando quiero.

DIANA.

Y lo queréis con mucha frecuencia?

EL DUQUE.

Siempre que se trata de Urbano.

DIANA.

De modo que aprobáis mi eleccion?

EL DUQUE.

La apruebo y os admiro.

DIANA.

De qué? no admiráis vos también á vuestro hermano?

EL DUQUE.

Oh! eso en mí no tiene nada de extraño, lo tendria el que así no lo hiciera! Vos le adivináis, yo le conozco á fondo.

DIANA.

Entonces, ¿creéis que no tendría sentido común si no le prefiriese á vos y á todos los demas hombres? Pues escuchád!

DUNIERES.

Escucho!

EL DUQUE.

¡Ah! ¡Dunieres!

LA MARQUESA, bajo, á Dunieres.

Callaos! que yo tambien estoy escuchando

DIANA, al duque.

El marques me ha dicho una cosa que me da en qué pensar: «No os caséis sino con un hombre que os ame apasionadamente!» Lo cual quiere decir: «Yo no os tengo ni chispa de cariño!»

EL DUQUE.

O bien: «Espero que la pasion venza al orgullo!»

DIANA.

Sin embargo, en los libros de caballería...

EL DUQUE.

Oh! las hadas que en los libros de caballería sirven de madrinas á las señoras hijas de Eva hacen que se las ame á primera vista; pero en el pobre mundo en que vivimos, la muger tiene que recurrir al poder de sus propios atractivos. Los vuestros son de buena ley; ejercitádos. Es un ensayo que no haréis sino una vez en la vida; hacédele en la confianza de que nadie es mas digno que mi hermano.

DUNIERES, entusiasmado.

Bravísimo!

DIANA.

Ah! estabais escuchando?... ¡esa es una maña muy fea, a á Dunieres!

DUNIERES.

Si, lo será; ¡pero no hay oídos que resistan á la tentacion de escuchar cosas tan buenas! (Se levanta y se dirige hácia el duque.) Duque, sois un hombre de provecho.

EL DUQUE.

Cuando yo os lo decia!

DUNIERES, á Diana.

Conque, vámonos, Diana? va anocheciendo, y... (Pedro entra con una lámpara encendida que coloca sobre el escritorio.)

DIANA.

Ha vuelto la señorita de Saint-Genéix?

PEDRO.

Si, señorita. (Cierra la ventana de la izquierda y sale por el fondo.)

DUNIERES.

Vámonos, que es tarde!

DIANA.

Pero esperád que recapitule. (Al duque.) Si avisarais que preparasen el carruaje?...

EL DUQUE.

Es decir que ya no me necesitáis. (Hace que sale y vuelve.) ¿Debo enganchar yo mismo los caballos?

DIANA.

Oh! no; son tan buenos, que se enganchan ellos solos. (Sale el duque por el fondo.)

ESCENA XIV

LA MARQUESA, DIANA, DUNIERES,
despues EL DUQUE y URBANO.

LA MARQUESA.

Y bien, querida mía, y esa gran recapitulacion?

DIANA.

Mañana os la diré. Es menester que hablé esta noche con mi madrina. ®

DUNIERES.

Ah! aun no habéis decidido?...

DIANA.

Si, estoy decidida á una cosa: á ser la hija de la mejor de las madres. (Abrazando á la marquesa.)

LA MARQUESA, besándola.

Ah! querida Diana!... (Entra el marqués por el fondo.)

DIANA, bajo.

Silencio! Hasta mañana.

URBANO.

Qué, os vais?

DUNIERES.

Sí. De donde venis tan sofocado?

URBANO.

Fui á buscar á mi hermano, por complacer á la señorita Diana, y por mas que he seguido la huella de... (Se dirige hácia la izquierda.)

DIANA.

No le habéis encontrado? No importa.

EL DUQUE, viniendo por la galería.

El carruaje de la señorita de Saintrailles está ya listo.

DIANA.

Buenas noches, señor marqués!

DUNIERES, á la marquesa.

No os molestéis en acompañarnos.

LA MARQUESA.

Tengo en ello gran placer. Venid, Cayetano.

URBANO.

Dispensádele, mamá; necesito decirle dos palabras. (Diana, la marquesa y Dunieres desaparecen por la galería.)

ESCENA XV

EL DUQUE, URBANO.

EL DUQUE.

Antes de escuchar lo que tienes que decirme, déjame darte la enhorabuena por...

URBANO.

Después; decidme primero...

EL DUQUE.

Decidme? es la segunda vez que me hablas así esta noche! Qué significa eso?

URBANO.

Significa que quiero saber vuestra resolución respecto á la señorita de Saint-Genex. Si hemos de continuar viviendo en familia, es menester que le deis vuestro nombre; ni mi madre, ni mi mujer pueden vivir bajo el mismo techo que vuestra... conquista.

EL DUQUE.

Por qué no dices mi querida?... en fin, te doy gracias en nombre de la señorita de Saint-Genex por ese pequeño miramiento! Urbano, tu estás loco!

URBANO.

Puede ser; pero necesito una resolución. Vos habéis dicho que al casarme me convierto en jefe de la familia: casaos también para conservar siquiera vuestros derechos de primogenitura en el aprecio público.

EL DUQUE.

Pues no vas muy de prisa! Conque he de casarme de sopetón, sin saber si agrado, si?...

URBANO.

Basta! no creais que me dejo engañar por esa grosera broma!

EL DUQUE.

Broma... y grosera? No comprendo!

URBANO.

Oh! comprendéis perfectamente.

EL DUQUE.

Cuando digo que no.

URBANO.

Yo os digo que sí!

EL DUQUE.

Me arrojáis un mentis al rostro?

URBANO.

Podéis tomarlo como queráis.

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Vamos, empiezo á ver claro y á creer lo que no creía: eso es que estáis celoso!

URBANO.

Celoso de vos?

EL DUQUE.

Si, celoso de mí. Estáis enamorado de la señorita de Saint-Ge-neix, mucho mas enamorado que yo, por lo que veo. (Se sienta en el sofá.)

URBANO.

Cosa que no es muy difícil. Esa ú otra ¿qué mas tiene para vosotros, sacerdotes del placer, que andáis siempre á caza de la diversion y de la variedad? Pero me amáis tanto, sois tan generoso, tan agradecido... que, si yo lo exigiera, hasta me cederiais vuestros derechos á ese corazón!... ¡Les tenéis tan poco apego! ¿Y á qué podéis tenerle vos, que habéis arruinado alegremente á vuestra madre y que, para indemnizarla, introducís en su casa el escándalo y el ridiculo? Ah! pero eso nada os importa!... á los ojos de vuestra amable corrupcion todo eso es juego de niños... fruslerías que no merecen la pena, y mi indignacion debe pareceros bien risible!... Y como soy yo el que está enamorado, no vacilariais en... Ah! vuestra generosidad de libertino es horrible, señor... duque! ella sumerje en el fango cuanto con vos se relaciona... vuestros proyectos, vuestras ideas... hasta vuestras miradas son una mancilla para la muger que las sufre; y si yo hubiese tenido la debilidad de amar á la que hace poco aludiais, habria dejado de amarla desde el instante en que hubiese recibido el ultraje de vuestros pensamientos! (Es de noche, y reina al exterior completa oscuridad.)

EL DUQUE, levantándose.

¡Por Cristo bendito, que sois capaz de agotar la paciencia de un camello! ¡Idos al diablo, señor pedante! Oh! los hipócritas de la virtud!... los santos que nos califican de miserables!... Pues bien! estos miserables son ménos dañinos que vosotros! porque si es verdad que derrochan el dinero ajeno, saben dar el alma y la vida en cambio de un beneficio!... Mientras que vosotros, reventando de orgullo en el pináculo de vuestra necedad, queréis que preven-

gan vuestros descos, que os adivinen, que os adoren como á semi-dioses. Y cuando una pobre muger no os hace caso, la convertís en objeto de vuestras sospechas, de vuestro odio! Si, aborrecéis á Carolina... y no son mis miradas ni mis pensamientos los que la mancillan, son vuestras palabras! Y ¿sabéis por qué la odiais?... Porque rie conmigo y bosteza á vuestro lado!... no se necesita mas para que habléis de echarla ignominiosamente de vuestra casa!... Pero yo tambien estóy en vuestra casa!... Oh! ¡si pudiese ántes de abandonarla arrojaros á la cara vuestros beneficios! Pero aun me queda algo... ese resto que me habiais salvado y que yo pensaba consagrar á mi madre. Guardád ese mérito para vos solo! Me haré artesano, mendigo, lacayo... si, lacayo ántes que sufrir ni un dia mas el disgusto y la vergüenza de tener nada que agradeceros! (Sale por el fondo, cerrando la puerta violentamente.)

ESCENA XVI

URBANO, solo.

Ah! esto es horrible!... hermano mio!... No sé donde estóy!... No veo... Y mi hijo!... (Se apoya sobre el respaldo del sofá.) Pero es que voy á morir?... Oh! me ahogo!... (Quiere abrir la ventana.) No puedo!... Aire, Dios mio, aire!... (Rompe un cristal de un puñetazo y cae desvanecido junto al sofá. Carolina entra precipitadamente por la puerta de la galería.)

ESCENA XVII

CAROLINA, URBANO, desmayado.

CAROLINA.

Qué pasa?... ese grito!... ese ruido! Ha sido aquí! (Viendo á Urbano.) ¡Él! (Le levanta enérgicamente, le coloca en el sofá y le alaja la corbata.) Oh! Dios mio, sangre! (Le estanca la sangre de la mano con el pañuelo.)

ESCENA XVIII

EL DUQUE, CAROLINA, URBANO.

EL DUQUE, entrando por el fondo.

Escucha, Urbano, esto es insoportable, absurdo!... (Viendo á Urbano.) Hermano mio!... Urbano!... (Colocándose junto al sofá.) Perdóname, no sé lo que he dicho!... Urbano!... (Horrorizado, interrogando á Carolina.) Dios mio! está?..

CAROLINA.

No, no, únicamente desmayado!... Aire! Abrid la ventana de par en par! Pronto!... un vaso de agua... Allí!... destapád ese frasco!

EL DUQUE, obedeciendo rápidamente.

Pero esa sangre?...

CAROLINA, vendándole la mano.

No es nada, una cortadura.

EL DUQUE.

Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

CAROLINA.

Nada por ahora, el médico dirá despues...

EL DUQUE.

El médico? Corro á buscarle. (Va hácia la puerta.)

CAROLINA.

Sí, sí, corré!

EL DUQUE.

Pero está lejos... y no hay caballos! no importa, iré á pié... Mientras...

CAROLINA.

Id, yo respondo de todo!... El corazon late mejor... la respiracion vuelve!

EL DUQUE.

Y si mi madre sabe?...

CAROLINA.

Que no sepa nada!

EL DUQUE.

Pero va á preguntar por vos!

CAROLINA.

Pasád por su cuarto, y tenéd serenidad. Decidla que estóy cansada.

EL DUQUE.

Ah! pod-mos contar con Pedro... voy á enviárosle.

CAROLINA.

Sí, sí, decidle que venga!

EL DUQUE.

Pero, vos..

CAROLINA.

No os cuidéis de mí.

EL DUQUE.

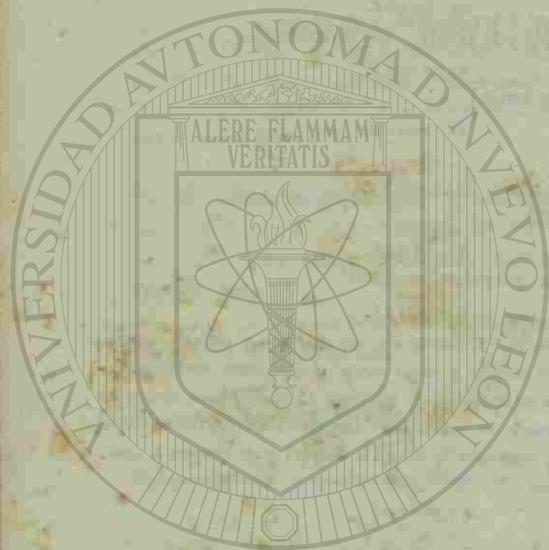
Ah! hermano mio! mi pobre hermano!

CAROLINA.

No perdáis tiempo, id! (El duque sale por el fondo y cierra la puerta. — Carolina desarrolla el biombo y medio oculta el sofá entre sus hojas. — Luego corre las cortinas de la ventana y, volviendo á donde Urbano, le toca las manos y la frente y escucha su respiracion.) Duérme! Oh! gracias, Dios mio! (Va al escritorio, amortigua la luz de la lámpara y se prepara á velar. Cae el telon lentamente.)

FIN DEL ACTO TERCERO

®



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto tercero.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, CAROLINA, URBANO.

Al levantarse el telón, Carolina aparece escribiendo á la luz de la lámpara. — Urbano duerme sobre el sofá. — Las cortinas de ámbas ventanas se hallan corridas y la habitación débilmente iluminada. — Al abrirse la puerta del fondo se ve entrar la claridad del día.

PEDRO, entra por el fondo, marchando con precaucion.

Duerme todavia?

CAROLINA.

Sí, está muy tranquilo.

PEDRO.

Y vos, señorita?... pronto hará ocho horas que estáis ahí sin dormir!

CAROLINA.

Ocho horas ya? He estado escribiendo, á mi hermana, á tu muger... Tú echarás las cartas al correo. (Se las da y se levanta.)

PEDRO.

Bien, señorita. Y os doy gracias por la de mi muger. (Se aleja hácia el fondo.) Pero, es menester que os vayáis á descansar.

CAROLINA.

No, quiero esperar que venga el médico.

PEDRO.

Me parece que lo que tiene el señor marques no es cosa de peligro.

Hace tres noches que no hace más que pasearse por su cuarto, y luego se lleva todo el santo día escribiendo... ¿qué ha de hacer sino ponerse malo con semejante vida?

CAROLINA, aproximándose al sofá.

Pedro... crees tú que tenga alguna pena?

PEDRO, con intención.

Si la tuviese, señorita, eso no debe interesar sino á las personas de su familia.

CAROLINA.
Es verdad, qué nos importa á nosotros? Ya sabes no hay que decir nada á su madre!

PEDRO.

Si, ya sé que la señora marquesa no es muy razonable.

CAROLINA.

Escucha!... me parece que andan en la galería.

PEDRO, yendo hácia la galería.

Ya hace un rato que también me parece haber oído...

CAROLINA.

Será el duque?

PEDRO.

No.

CAROLINA.

No importa; creo que debes salir á encontrarle; no quiero que le vean entrar aquí. (Al salir Pedro por el fondo encuentra al duque á la puerta y le habla en voz baja. — Carolina vuelve á sentarse cerca del escritorio.)

ESCENA II

CAROLINA, EL DUQUE, URBANO.

EL DUQUE, en voz baja.

Qué tal sigue?

CAROLINA.

No le despertéis; sigue muy bien.

EL DUQUE.

Oh! gracias, Dios mío!

CAROLINA.

Y el médico?

EL DUQUE.

Viaje inútil! El buen señor había salido á una consulta y no podrá venir hasta esta tarde.

CAROLINA.

Pues entonces me parece que va á encontrar al enfermo restablecido.

EL DUQUE.

Dios os oiga! Creéis que no sea cosa de gravedad?...

CAROLINA.

Creo, como Pedro, que la indisposición del señor marques es debida al cansancio.

EL DUQUE.

Como no sea alguna pesadumbre!

URBANO, con voz débil.

Cayetano!...

CAROLINA.

Ya se despierta.

EL DUQUE, pasando junto al sofá.

Aquí estoy! Cómo te sientes?

URBANO.

Bien. Pero... he dormido aquí? qué hora es? (Carolina abre las maderas de la ventana izquierda y el duque las de la derecha.)

EL DUQUE.

Ya es de día. (El teatro se ilumina.)

URBANO.

Pero... no comprendo cómo estoy...

EL DUQUE.

No trates de acordarte. Descansa todavía un rato.

URBANO.

No, me siento bien y... ahora me acuerdo... Pero, qué tengo en

la mano?... este pañuelo... No estabas solo conmigo?... Con quién hablabas hace un instante?

EL DUQUE.

Acabo de llegar, y preguntaba cómo seguías á la persona que ha pasado la noche velándote.

URBANO, agitado y queriendo levantarse.

Y quién es esa persona?... quiero saber...

CAROLINA, acercándose á Urbano.

No os molestéis, señor marques, esa persona soy yo. Al pasar anoche por la galería creí oiros llamar, entré, y, habiendooos encontrado medio desvanecido, os coloqué ahí lo mejor que pude. El señor duque fué á buscar al médico y no le halló. Descuidad, vuestra madre nada sabe, le hemos ocultado el accidente. Yo he escrito algunas cartas mientras dormiais; y como no habéis tenido fiebre en toda la noche, me parece que deberiais pensar en tomar alguna cosa. Ya veis que todo esto es bien sencillo, y que no debe causaros ninguna inquietud. (Sale por la galería llevándose la lámpara despues de haberla apagado.)

ESCENA III

URBANO, se levanta y la sigue; EL DUQUE.

EL DUQUE.

Y bien, nada le dices? no la detienes? así la dejas ir?

URBANO, arrojándose en sus brazos.

Ah! hermano mio!... cástate con ella!

EL DUQUE.

Casarme, cuando tú la amas?

URBANO.

Yo no he dicho jamas...

EL DUQUE.

No te defiendas! ese es el grito del amor que se sacrifica... Tú la amas, y yo debí haberlo comprendido ántes. Y no que sin sospecharlo, te exasperé... Perdóname, hermano mio!

URBANO.

Perdonarte, Cayetano?... cuando he sido yo el que con mi odiosa conducta... Pero estaba ciego, loco; no sabia lo que decia... Ah! soy bien desgraciado! (Se echa á llorar dejándose caer en una silla.)

EL DUQUE.

Vamos, vamos, no seas niño! Llorar como una muger, tú, tan animoso!

URBANO.

Déjame que lllore! hace tanto tiempo que ahogo mis lágrimas, que aparento serenidad!

EL DUQUE.

Bueno, llora, eso te aliviará; pero tratemos de entendernos y de hablar razonablemente. En primer lugar, sábeta que quien acompañó á Carolina ayer á dar un paseo fué Pedró. (Urbano se levanta.) Tú creiste que era una entrevista preparada por mi... Creiste un absurdo! Pero olvidemos eso! No quiero que vuelva á repetirse, y desde ahora te declaro que no siento ya ni pizca de amor ni maldita la gana de casarme con la señorita de Saint-Geneix.

URBANO.

Pero á qué viene ese sacrificio, puesto que te aseguro?...

EL DUQUE.

Otra te pego?... Para mi no hay sacrificio ninguno... con tal de que tú no padezcas, y de que nuestra amistad no sufra menoscabo. Y qué sacrificio valdrá el rato que me hiciste pasar á noche?... basta con uno!... si se repitiera creo que me volveria loco. Ademas, mi abnegacion no tiene gran mérito, puesto que Carolina ni siquiera la comprendido que me gustaba. Y luego, tú me lo has dicho y creo que tienes razon: yo no soy ni temerario ni inconsolable. Con la ayuda del cielo, y á poco que yo me esfuerce, ántes de ocho dias estaré quizas enamorado perdido de alguna otra beldad.

URBANO.

No, no, cástate con Carolina. Yo ahogaré en el fondo del alma estos celos vergonzosos y egoistas, yo reduciré mi amor á cenizas, y te juro que nunca llegará ni aun á sospecharle. Cástate con ella, y ámala siempre cual merece! Carolina es digna de llevar tu nombre;

ella rodeará á nuestra madre de tiernos cuidados y fijará tu porvenir. Cásate, Cayetano! en ninguna parte encontrarás una muger mas buena, mas cariñosa, mas instruida, mas inteligente, ni de una sencillez mas adorable.

EL DUQUE.

Y por eso la adoras, y por eso quieres que me case yo con ella!... Me gusta la insensatez! Mira, quieres que te diga una cosa? la observo desde ayer, y juraría que tambien ella te ama.

URBANO.

Ah! no, tú te engañas, Cayetano.

EL DUQUE.

Sin embargo, en Paris...

URBANO.

En Paris me tenía algun aprecio y nada mas; pero desde que estamos aquí me manifiesta un desvío!... una indiferencia!...

EL DUQUE.

Más en mi abono! eso es que ha conocido tu amor y, como tiene altiv z y nobleza, ha querido obligarte á dirigir tus miras hácia la señorita de Santrailles.

URBANO, con viveza.

Oh! si fuese cierto!...

PEDRO, entrando por el fondo.

El señor conde de Dunieres está en el salon y desea hablar con el señor duque.

EL DUQUE.

Diablo! y cómo madruga! (A Pedro.) Dile que allá voy. (Pedro sale por el fondo.) Chico, estos no se duermen, ya ves como se dan prisa. (Hace que sale y vuelve.) ¿Sabes que te envidio y que no me daría cuidado estar en tu lugar? Querido á la vez de dos muchachas como dos perlas! Lo malo es que no puedas casarte con las dos... á ménos que no te vayas á Turquía! ¿Qué quieres que responda á ese buen Dunieres?

URBANO.

Dile... que no puedo casarme con su pupila, porque mi corazon no me pertenece.

EL DUQUE.

Acabáramos! Pero ¿se lo he de decir asi, de repente? es imposible!

URBANO.

Pues bien, arréglalo como te parezca, y, si insiste, yo mismo iré á hablarle.

EL DUQUE.

Sin embargo, reflexiónalo...

URBANO, viendo aproximarse á Carolina.

Lo he reflexionado; anda, ve. (Sale el duque por el fondo.)

ESCENA IV

CAROLINA, URBANO.

CAROLINA, entrando por la galería.

Y bien, señor marques, y vuestro desayuno?...

URBANO.

Y vos, no pensáis en descansar un rato?

CAROLINA.

Por una noche pasada en vela tranquilamente? Eso no es nada, señor marques. He pasado tantas peores!

URBANO.

Entónces, ¿es que no queréis que os dé las gracias?

CAROLINA.

Las gracias... de qué?

URBANO.

De lo que sin duda hubierais hecho por otro cualquiera, por el mas extraño... Ya sé que sois caritativa y bondadosa, y por eso os...

CAROLINA.

Pedro os espera para servirlos el desayuno... (Hace ademán de salir.)

URBANO.

Quedaos, señorita, yo os lo suplico! Tengo que hablaros de cosas muy formales!

CAROLINA, volviendo hácia el proscenio

En ese caso, espero las órdenes del señor marques.

URBANO.

Oh! no me habléis así, ese tono me hace daño! Carolina, desde hace algun tiempo, he sido con vos severo, casi impolitico...

CAROLINA.

No lo he echado de ver, señor marques.

URBANO.

Eso es decirme que me pardonáis mi aspereza.

CAROLINA.

Os aseguro que no conservo ni el menor recuerdo.

URBANO.

Al trataros así he sido bien ingrato! porque os debo las únicas horas de ventura que he conocido en mi triste vida. Vuestra presencia, en la dulce intimidad que nos reunia en Paris al lado de mi madre, abrió á mi alma nuevos horizontes y me hizo experimentar un nuevo sentimiento, la confianza en mi mismo. En aquellas apacibles conferencias, la elevacion de vuestro talento y la rectitud de vuestro espíritu iluminaban el mio. Imposible me hubiera sido no experimentar por vos, por vos que me abriais las puertas de una nueva vida, un profundo reconocimiento, una respetuosa y tierna amistad. Despues, mi estado enfermizo, agriando mi carácter, me ha hecho ménos expansivo. Vos me perdonáis mi mal humor, mi severidad... pero, concedédme ese perdon en voz alta, Carolina. Ah! no dejéis sobre mi conciencia el remordimiento de haber podido lastimar un corazon tan generoso como el vuestro, de haber desconocido la grandeza de vuestra alma!... He sido muy culpable con vos... Dejád que me acuse y que os ofrezca la reparacion debida!

CAROLINA, pasando á la derecha.

De nada tenéis que acusaros, señor marques; si alguna vez me habéis juzgado mal, figuraos que ya no me acuerdo. Bien mirado, el asunto no es tan grave, y podéis creer que, para consolarme, me he dicho á mi misma cuanto debia decirme.

URBANO.

Y os habéis dicho?...

CAROLINA.

Que en resumidas cuentas yo no era aquí sino una estraña á quien, dor via de adelante, se le habia concedido una parte del aprecio y de la confianza que deberia justificar con el tiempo.

URBANO.

Vos, Carolina!... vos una estraña!...

CAROLINA.

O, si queréis mejor, una buena enfermera que aun tiene que agradeceros, puesto que sois un enfermo juicioso y demasiado reconocido. (Se dirige hácia el fondo.)

URBANO, fuera de sí.

Carolina, escuchád!... es preciso que me escuchéis!

CAROLINA, dominándose.

No, necesitáis tranquilizaros, y yo... necesito reposar, puesto que así lo exigis. (Hace ademán de salir.)

EL DUQUE, desde fuera.

Urbano! Urbano!

ESCENA V

CAROLINA, EL DUQUE, URBANO.

EL DUQUE, entra por el fondo y hace volver á Carolina.

Que es eso? estamos de monos? despedida tenemos? Pues á buen tiempo! Vamos! no seais chiquillos, ni filósofos sin fe! Oid: se necesitaba un milagro para reunirnos? Pues... victoria! el milagro está hecho!

CAROLINA.

Señor duque...

EL DUQUE.

Permitid, señorita, no sois vos quien tiene la palabra.

URBANO.

Pero, di pronto!

EL DUQUE.

Allá voy... déjame tomar aliento, déjame brincar de alegría!... No te impacientes! Oye la noticia mas estupenda, mas anómala, mas... Dumieres está ahí con su pupila y con mi madre, y mi madre está medio loca de asombro y de contento!

URBANO.

Acaba! por qué ese asombro?

EL DUQUE.

Conque no comprendes?...

URBANO.

Ni una palabra.

EL DUQUE.

Soy yo!... yo!

URBANO.

Tú eres?...

EL DUQUE.

Sí, el elegido! yo soy el Benjamin, el que agrada, el que la ha flechado! y á mi, al donador de la muñeca, es á quien ama... y yo soy quien se casa con la señorita de Saintrailles!

URBANO, radiante de alegría.

Ah! hermano mio, qué dichoso me haces!

EL DUQUE.

Pues y yo, lo soy poco? Diablura como ella! Me voy persuadiendo que nací de pié. Para el pícaro que crea luego en la justicia distributiva! Yo, arruinado, medio viejo, medio... (Se levanta.) Quién dice eso? quién dice que yo soy viejo? No señor! soy jóven, rozagante, listo, deslumbrador! Y por mas que me disfrace, por mas que me oculte y me meta en mi rincón, no sé qué diablos hay en mí que todo me sale á pedir de boca! Y si no, despues de lo que he derrochado, encuentro sin saber cómo una jóven encantadora, en la flor de la juventud, con un alma pura y generosa y con un gran dote que realza las calidades de su alma, puesto que le emplea en salvarme el honor!

URBANO.

Cómo es eso?

EL DUQUE.

Qué, no lo adivinas, carísimo y magnánimo acreedor? (Movimiento de Urbano.) Oh! no hay escapatoria! mi honor es el de mi muger, y tanto, que Diana queria pagar tambien lo que debo á mamá; pero no se lo permite. Querida mamá! Oh! que espléndida existencia que vamos á pasar los tres!... Y tú, que querias sacrificarte! Empieza tambien á ser dichoso. Señorita de Saint-Geneix, en esta casa todo el mundo os respeta y os ama; para llegar á ser verdaderamente hija de mi madre no os falta sino que os caséis con su hijo, y sabéd, mi querida hermana, que su hijo os adora. Conque pronuciád una palabra, dadle la mano y así quedarán listos en un cuarto de hora un par de casamientos.

CAROLINA.

Hay un inconveniente: yo... yo no acepto!

EL DUQUE.

Cómo?

URBANO.

Ah! lo ves, Cayetano?... La culpa es mia, no he sabido hacerme amar!

CAROLINA, fuera de sí.

Que no ha sabido!... (Reprimiéndose.) No! esto es sueño! Vos no me amáis, no debéis amarme!

EL DUQUE.

Señorita de Saint-Geneix, no mintáis por la primera vez de vuestra vida. Yo he podido estar ciego y no conocerlo; pero una muger no se engaña hasta ese extremo. Quizas no hayáis querido ver la pasión de mi hermano, porque una muger pura como vos resiste por mucho tiempo á la evidencia; pero, á pesar vuestro, debéis haber respirado su amor hasta en la atmósfera que os rodeaba: ahora que ya no hay obstáculos entre vosotros, abrid los ojos á la luz y dejád hablar á vuestro corazón.

CAROLINA.

Pero, os juro...

URBANO.

Lo ves?... no me ama!

EL DUQUE.

Pues bien, si todavía no te ama, ella te amará, qué diablo! es preciso que te ame, debe amarte!

URBANO.

Cayetano!

EL DUQUE.

Déjame hablar! quiero decirlo todo! Carolina tiene al ménos inmensa amistad por mi madre; también la tendrá por... por ese pobre que todavía no conoce, por tu hijo!

CAROLINA, aproximándose.

Su hijo!

URBANO, al duque.

Si! hablele de mi hijo, díselo todo!

EL DUQUE.

Pues ya se ve que lo diré, y en cuatro palabras; la historia es bien sencilla: figuraos un casamiento secreto, tres años de viudez y un chico hermosísimo, un pobre huérfano que ahora podréis adoptar y del cual llegaréis á ser la madre. Ya veis que el asunto no puede ser más á propósito para vos que consagrais vuestra vida á la felicidad ajena.

CAROLINA, casi convencida, se echa á llorar y se deja caer en una silla —

El duque pasa á la derecha.

Ah! Dios mío!

URBANO.

Carolina! en nombre de mi hijo! Por él, ya que no lo hagáis por mí! Por piedad, ya que no lo hagáis por amor!

CAROLINA.

Oh! callad!... ¿no conocéis que me estáis matando?... ¡Es imposible, imposible!

URBANO.

Carolina, sin vos no hay para mí consuelo ni ventura... ¡no cerréis las puertas del porvenir! Oh! vos no sabéis cuanto hay en mí de aspiraciones devoradoras y de amargos desfallecimientos... de miserables faltas y de sinceras espiações, de sacrificios y de exigencias, de bien y de mal! Yo no sé mentir, no quiero engañaros ni

inspiraros una mentida confianza: he amado una vez, ántes de conoceros, ¡y con un amor tan mal empleado! Quizas la culpa no fué completamente mia; pero no trato de atenuar mi falta. Aun queda en este corazón, si sabéis apreciarle, si queréis emprender su cura, bastante amor para haceros dichosa, y sin embargo, apenas me atrevo á deciros que vuestra felicidad será la única ambición, el único objeto de mi vida. Oh! ¡habládmme, no dejéis que me desespere, porque desde ayer me siento morir!... Me falta aire que respirar, falta luz á mis ojos. Comprendo que os he ofendido, á vos á quien adoro, y se me figura que no soy digno de vivir. Ah! si me aborrecéis, valia mas que me hubieseis dejado morir anoche!

CAROLINA.

Aborrecerle yo!... Ah! ¿por qué dirigis palabras tan crueles á un alma desgarrada? ¡Cuán amarga es vuestra afección y cuán difícil es no exasperarla! ¡Tan poca compasión os inspiro que no teméis hacerme tanto daño?...

EL DUQUE.

Pero le amáis?

URBANO.

Ah! decidmelo!

EL DUQUE.

Sí, decidlo!

URBANO.

¡Una palabra por piedad, Carolina!

CAROLINA, al duque.

Pues bien... si quiere que le ame como lo exige... que me pruebe que lo merece! que no sea egoísta, que no elija á una muger que su madre no aceptaría nunca sino sacrificándose por él.

URBANO.

Mi madre...

CAROLINA, levantándose.

Señor de Villemér, no seamos niños, no nos hagamos ilusiones. La marquesa de Villemér no podrá nunca olvidar que ha pagado mis servicios. Separémonos hoy para no volver á vernos. Sé que os acordaréis de mí, que tal vez sufriréis; pero despues de vuestra confesion y de lo que me habéis obligado á responderos, nuestro deber

es separarnos. Un consuelo nos queda: tenéis un hijo, confiádmelo. Yo sabré educarle é instruirle. Iré á establecerme en el país en donde vive, vos le veréis con frecuencia, aunque sin verme á mi; tendré por él todo el amor que no debo tener por vos, y cuando os le devuelva podremos estrecharnos la mano sin una sombra de remordimiento; podremos decirnos que merecíamos haber sido dichosos, pero que preferimos el deber á la felicidad, la amistad pura y tranquila á la pasión que atormenta y asesina el alma. (Se deja caer en una silla.)

EL DUQUE.

Todo eso, querida Carolina, es muy sincero, muy bueno, muy sublime... pero impracticable! Cómo! ¿queréis que pasen años sin veros, conservando vos ese niño, teniendo ese lazo de union entre vosotros? Estáis delirando! Y vuestra reputacion, infeliz?

CAROLINA, levantándose.

Señor duque, mi reputacion me pertenece, puesto que he sabido conservarla intacta, y tengo derecho de sacrificarla.

EL DUQUE.

Ya ves que te ama! su generosidad te lo prueba. Pero, no veis que haciendo por él ese sacrificio acabaríais de enloquecerle? Vamos, seamos razonables, Carolina! vos sois una santa; pero no sabéis á donde conducen á los grandes corazones las empresas demasiado sublimes: no quiero que ni vos ni él, pudiendo ser honrados y dichosos á la luz del dia, tengáis que llorar... y tal vez que ruborizaros en la sombra. ¿Qué es menester para que os caséis con mi hermano? Una cosa bien sencilla: que mi madre os abra los brazos y os diga: «¡Hazlo, hija mia, yo te le suplico!» Pues bien, va á deciroslo y no tardará mucho; precisamente viene aquí con mi querida novia que me ayudará á persuadirlos á entrámbas.

ESCENA VI

CAROLINA, LA MARQUESA, DIANA, EL DUQUE,
URBANO.

LA MARQUESA, entra por la galería dando el brazo á Diana.

¿Conque es preciso que vengamos á buscaros, hijos míos? Ah!

habéis anunciado á Carolina?... ¿No es verdad, hija mia, que participáis de nuestra ventura? (Abrazándola)

EL DUQUE, á Carolina.

Ya lo veis!

CAROLINA.

Señora!... (Va á hablar y el duque la detiene.)

EL DUQUE.

Señorita Diana, vos que hacéis aquí el papel de maga ayudádnos á operar otro milagro... y empezád por llevaros á la señorita Carolina mientras decimos á mamá cierta cosa que luego os comunicaré. (Al oído.) Oh! es una gran cosa que se realizará como vos os empeñéis!

DIANA.

Una cosa formal... y dicha por vos? Si fuera por vuestro hermano, enhorabuena! Pero vos... que sois mas niño que yo!...

EL DUQUE.

Oh! no me digáis eso, ahora que necesito revestirme de toda mi gravedad. (Lleva á la marquesa hácia la izquierda.)

DIANA, tendiendo la mano al marques.

Señor Urbano, os prevengo que no soy ciega... y que podéis contar conmigo! Vamos, Carolina.

CAROLINA.

Pero...

EL DUQUE.

Oh! no hay pero que valga! Ahora mando yo. (Conduce á Carolina y á Diana y cierra la puerta del fondo.)

ESCENA VII

LA MARQUESA, EL DUQUE, URBANO.

EL DUQUE, colocando una silla cerca del sofá.

Siéntate ahí. (Urbano se sienta. — El duque saluda gravemente á su madre, la cual se echa á reir, y la ofrece el brazo.) No os riáis, mamá! qué

la cosa es muy seria! (La hace sentar en el sofá, pone un cojin á sus piés y se arrodilla delante de ella.)

LA MARQUESA.

Loco!

EL DUQUE.

Querida mamá, ya adivinaréis, al vernos á los dos á vuestros piés, que tenemos alguna enormidad que confesaros.

LA MARQUESA, mirando á Urbano.

Ambos á dos?

EL DUQUE.

Sí, primero yo... iremos por turno. Antes de ayer... ayer mismo, estaba yo enamorado, pero furiosamente enamorado, de la señorita de Saint-Geneix, y en visperas de pedirlo permiso para decirselo.

LA MARQUESA.

Ah!... pero supongo que no se lo habrás dicho!

EL DUQUE.

Casi empecé; pero no me comprendió y es lo mismo que si no hubiera empezado.

LA MARQUESA.

Y despues?

EL DUQUE.

Despues... es decir, ántes, muchísimo ántes, porque la cosa empezó desde el día en que Carolina entró en casa, mi señor hermano, que veis aquí tan calladito, y que os aprieta la mano tan cariñosamente, estaba tan enamorado de eita como yo... qué digo como yo? muchísimo más!

LA MARQUESA.

Eh? qué has dicho?...

EL DUQUE.

Digo que desde el día en que Carolina...

LA MARQUESA.

Tú tambien, Urbano?

URBANO.

Sí, madre mia!

EL DUQUE.

Qué queréis? no podia suceder otra cosa! Si hubierais temido diez hijos, los diez se enamoran de la señorita de Saint-Geneix, y los diez estariamos aqui de rodillas, alrededor vuestro y por orden de edad... Cómo es que no previstéis este caso?

LA MARQUESA.

Es verdad! debí preverle; pero... ella no sabe nada?

EL DUQUE.

Lo sabe todo, mamá!

LA MARQUESA, levantándose.

Cómo!

EL DUQUE.

Como que acabo yo de decirselo, hace un instante.

LA MARQUESA, á Urbano.

Pero tenéis intencion de casaros con ella?

EL DUQUE.

La tiene, mamá! No la tuve yo?

URBANO, levantándose.

Y qué otra intencion pudiera tener respecto á una muger á quien amo y venero?

LA MARQUESA, pasando á la izquierda.

Es verdad. Dios mio! cuando mas contenta estaba, vienen estos hijos á darme una pesadumbre!

EL DUQUE.

Por qué? Al contrario, una alegría mas. Vos misma deciais que no podriais vivir sin Carolina. Pues bien, ya sabéis la manera de conservarla siempre.

LA MARQUESA.

No se trata ahora de mí (colocándose entre ellos), sino de vuestro hermano que debe contraer un enlace mas ventajoso, un casamiento igual al vuestro.

EL DUQUE.

Querida mamá, mi hermano debe contraer un matrimonio que le impida ser desgraciado, que aleje la tristeza y los padecimientos que

le minan lentamente desde hace tres años. (Urbano hace señas al duque de no inquietar á su madre.)

LA MARQUESA, asustada, yendo hácia Urbano.

Tú sufres?... padeces, Urbano? Ah! estaba segura de ello!

URBANO.

No, mamá... moralmente, sí, lo confieso; pero todo concluirá si conseguís que Carolina consienta en participar de mi destino.

LA MARQUESA.

Que yo consiga... De modo que se resiste?... que comprende?...

URBANO.

Sí, comprende que debéis tener ciertas ideas... que yo no trato de modificar, que nunca he lastimado ni discutido, porque, cualesquiera que sean las mías, todo cuanto os pertenece es para mí sagrado. Así es que no defiendo una causa delante de vos, sino que pido á vuestro amor que haga por mí un gran sacrificio.

LA MARQUESA.

Y sabes lo que me pides, Urbano?

EL DUQUE.

Un sacrificio que ámbos exageráis. Querida mamá, en este asunto no debéis razonar, sino recurrir á vuestra memoria.

LA MARQUESA.

Y de qué he de acordarme?

EL DUQUE.

De cuando erais jóvenes. (Movimiento de la marquesa.) Oh! ¿creéis que no conozco la historia de vuestros floridos años? Hay cosas que los hijos no olvidan nunca, porque se graban en el corazón. Me acuerdo que mis nobles parientes, encopetados hidalgos que descendían por línea recta del Cid Campeador, no encontraban en el marques de Villemer bastantes títulos para ser mi padrastro. Y sin embargo, él fué el único padre que yo conocí y él os hizo la más dichosa de las mugeres. Pues bien, supongamos que entre sus ascendientes hubiese habido tres á cuatro generales de ménos y un magistrado de más: — ¿habría sido por eso vuestro matrimonio ménos feliz, vuestra dicha ménos pura? No por cierto; y permitidme decirlo que habríais amado de igual manera á aquel hombre digno

de vos y contraído ese enlace, al cual debo los días más venturosos de mi vida y el mejor de los hermanos.

LA MARQUESA, enjugando las lágrimas.

Conque es decir que adora á Carolina? (A Urbano.) y que solo ella puede hacerte dichoso?

URBANO.

Sí, madre mía, y si he tenido la felicidad de darte algunas pruebas de cariño...

LA MARQUESA.

Me has dado tantas! Pero te ama ella?

URBANO.

Ah! no lo sé!

LA MARQUESA, pasando á la izquierda.

Ve á buscarla.

URBANO.

Y la diréis?...

LA MARQUESA.

Que si no te ama está loca! (Urbano arroja un grito de alegría, abraza á su madre y sale por el fondo.)

ESCENA VIII

LA MARQUESA, EL DUQUE, despues LEONCIA

EL DUQUE.

Y yo?

LA MARQUESA.

Tú?... tienes una lengua, una memoria y una audacia!... Anda, que eres el diablo!... Pero un buen diablo! (Le abraza. — Leoncia entra por la galería.)

EL DUQUE.

Gracias, mamá.

LEONCIA.

Cometo alguna indiscrecion? (La marquesa pasa á la izquierda.)

EL DUQUE, yendo hácia ella.

Por esta vez, no. (Movimiento de reconvencion en la marquesa.) Dispensád, quise decir que no las cometeis nunca! Baronesa, sin duda sa béis lo que pasa y venis á darme la enhorabuena?

LEONCIA.

No! (Movimiento en el duque.) Dispensád, quise decir sí.

EL DUQUE.

Ya! fué un lapsus...

LEONCIA.

Como el vuestro. (Yendo hácia la marquesa.) Querida marquesa, vengo á deciros adios. Ya sabéis que me esperan en Baden, y por mas que sienta dejaros, tendré que marchar en cuanto llegue la silla de posta...

EL DUQUE.

De veras? Ah! lo siento! Ya iba acostumbrándome á veros aquí.

LEONCIA.

Y yo á oiros.

EL DUQUE.

Diablo! y cómo vais á privaros de ese placer?

LEONCIA.

Oír á los demas.

EL DUQUE.

A los demas... charlatanes?

LEONCIA.

A no importa quién. A todos los que sepan decir las lindezas que el señor duque prodiga con tanta profusion.

EL DUQUE.

Oh! decid eso con un tonillo!... Baronesa, cualquiera diria que la noticia de mi ventura hace daño á vuestros nervios.

LEONCIA.

Vuestra ventura?... Oh! yo no creo en ella.

LA MARQUESA.

No es verdad que es increíble?... ¿no es verdad que parece un sueño?

EL DUQUE.

Sueño que para la baronesa tiene honores de pesadilla, puesto que me habia profetizado un fin... como el de D. Juan. Qué injusto del e parecerle el cielo! Vamos, mamá, para vengarme de los discursos laudatorios de mi pobre individuo que esta buena Leoncia os dirige... cuando dormis, decidla que soy un hombre perfecto, adorable...

LEONCIA.

Tenéid cuidado, señor duque! No desperdiciéis inútilmente las flores de vuestro ingenio, pues ya sabéis que los hombres en visperas de establecerse deben empezar á ser económicos... hasta de flores!

EL DUQUE.

Puesto que vos nos abandonáis, de ningunas necesito. Conque tendré el placer... quiero decir, el profundo pesar de acompañaros hasta el carruaje? (Se dirige á la puerta.)

LA MARQUESA.

A dónde vas?

EL DUQUE.

A decir á Diana... ya sabéis! (Sale por el fondo.)

ESCENA IX

LEONCIA, LA MARQUESA.

LA MARQUESA.

Por qué os hacéis la guerra de ese modo? Eso es ridiculo, baronesa, y, por vuestra parte, no parece sino que tenéis algun motivo de despecho. Os ha cortejado alguna vez el duque? Nunca me he apercibido de ello.

LEONCIA.

A mí? no lo hubiera tolerado.

LA MARQUESA, sonriendo.

Oh!

LEONCIA.

Porque, ante todo, quiero que el objeto de mi eleccion merezca mi aprecio.

LA MARQUESA.

Señora baronesa, me parece que lleváis las cosas demasiado léjos.

LEONCIA.

Por eso me voy.

LA MARQUESA.

Y os vais incomodada?... y por qué? En fin, el duque me lo dirá.

LEONCIA.

Es que el duque os lo dice todo?

LA MARQUESA.

Todo lo que puede decir á su madre.

LEONCIA.

Es un buen hijo.

LA MARQUESA, sentándose en el sofá.

Por tal le tengo. Vamos, baronesa, confesad que hay aqui alguno de quien estais celosa.

LEONCIA, riendo y sentándose en una silla cerca del sofá.

Celosa yo?... Y de quien, Dios mio? De la señorita de Saintrailles ó de Carolina?

LA MARQUESA.

Queréis decirme á que fin sacáis á plaza á la pobre Carolina?

LEONCIA.

Yo me figuraba que el duque os lo decia todo!

LA MARQUESA.

Y bien?

LEONCIA.

Y que por consiguiente sabiais que el duque ama á Carolina.

LA MARQUESA, despues de un momento de vacilacion.

Sé en efecto que el duque ha estado enamorado de la señorita de Saint-Genex; hace poco me lo decia.

LEONCIA.

Ah!

LA MARQUESA.

Si, y hasta añadió que habia tenido la formal intencion de casarse con ella.

LEONCIA.

Y por qué se casa con otra?

LA MARQUESA.

Porque Carolina le quitó toda esperanza.

LEONCIA.

Ya! y sin duda esa esperanza era la que el duque trataba de reconquistar anoche!

LA MARQUESA, sorprendida, pero conteniéndose.

Anoche?

LEONCIA.

Si, el duque pasó la noche conversando á solas con Carolina... tal vez con la esperanza de vencer su obstinada resistencia.

LA MARQUESA, con frialdad.

Cómo sabeis eso?

LEONCIA.

Pero, vos lo ignorabais?

LA MARQUESA, severamente.

Os pregunto que cómo lo sabéis.

LEONCIA.

Muy sencillamente. Las puertas interiores han estado toda la noche entreabiertas. Inquieta por Carolina, y creyendo que se hallaba algo mala, fui á buscarla; y sin querer supe que estaba aquí, encerrada en esta misma habitacion, hablando en voz baja con alguien. En cuanto al duque, no entró en su cuarto sino despues de amanecer.

LA MARQUESA.

Quién le vió?

LEONCIA.

Yo, y Pedro tambien, si ha querido verle.

LA MARQUESA.

Sois capaz de jurar lo que decís?

LEONCIA.

Os lo juro.

LA MARQUESA, levantándose y pasando á la izquierda.

Está bien, baronesa. Al interrogaros, he querido asegurarme de una cosa que á la verdad me causa pena; y es, que empleais todos medios imaginables para apoderaros de los secretos que no se os comunican.

LEONCIA, levantándose.

Fué la casualidad la que...

LA MARQUESA.

Muchas casualidades como esa justificarian lo que dicen de vos.

LEONCIA.

Nadie puede echarme en cara una mentira.

LA MARQUESA.

Justo! y por eso precisamente es por lo que dicen que sois temible.

LEONCIA.

Pero, en fin...

PEDRO, entrando por el fondo.

La señorita de Saint-Genéix pregunta si la señora marquesa está sola.

LA MARQUESA.

Suplicádla que espere un momento. (Sale Pedro, despues de haber retirado la silla que estaba junto al sofá.) En fin, baronesa, me obligáis á deciros que si el duque imploraba anoche á Carolina, probablemente no era por él, sino por...

LEONCIA.

Por quién? por su hermano?

LA MARQUESA.

Yo no he dicho eso. Lo que digo es que acrimináis...

LEONCIA.

No, señora, yo á nadie acuso; pero tengo el convencimiento de que Carolina ama el duque en secreto, y de que el duque no se casará con ninguna otra.

LA MARQUESA.

En cuanto á eso... es muy posible; pero voy á saberlo inmediatamente. (Tira del llamador.)

LEONCIA.

Espero que me dispenséis...

LA MARQUESA, sentándose á la izquierda.

Dispensaros?... de qué? Ah! de la casualidad! Ya os he dicho las consecuencias que pueden deducirse. Adios, baronesa! (Carolina entra por el fondo.)

LEONCIA.

Adios, señora marquesa. (Se dirige hácia la puerta y dice al cruzarse con Carolina.) Vamos, sé franca, y suceda lo que quiera, cuenta conmigo. (Sale por el fondo.)

ESCENA X

LA MARQUESA, sentada á la izquierda; CAROLINA.

CAROLINA.

Señora marquesa...

LA MARQUESA.

Y bien, señorita, hablád...

CAROLINA.

Soy yo quien debe hablar la primera, señora?

LA MARQUESA.

Yo creo que sí.

CAROLINA.

Yo no lo creía! La señora marquesa debe comprender que en este momento me hallo sometida á una penosa y delicada prueba.

LA MARQUESA.

No hay prueba ninguna que sea penosa cuando las personas son sinceras. Mi hijo el marques me ha pedido permiso para ofreceros su nombre, y he querido, ante todo, saber si le amáis verdaderamente. ®

CAROLINA.

Y si le amase, ¿aprobariais el que se lo hubiese dicho?

LA MARQUESA.

No; pero hubierais podido decirselo á su hermano que os lo ha preguntado con alguna insistencia.

CAROLINA.

No creía que el duque guardase el secreto sin confiársele al marques.

LA MARQUESA.

Sin embargo, sé que os inspira mucha confianza.

CAROLINA.

Sí, pero no respecto á eso.

LA MARQUESA.

Me causas admiración, Carolina! ¿No estuvo el duque suplicandoos... anoche?...

CAROLINA.

No, señora, yo anoche no sabía nada. Fué esta mañana cuando el señor duque me reveló las intenciones del señor marques.

LA MARQUESA.

Ah! yo creía que anoche habíais estado algo... preocupada! Cómo es que no vinisteis á mi cuarto? Me mandasteis á decir que estabais indispueta...

CAROLINA.

Sí, señora, me sentía un poco mal.

LA MARQUESA.

Pues es menester que os cuidéis. Apuesto á que hicisteis el disparate de acostaros tarde?...

CAROLINA.

Tuve que escribir algunas cartas.

LA MARQUESA.

Y trabajasteis en vuestro cuarto?

CAROLINA.

No, señora, escribi aquí.

LA MARQUESA.

Aquí? Y por qué?

CAROLINA, turbada.

No sé!... estaba aquí...

LA MARQUESA.

Y escribisteis durante mucho tiempo?

CAROLINA.

Creo que sí.

LA MARQUESA.

Tal vez hasta el día?

CAROLINA.

No sería la primera vez: trabajando se olvida una...

LA MARQUESA, levantándose y pasando á la derecha.

Pues es preciso no olvidarse! ¿Nada tenéis que decirme respecto á las reflexiones, á las incertidumbres de esa larga velada? Pensabais en el marques?

CAROLINA.

Dios mio, ¿por qué me hacéis sufrir este interrogatorio? La conciencia es un santuario que no pertenece sino á Dios y ni aun él nos pide cuenta de aquellos pensamientos en que no nos detenemos. Preguntádmme sobre los actos de mi voluntad y os responderé. Sin duda teméis que yo haya animado proyectos contrarios á vuestras intenciones; pero os aseguro, señora, que no tengo que reconvenirme por semejante cosa, y me permito creer que debe bastaros esta afirmación.

LA MARQUESA.

Sí, me basta; pero es necesario justificar mi aprecio; es necesario quitar al marques toda esperanza. Si él olvida lo que debe al mundo y los deberes que su rango le impone, comprenderéis que al ménos tiene derecho á una gran pasión por premio á su sacrificio; y puesto que vos no participáis de la suya, y que de seguro no obedecéis á ninguna ambición bastarda, no debéis vacilar; decidle...

CAROLINA.

Como se trata de mi dignidad, os suplico, señora marquesa, que dejéis los medios á mi elección. Ante todo, debo abandonar vuestra casa.

LA MARQUESA.

Y á qué fin? Urbano os seguirá.

CAROLINA, con severidad.

Sería faltarme al respeto, y ni lo merezco ni he dado motivo para ello.

LA MARQUESA.

La pasión no razona. (Pasa á la izquierda.) Mejor es desanimarle ántes, conduciéndose enérgicamente. Decidle que amáis á otro.

CAROLINA.

Yo no sé mentir!

LA MARQUESA.

Mentir!... Carolina, veo que no tenéis confianza en mí : hacéis mal.

CAROLINA.

No os comprendo, señora.

LA MARQUESA.

Y yo os comprendo aun ménos. No amáis al marques, y, sin embargo, no queréis que lo sepa. Eso es falta de franqueza!

CAROLINA, indignada.

Ah! bien sabía yo que al fin se me acusaría de alguna intención villana!

LA MARQUESA.

Pues bien, probádnos que tal suposición sería una injusticia.

CAROLINA.

Conque es menester que yo pruebe... Ah! comprendo, señora! Queréis que sea yo, únicamente yo, quien hiera al marques, no es cierto? Pues bien, decidse lo, decid á vuestros dos hijos que nunca les perdonaré la indigna posición en que me colocan respecto á vos.

LA MARQUESA.

Señorita de Saint-Geneix, tengo derecho de leer en el fondo de vuestro corazón. Aun puedo interesarme por vos, protegeros... tal vez satisfaceros.

CAROLINA.

Guardad vuestros beneficios!... yo nada os pido.

LA MARQUESA.

Ah!... Basta, señorita! quiero conocer vuestros verdaderos sentimientos, y los conoceré. (Tira de la campanilla.) Id á esperarme á mi cuarto. Espero que no me negaréis este acto de sumisión.

CAROLINA.

Que será el último. (Entra Pedro. Carolina le habla en voz baja y sale por la puerta de la galería.)

LA MARQUESA, pasando á la derecha.

Suplicad al señor duque que venga á verme en seguida.

PEDRO.

Aqui viene el señor marques.

LA MARQUESA.

No importa! hacéd lo que os mando! (Entra Urbano. — Pedro sale por la galería.)

ESCENA XI

URBANO, LA MARQUESA.

URBANO.

En dónde está Carolina, mamá?

LA MARQUESA.

Esperándome en mi cuarto.

URBANO.

Habéis conseguido decidirla?...

LA MARQUESA.

No.

URBANO.

Ah! no siente nada por mí!... nada!

LA MARQUESA.

Calmáos, hijo mio...

URBANO, con exaltación.

Oh! no puedo!... Quiero volver á hablarle!

LA MARQUESA.

No! dejadle tiempo de interrogar su conciencia... Esperad á mañana. Vamos, no hagáis que se entere todo el mundo. Vos, tan animoso, tan... estáis llorando... y por una muger!

LA MARQUESA.

La pasión no razona. (Pasa á la izquierda.) Mejor es desanimarle ántes, conduciéndose enérgicamente. Decidle que amáis á otro.

CAROLINA.

Yo no sé mentir!

LA MARQUESA.

Mentir!... Carolina, veo que no tenéis confianza en mí : hacéis mal.

CAROLINA.

No os comprendo, señora.

LA MARQUESA.

Y yo os comprendo aun ménos. No amáis al marques, y, sin embargo, no queréis que lo sepa. Eso es falta de franqueza!

CAROLINA, indignada.

Ah! bien sabía yo que al fin se me acusaría de alguna intención villana!

LA MARQUESA.

Pues bien, probádnos que tal suposición sería una injusticia.

CAROLINA.

Conque es menester que yo pruebe... Ah! comprendo, señora! Queréis que sea yo, únicamente yo, quien hiera al marques, no es cierto? Pues bien, decidse lo, decid á vuestros dos hijos que nunca les perdonaré la indigna posición en que me colocan respecto á vos.

LA MARQUESA.

Señorita de Saint-Geneix, tengo derecho de leer en el fondo de vuestro corazón. Aun puedo interesarme por vos, protegeros... tal vez satisfaceros.

CAROLINA.

Guardad vuestros beneficios!... yo nada os pido.

LA MARQUESA.

Ah!... Basta, señorita! quiero conocer vuestros verdaderos sentimientos, y los conoceré. (Tira de la campanilla.) Id á esperarme á mi cuarto. Espero que no me negaréis este acto de sumisión.

CAROLINA.

Que será el último. (Entra Pedro. Carolina le habla en voz baja y sale por la puerta de la galería.)

LA MARQUESA, pasando á la derecha.

Suplicad al señor duque que venga á verme en seguida.

PEDRO.

Aqui viene el señor marques.

LA MARQUESA.

No importa! hacéd lo que os mando! (Entra Urbano. — Pedro sale por la galería.)

ESCENA XI

URBANO, LA MARQUESA.

URBANO.

En dónde está Carolina, mamá?

LA MARQUESA.

Esperándome en mi cuarto.

URBANO.

Habéis conseguido decidirla?...

LA MARQUESA.

No.

URBANO.

Ah! no siente nada por mí!... nada!

LA MARQUESA.

Calmáos, hijo mio...

URBANO, con exaltación.

Oh! no puedo!... Quiero volver á hablarle!

LA MARQUESA.

No! dejadle tiempo de interrogar su conciencia... Esperad á mañana. Vamos, no hagáis que se entere todo el mundo. Vos, tan animoso, tan... estáis llorando... y por una muger!

URBANO.

Ah! no oigo lo que me decís, ni sé dónde estoy! Asegurádmelo que me amarás, decídmelo que al fin la decidiréis, madre mía!...

LA MARQUESA.

Cuánto daño me estáis haciendo, Urbano!

URBANO.

Perdonádmelo, estoy loco! Decídmelo por Dios que espere...

LA MARQUESA, yendo hacia él.

Algún viene! Callad!... que no os oigan!

ESCENA XIII

DUNIERES, LA MARQUESA, URBANO, después
EL DUQUE y DIANA.

DUNIERES.

Marquesa, acaban de noticiarme el... Conque dos casamientos á la vez?

LA MARQUESA.

Callaos, Dunieres.

DUNIERES.

Y por qué? Ya todos somos unos. Nuestros novios (Señalando al duque y á Diana que entran por el fondo.) quieren que la señorita de Saint-Genex sea también de la familia. Al principio me causó la especie alguna estraneza; pero reflexionando en ello... Se me figura que fueron dos los Saint-Genex de Fontenoy.

EL DUQUE.

Os equivocáis, Dunieres; hubo cuatro. Pero no veo á Carolina... Dónde está?

URBANO.

Relusa venir... rechaza nuestra oferta!

EL DUQUE.

Vamos, eso es que no estuvimos bastante elocuentes! Pero no te apures, volveremos á empezar. (Llamando.) Pedro! Pedro!

LA MARQUESA.

Cayetano!

EL DUQUE.

Pedro! Pues va á oír la campanilla! (Tira del cordón.)

LA MARQUESA.

Os dáis demasiada prisa, hijo mío. La señorita de Saint-Genex quiere reflexionar, y yo os suplico que también reflexionéis: no os han dicho?...

EL DUQUE, tirando del cordón.

No me han dicho nada!... Quién reflexiona hoy? Hoy es día de fiebre, de delirio, de embriaguez!... Pedro! Otro pobrete que también va á ser dichoso! Pedro!

ESCENA XIII

DUNIERES, DIANA, EL DUQUE, PEDRO,
LA MARQUESA, URBANO.

EL DUQUE, jovialmente.

Amigo Pedro, decid á la señorita de Saint-Genex que la estamos esperando.

PEDRO.

Señor duque, la señorita ha marchado.

URBANO, con acento de angustia.

Marchado!

EL DUQUE.

Pero, cuándo?

PEDRO.

No sé más sino que ya no está en casa.

URBANO.

Pero se ha ido... por algunos días?

PEDRO.

Para siempre. (Urbano se deja caer en el sofá.)

LA MARQUESA.

Ella os lo ha dicho?

PEDRO.

Sí, señora marquesa.

DUNIERES.

Y por qué se ha ido?

PEDRO.

No sé, señor conde.

EL DUQUE.

Pero, señor, cómo se ha marchado cuando?...

PEDRO.

No sé, señor duque.

URBANO.

Y á dónde va?

PEDRO.

Lo ignoro, señor marques.

DIANA.

Y es posible que no os lo haya dicho?

PEDRO.

No me he permitido preguntárselo, señorita.

LA MARQUESA.

Está bien, id, Pedro. (Hace ademán de salir.)

EL DUQUE.

Pedro!... Dispensád, mamá; tengo que darle un encargo... me lo permitis? Esperád, Pedro.

PEDRO.

El señor duque me dispensará; pero, como abandono el servicio de la señora marquesa...

EL DUQUE.

No recibis ya órdenes? Nada mas justo. Pues bien, señor Pedro, tengo que pedir os un favor.

PEDRO, descendiendo hácia el proscenio

Os escucho, señor duque.

EL DUQUE.

Señor Pedro, la señorita Carolina estaba aquí hace un cuarto de

hora y no puede hallarse muy léjos; sin duda os espera, porque le sois demasiado adicto para dejarla marchar sola. Vos sabéis donde está, pero habéis prometido no decirlo, y no lo diréis, porque vuestra conciencia es inflexible. Me equivoco?

PEDRO.

No, señor duque.

EL DUQUE.

Pues bien, señor Pedro, queréis encargaros de llevar una carta á la señorita de Saint-Geneix?

PEDRO.

Sí, siempre que el señor duque me empeñe su palabra de honor de que nadie me seguirá.

EL DUQUE.

Os la doy. (Escribe.) Nadie se meneará de aquí ántes que llegue la respuesta á esta esquela. (Pedro toma la carta y sale por el fondo.)

LA MARQUESA.

Cayetano, se puede saber lo que le has dicho?

EL DUQUE.

Dos palabras: « Os calumnian. »

URBANO, levantándose.

Oh! y vendrá sin duda!

LA MARQUESA.

Estáis seguro, hijo mio? Esperemos.

URBANO.

Pero, quién la calumnia? de qué la acusan?

EL DUQUE.

Y lo preguntas? ¿Acaso la marquesa de Villemer la habria dejado partir, faltando á su palabra, (Movimiento de la marquesa.) si alguien no hubiese conseguido hacerle creer que no era digna de llevar tu nombre?

URBANO.

Y quién ha cometido la infamia?...

EL DUQUE.

Oh! ninguna de las personas que están aquí...

DUNIERES.

Si será la baronesa?

DIANA.

Ella?... imposible!

URBANO.

Respondéd, madre mía.

EL DUQUE.

No te molestes; mamá es como Pedro : si ha prometido callar, no dirá una palabra.

URBANO, enérgicamente.

No! mamá no habrá acojido la mentira rehusando de antemano los medios de conocer la verdad.

EL DUQUE.

Y sin embargo, Carolina ha partido. Desengáñate, Urbano; para que mamá no haya vacilado en hacerte sufrir de ese modo, necesario es que exista algun motivo mas grave que la ambicion fallida. (Movimiento de la marquesa.) Mamá es generosa!... y ya ves como se calla! Es preciso que Carolina venga... y vendrá!

DUNIERES.

Pero no viene.

DIANA, yendo hácia el fondo.

Tal vez está ya lejos.

PEDRO, anunciando.

La señorita de Saint-Genéix.

ESCENA XIV

DUNIERES, DIANA, URBANO, CAROLINA,

EL DUQUE, LA MARQUESA.

URBANO, corriendo hácia Carolina.

Señorita de Saint-Genéix, sois víctima de una odiosa perfidia... hablad! desvaneced la calumnia!

CAROLINA, pálida y serena.

Ignoro de lo que se me acusa. Espero á que se me interrogue... y me parece que tengo derecho de exigirlo.

URBANO.

Ya lo ois, madre mía.

LA MARQUESA.

Si, veo que la crisis es inevitable. He hecho lo posible por atenuarla, provocando la confianza de unos, invocando la prudencia de otros; pero, una vez que llaman ambicion fallida á mi repugnancia en manifestar claramente lo que sin duda va á desvanecer nuestras esperanzas, tendré el valor de explicarme delante de todos, ya que me obligan á ello. (Se coloca cerca de Carolina.) Y bien mirado, por qué no? En la familia de los Villemer no debe haber secretos ni situaciones falsas ó dudosas. Vos, señor duque, obedeciendo á un sentimiento caballeresco, pero imprudente, puesto que fué de poca duracion, creisteis oportuno dirigir vuestros obsequios á la señorita de Saint-Genéix; sé que ella os escuchó y que os escuchó... misteriosamente, como lo prueba el no haber querido confesármelo. Al veros libre y dispuesto á aceptar otro compromiso, no dudo que Carolina rechazara vuestros ofrecimientos; pero tengo motivos para afirmar que su sacrificio la hace sufrir y que esta y no otra es la causa de su partida. Siendo asi, ya comprenderéis que mi deber es salir al encuentro de ciertos escrúpulos que sin duda no esperan sino mi beneplácito para desvanecerse. No sigáis, pues, engañando á esta noble niña (Señala á Diana.) que os creía libre y sincero; no sigáis dando margen á los sufrimientos de vuestro hermano, sufrimientos que vos no comprendéis, pero que concluirían por matarle; casaos con la señorita de Saint-Genéix. Ciertas cuestiones de delicadeza señor duque, equivalen á razones de honor.

EL DUQUE, indignado.

Señora!... perdonád, madre mía! (La marquesa vuelve á colocarse á la derecha.) Pero me estáis haciendo espíar el pasado de una manera bien cruel! Oh! me acusáis de una infamia!

LA MARQUESA.

No! de una gran ligereza.

EL DUQUE.

Hay ligerezas que son crímenes, y ¿os parece que no lo sería el turbar el reposo de una jóven digna y respetable para ir el día siguiente á ofrecer á otra un corazón cobarde y desleal? Oh! no sé cómo responderos delante de este ángel que se dignaba creer en mí, y de este modelo de pureza y honradez que escucha atónita vuestras estrañas revelaciones! Yo me creía absuelto de mis faltas, purificado, regenerado, y hasta me conceptuaba digno de dar á la una el nombre de hermana, á la otra el nombre de esposa! Y ahora, por una sospecha cuyo origen adivino y que vos, mi pobre madre, sentiréis haber acojido con tanta ligereza, todo concluye! (Se deja caer en el sofá.)

DIANA.

To lo? No por cierto! y la prueba... (Besa á Carolina.)

EL DUQUE, levantándose impetuosamente.

Ah! sois un ángel y merecéis que os adoren de rodillas!

URBANO, al duque.

Pero, en fin, que ha hecho Carolina para que se le imponga el tormento de semejante prueba?

EL DUQUE, con energía.

Qué ha hecho? Pasar la noche velándote, despues de haberte encontrado ahí, herido, desmayado, casi moribundo, mientras que yo corría inútilmente como un desesperado á buscar al médico. Si no os basta mi palabra, madre mia, preguntad á ese hombre honrado (Señalando á Pedro) y él os lo dirá!

LA MARQUESA.

Dios mio, qué es lo que he hecho!

EL DUQUE.

Disteis oídos á la delacion de una persona...

LA MARQUESA.

Que creía decir la verdad. (Avanzando hácia Carolina.) Señorita de Saint-Geneix, os aseguro que nunca dudé de vuestro honor...

CAROLINA.

Pero habéis dudado de mi rectitud, señora.

LA MARQUESA.

La reparacion que voy á ofrecerós...

CAROLINA.

No acepto ninguna!

LA MARQUESA.

Sois bien cruel, Carolina! (Se deja caer en el sofá.)

CAROLINA.

Tambien lo han sido conmigo, señora marquesa. Sé que los desgraciados no deben quejarse, que hay muchos que carecen de valor y de dignidad, y que la cobardía de unos disculpa, ya que no justifique, las sospechas de que todos son víctimas. Y sin embargo, cuál ha sido mi crimen? Entro aquí para trabajar y trato de cumplir con mi deber sin mezclarme en nada que no sea mi obligacion, sin quejarme de mi suerte. No solicito ni la amistad ni la confianza de nadie, y, no obstante, tratan de adivinar mis pensamientos á pesar mio, de conocerme, de leer en mi corazón, de turbarle, de hacerle pedazos!... y cuando creen haber vencido mi orgullo, me hacen comparecer ante un tribunal para interrogarme, para interpretar mis intenciones, para atribuirme ideas que nunca he tenido, y luego me arrojan como por compasion en los brazos de aquel de quien me creen enamorada perdida! Y nadie, nadie se digna suponer un móvil mas noble á mi conducta, ni pensar que pueda ser hija del sentimiento del deber, del deseo de evitar disgustos! (Se echa á llorar.) Y sin embargo, era bien sencillo suponerlo. Ah! guardad vuestras reparaciones y devolvedme mi libertad. No pido que se me indemnice ni que se me consuele; sólo pido que me olviden.

URBANO.

Ah! vuestro orgullo es legitimo, pero tambien es implacable. Ya sabía yo que eran vanas mis esperanzas! (Se apoya sobre el respaldo de sofá.)

LA MARQUESA.

Señorita de Saint-Geneix, tenéis razon en reconvenirme. Olvidé que la desgracia, noblemente aceptada, es digna de consideracion y respeto. Perdonádmeme, y sed generosa. Ved la desesperacion de mi hijo, sacrificadle vuestro orgullo!... Queréis que os lo suplique de rodillas?... Ven en mi auxilio, Urbano. (Se levanta.)

CAROLINA, con viveza.

No!

EL DUQUE, á su madre.

No hagáis eso, madre mia; vos no la conocéis.

LA MARQUESA.

Carolina, hija mia, yo te le suplico! (Se deja caer en el sofá.)

CAROLINA, cayendo á sus piés.

Ah! madre mia!

URBANO.

Oh! Dios mio!

LA MARQUESA, abrazando á Carolina.

Dime que le amas!

CAROLINA.

Ah! con toda mi alma! Urbano la besa la mano, la levanta y la conduce cerca de Diana.

LA MARQUESA, al duque.

Mi pobre Cayetano! cuánto mal he debido hacerte!

EL DUQUE.

Olvidadlo, mamá, pero no volváis á empezar: hay momentos que hacen envejecer un siglo.

CAROLINA.

Bah! tenéis envejecer cuando no tenéis veinte años?.. Sois tan niño!

EL DUQUE.

Si? pues entonces aun me quedan otros veinte años para empezar...

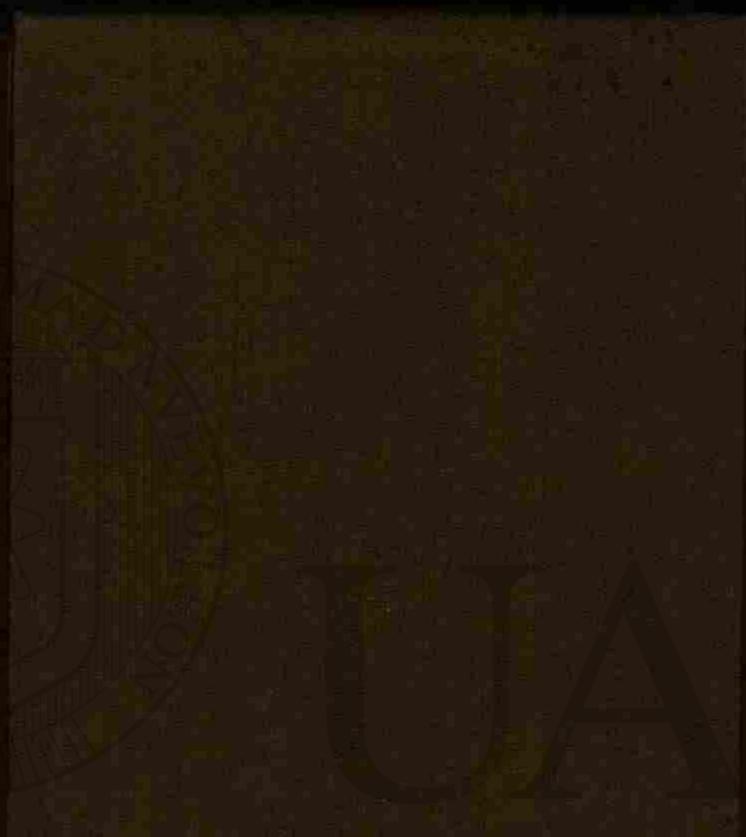
DUNIERES.

Eh? para empezar?

EL DUQUE.

Una nueva vida, Dunieres, una nueva vida!

FIN



UNIVERSIDAD GENERAL DE EL SALVADOR
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y FÍSICAS
CARRERA DE INGENIERÍA EN ELECTRICIDAD
CATEDRA DE SISTEMAS DE ENERGIAS ELÉCTRICAS
CATEDRA DE SISTEMAS DE ENERGIAS ELÉCTRICAS

100